

NICHOLAS SPARKS

Noches de tormenta



se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Adrienne Willis es una mujer cuya vida está sumergida en el caos, por lo que decide pasar unos días en la pequeña localidad costera de Rodanthe, en Carolina del Norte, con el motivo de hacerse cargo del hotel de su amiga Jean durante un fin de semana. Adrienne espera encontrar la tranquilidad que tanto anhela para poder reflexionar y resolver los conflictos presentes en su vida: su marido que le ha sido infiel quiere volver a casa y su hija Amanda cuestiona absolutamente todas sus decisiones.

Al mismo tiempo que Adrienne se instala en Rodanthe se pronostica la llegada de una gran y peligrosa tormenta. El Dr. Paul Flanner llega justo antes de que la tormenta haga su aparición, pero el doctor no se alojará en el hotel por vacaciones, sino para enfrentarse a su conciencia. Cuando la tormenta llega, Adrienne y Paul quedarán incomunicados en el hotel durante el fin de semana, un fin de semana mágico en el que encontrarán consuelo y que no sólo cambiará sus vidas, sino que les marcará para siempre.

L≡**LIBROS**

Nicholas Sparks

Noches de tormenta

Para Landon, Lexi y Savannah

Capítulo 1

Tres años atrás, en una cálida mañana del noviembre de 1999, Adrienne Willis había vuelto al Inn. Su primera impresión fue que no había cambiado, como si el pequeño hostel fuese inmune al sol, a la arena y a la bruma salobre. Acababan de pintar el porche; en ambos pisos, unas contraventanas negras y relucientes flanqueaban las ventanas rectangulares de cortinas blancas, como las teclas de un piano. El revestimiento de cedro era del color de la nieve derretida. A cada lado del edificio, aves marinas se agitaban en un saludo, y la arena formaba dunas de líneas sinuosas que cambiaban imperceptiblemente con cada día que pasaba, a medida que los granos se desplazaban de un punto a otro.

Con el sol asomando entre las nubes, el aire tenía cierta cualidad luminiscente, como si hubiera partículas de luz suspendidas en la neblina; por un instante Adrienne sintió que había viajado atrás en el tiempo. Sin embargo, al aproximarse, poco a poco empezó a notar los cambios que los trabajos de restauración no habían podido ocultar: las esquinas de las ventanas se desintegraban, el tejado mostraba rastros de óxido, la humedad manchaba el contorno de los canalones... Parecía que el Inn se estuviera quedando sin cuerda y, aunque sabía que no había nada que ella pudiera hacer para remediarlo, Adrienne recordaba haber cerrado los ojos como si, con un parpadeo mágico, fuese a devolverlo a lo que había sido una vez.

Años después, de pie en la cocina de su propio hogar, pasados unos meses desde que cumplió los sesenta, Adrienne colgó el teléfono después de hablar con su hija. Se sentó a la mesa, cavilando sobre esa última visita al Inn; recordando el largo fin de semana que en cierta ocasión había pasado allí. A pesar de todo lo que había ocurrido en los años posteriores, Adrienne aún se aferraba a la convicción de que el amor era la esencia de una vida plena y maravillosa.

Fuera estaba lloviendo. Al escuchar el suave golpeteo contra los cristales agradeció la sensación familiar de seguridad. Cuando recordaba aquellos días siempre la invadía una mezcla de emociones..., algo muy próximo a la nostalgia, aunque no era eso exactamente. La nostalgia solía teñirse de un tono romántico; sin embargo, no había ningún motivo para hacer esos recuerdos más románticos de lo que ya eran. Tampoco quería compartírselos con nadie; eran suyos. Con el paso de los años había llegado a verlos como una especie de exposición de un museo, en la que ella era el comisario y el único espectador. De algún modo, Adrienne había llegado a creer que había aprendido más en aquellos cinco días que en todos los que había vivido antes o después.

Estaba sola en la casa. Sus hijos ya habían crecido y su padre había fallecido en 1996; y ahora hacía diecisiete años que se había divorciado de Jack. Aunque sus hijos la animaban a veces para que encontrara a alguien con quien pasar los años que le quedaban, Adrienne no sentía ningún deseo de hacer tal cosa. No es

que estuviese resentida con los hombres; al contrario, incluso ahora se descubría de vez en cuando con los ojos puestos en un hombre más joven en la cola del supermercado. En ocasiones esos hombres eran sólo unos años mayores que sus propios hijos, y la intrigaba qué pensarían si se dieran cuenta de que los miraba. ¿La rechazarían de plano? ¿O bien le dedicarían una sonrisa y encontrarían cierto encanto en su interés? No estaba segura. Ni sabía si era posible que mirasen más allá de su pelo gris y sus arrugas para ver a la mujer que había sido.

No es que lamentara haberse hecho mayor; la gente hablaba sin parar del esplendor de la juventud, pero Adrienne no deseaba volver a ser joven, de mediana edad, tal vez, pero no joven. Es cierto que echaba de menos algunas cosas: subir las escaleras de dos en dos, llevar más de una bolsa de la compra al mismo tiempo o tener la energía suficiente para seguir el ritmo de sus nietos cuando corrían por el patio; pero no las cambiaba por las experiencias que había tenido, y éstas habían llegado sólo con los años. El hecho era que, al mirar atrás, se daba cuenta de que no había gran cosa que modificar para tener un sueño más placido.

Además, la juventud traía consigo un buen número de problemas. No sólo recordaba los de su propia vida, sino que había observado a sus hijos luchando contra la angustia de la adolescencia y contra la incertidumbre y el caos de los veintitantos. Y aunque dos de ellos ya habían entrado en los treinta y el tercero estaba a punto de hacerlo, a veces se preguntaba cuándo la maternidad dejaría de ser un trabajo a jornada completa.

Matt tenía treinta y dos, Amanda treinta y uno, y Dan acababa de cumplir los veintinueve. Todos habían ido a la universidad y eso la hacía sentirse orgullosa, pues hubo un tiempo en que no estaba segura de que todos lo lograsen. Eran honrados, amables, autosuficientes y, en gran parte, eso era lo que siempre les había deseado. Matt trabajaba como contable y Dan era comentarista deportivo en las noticias de la noche de Greenville; ambos estaban casados y habían formado sus propias familias. Cuando vinieron el día de Acción de Gracias, recordaba haberse quedado sentada y contemplar desde un rincón cómo correteaban detrás de sus niños, Y se sintió extrañamente satisfecha por cómo les había ido todo a sus dos hijos.

Como siempre, las cosas habían sido un poco más complicadas para su hija.

Los chicos tenían catorce, trece y once años cuando Jack se marchó de casa, y cada uno de ellos se tomó el divorcio de forma distinta. Matt y Dan liberaron su agresividad en los campos de atletismo y dando guerra ocasionalmente en la escuela; por el contrario, Amanda fue la más afectada. Como hermana mediana encajada entre dos chicos, siempre había sido la más sensible y, siendo adolescente, habría necesitado a su padre en casa, aunque sólo fuese para escapar de las miradas de preocupación de su madre. Empezó a vestirse con lo que a Adrienne le parecieron andrajos, a andar con un grupo de gente que salía

hasta tarde y a jurar que estaba profundamente enamorada de al menos una docena de chicos distintos en cuestión de dos años. Al salir de clase se pasaba las horas encerrada en su habitación, escuchando una música que hacía temblar las paredes y sin hacer caso a las llamadas de su madre para que bajara a cenar. Hubo épocas en que durante días apenas les hablaba, ni a Adrienne ni a sus hermanos.

Necesitó algunos años, pero finalmente Amanda encontró su camino y se asentó en una vida que parecía extrañamente similar a la que Adrienne tuvo una vez. Conoció a Brent en la facultad, se casaron después de la graduación y tuvieron dos hijos en sus primeros años de matrimonio. Igual que muchas parejas jóvenes, pasaron por dificultades económicas, pero Brent era de una prudencia que Jack no había mostrado nunca. En cuanto nació su primer hijo contrató un seguro de vida como precaución, aunque no esperaban tener que necesitarlo hasta al cabo de mucho tiempo.

Pero se equivocaron.

Brent se había ido ahora hacía ocho meses, víctima de una virulenta variedad de cáncer de testículos. Adrienne vio cómo Amanda caía en una honda depresión. La tarde anterior, cuando fue a dejar a sus nietos tras pasar unas horas con ellos, encontró las cortinas de la casa echadas, la luz del porche apagada y a Amanda sentada en el salón, con su albornoz y con la misma expresión vacía que había mostrado el día del funeral.

Fue entonces, de pie en el salón de Amanda, cuando Adrienne decidió que ya era hora de hablarle a su hija del pasado.

Catorce años. Ése era el tiempo que había pasado.

En aquel período Adrienne sólo le había contado a una persona lo que había ocurrido, pero su padre se había llevado el secreto a la tumba, incapaz de decírselo a nadie por más que quisiera.

Su madre había fallecido cuando Adrienne tenía treinta y cinco años, y aunque su relación era buena, siempre se había sentido más cerca de su padre. Todavía seguía pensando que él era uno de los dos únicos hombres que realmente la habían comprendido, y ahora que ya no estaba lo echaba de menos. Su vida había sido como la de muchos otros de su generación. Aprendió un oficio en lugar de ir a la universidad y estuvo cuarenta años en una fábrica de muebles trabajando por un salario que aumentaba unos peniques cada mes de enero. Llevaba sombrero de fieltro incluso en los meses más calurosos del verano, guardaba su almuerzo en una caja cuyas bisagras chirriaban y salía puntualmente de casa todas las mañanas a las seis cuarenta y cinco para andar algo más de dos kilómetros hasta llegar al trabajo.

Por la noche, después de cenar, se ponía un cárdigan y camisas de manga larga. Sus pantalones arrugados le daban un aspecto desaliñado que se hizo más pronunciado con el paso de los años, sobre todo después del fallecimiento de su

esposa. Le gustaba sentarse en la butaca con la lámpara amarilla encendida detrás de él, leyendo historias del Oeste y libros sobre la segunda guerra mundial. En los últimos años anteriores a sus ataques, sus gafas anticuadas, sus cejas espesas y las profundas líneas de su rostro le daban un aspecto más cercano a un profesor universitario retirado que al obrero que había sido.

Su padre desprendía una placidez que ella siempre había deseado emular. Habría sido un buen sacerdote o pastor, como ella pensaba con frecuencia. La gente que lo conocía por primera vez solía quedarse con la impresión de que era un hombre en paz consigo mismo y con el mundo. Tenía el don de saber escuchar: con la barbilla apoyada en la mano, nunca apartaba la mirada del rostro de quien le estaba hablando, y su expresión reflejaba empatía y paciencia, humor y tristeza. Adrienne hubiera deseado que estuviese allí para ayudar a Amanda; también él había perdido a su pareja y creía que su nieta le habría escuchado, aunque sólo fuese porque su abuelo sabía realmente lo duro que era soportar esa situación.

Un mes antes, Adrienne había intentado, con delicadeza, hablarle a Amanda sobre el momento que estaba atravesando, pero su hija se había levantado de la mesa sacudiendo airadamente la cabeza.

—No es como tú y papá —dijo—. Vosotros dos no sabíais solucionar vuestros problemas, por eso os divorciasteis. Pero yo quería a Brent. Siempre querré a Brent, y lo he perdido. Tú no sabes qué es pasar por algo así.

Ella no contestó, pero cuando Amanda abandonó la habitación Adrienne bajó la cabeza y murmuró una sola palabra.

«Rodanthe».

Aunque Adrienne compadecía a su hija, estaba preocupada por los hijos de Amanda. Max tenía seis años y Greg cuatro, y en los últimos ocho meses Adrienne había notado cambios evidentes en su carácter. Ambos se habían vuelto anormalmente retraídos y silenciosos. Ninguno de los dos había jugado al fútbol en todo el otoño y, aunque a Max le iba bien en el parvulario, lloraba todas las mañanas antes de salir de casa. Greg había empezado a mojar la cama otra vez y le daban berrinches a la menor provocación. Adrienne sabía que algunos de estos cambios se debían a la pérdida de su padre, pero también eran un reflejo de la persona en que Amanda se había convertido desde la pasada primavera.

Gracias al seguro, Amanda no necesitaba trabajar. No obstante, los dos primeros meses después de la muerte de Brent, Adrienne se pasó casi todos los días en casa de su hija, poniendo las cuentas en orden y preparando la comida para, sus nietos, mientras Amanda dormía y lloraba en su habitación. La abrazó siempre que lo necesitó, la escuchó cuando quiso hablar y la obligó a salir a la calle al menos una o dos horas cada día, convencida de que el aire fresco le recordaría a Amanda que era posible empezar de nuevo.

Adrienne había llegado a creer que su hija estaba mejorando. A principios de

verano Amanda había empezado a sonreír otra vez, con poca frecuencia al principio, pero luego algo más a menudo. Se aventuró a ir a la ciudad en un par de ocasiones, se llevó a los niños a patinar y Adrienne se fue apartando gradualmente de las tareas que había asumido. Sabía que era importante que Amanda se volviese a ocupar de las responsabilidades de su propia vida. Adrienne había aprendido que se podía encontrar consuelo en la rutina de la vida cotidiana, y esperaba que, al disminuir su presencia en la vida de su hija, ésta también se viese obligada a darse cuenta de ello.

Sin embargo, en agosto, el día del séptimo aniversario de su boda, Amanda abrió el armario del dormitorio principal, vio que el polvo se acumulaba en los hombros de los trajes de Brent y de repente dejó de mejorar. No se trataba exactamente de un retroceso, todavía había momentos en que parecía la de siempre; pero, la mayor parte del tiempo, parecía congelada en algún lugar intermedio. No estaba ni deprimida ni contenta, ni excitada ni lánguida, ni interesada ni aburrida por nada de cuanto la rodeaba. Para Adrienne, era como si Amanda se hubiera convencido de que seguir adelante sería empañar, de algún modo, la memoria de Brent, y como si su hija hubiera decidido no permitir que ocurriera tal cosa.

No obstante, no era justo para los niños. Necesitaban su guía y su amor, necesitaban su atención. Necesitaban que les dijera que todo iba a salir bien. Habían perdido a su padre y eso ya era bastante duro. Pero, últimamente, a Adrienne le parecía que también habían perdido a su madre.

Bajo el suave tono de la luz de la cocina, Adrienne consultó su reloj. Le había pedido a Dan que se llevara a Max y a Greg al cine para poder pasar la velada con Amanda. Al igual que Adrienne, sus dos hijos también estaban preocupados por los niños de Amanda. No sólo se estaban esforzando por tener un papel activo en las vidas de los chicos, sino que casi todas sus conversaciones recientes con Adrienne empezaban o terminaban con la misma pregunta: «¿Qué hacemos?».

Hoy, cuando Dan se lo había vuelto a preguntar, Adrienne le había asegurado que hablaría con Amanda. Y aunque Dan se había mostrado escéptico (¿no lo habían intentado desde un principio?), ella sabía que esa noche sería diferente.

Adrienne se hacía pocas ilusiones respecto a lo que sus hijos pensaban de ella. La querían y la respetaban como madre, sí, pero sabía que en el fondo no la conocían. A los ojos de sus hijos era una persona amable pero predecible; dulce, equilibrada; un espíritu cordial perteneciente a otra época que se había abierto camino en la vida manteniendo intacta su ingenua visión del mundo. Y su aspecto, por supuesto, se ajustaba a esa percepción: venas que empezaban a abultar en los dorsos de sus manos, una figura más parecida a un cuadrado que a un reloj de arena y unas gafas que se tornaban más y más gruesas con los años. Sin embargo, cuando veía que la miraban con cara de seguirle la corriente, a veces tenía que reprimir una carcajada.

Sabía que parte de ese error se debía al deseo de sus hijos de verla de una manera determinada, de tener una imagen preconcebida que encajara con una mujer de su edad. Era más fácil y, francamente, más cómodo, pensar que su madre era más tranquila que atrevida, una persona bonachona que nunca podría sorprenderles con sus experiencias. Y, de acuerdo con la madre amable, predecible, dulce y equilibrada que era, no había sentido ningún deseo de hacerles cambiar de opinión.

Sabiendo que Amanda llegaría en cualquier momento, Adrienne fue al frigorífico y dejó una botella de pinot grigio sobre la mesa. La casa se había enfriado desde el atardecer, así que subió el termostato de camino al dormitorio.

Su habitación, la que una vez había compartido con Jack, había sido redecorada dos veces desde el divorcio. Adrienne consiguió la cama con dosel que había deseado desde que era joven. Oculta entre la pared y la cama había una pequeña caja para cartas; Adrienne la puso a su lado, sobre la almohada.

Su interior contenía las cosas que había conservado: la nota que él había dejado en el Inn, una fotografía instantánea de él en la clínica y la carta que había recibido unas semanas antes de Navidad. Entre estos objetos se encontraban dos fajos atados de cartas, y, en medio, una concha que habían recogido en la playa.

Adrienne dejó la nota a un lado y extrajo un sobre del montón, mientras recordaba cómo se había sentido la primera vez que lo leyó. Luego sacó la carta. Se había vuelto más fina y quebradiza, y aunque la tinta había perdido intensidad desde la época en que él la escribiera, las palabras aún se leían bien.

Querida Adrienne:

Nunca se me ha dado bien escribir cartas, así que espero que me perdones si no soy lo bastante claro.

He llegado esta mañana en burro, lo creas o no, y he descubierto el lugar donde pasaré una temporada. Ojalá pudiera decirte que es mejor de lo que había imaginado, pero, para ser sinceros, no puedo. La clínica anda escasa de casi todo: medicinas, equipo y las camas necesarias; pero he hablado con el director y creo que podré solventar al menos parte del problema. Aunque tienen un generador para producir electricidad, no hay teléfonos, por lo que no podré llamar hasta que vaya a Esmeraldas. Está a un par de días de camino, y la próxima caravana de suministros no pasa hasta dentro de unas semanas. Siento que sea así, pero creo que ambos sospechábamos que era probable.

Todavía no he visto a Mark. Ha estado en una clínica asistencial en las montañas y no volverá hasta hoy por la noche. Ya te contaré cómo va, pero no espero gran cosa al principio. Como tú dijiste, creo que tenemos que dedicar un tiempo a conocernos mutuamente antes de poder solucionar nuestros problemas.

Ni siquiera puedo calcular la cantidad de pacientes que he tenido hoy. Más de

un centenar, supongo. Hacía mucho tiempo que no veía a pacientes de este modo, con esta clase de problemas; la enfermera ha sido de gran ayuda, incluso cuando yo parecía perdido. Creo que se sentía agradecida de que yo estuviera allí.

No he dejado de pensar en ti desde que me marché, preguntándome por qué el viaje que estoy haciendo parecía tener que pasar por ti. Sé que el viaje aún no ha terminado y que la vida da muchas vueltas, pero no puedo evitar esperar que, de alguna forma, esas vueltas me devuelvan al lugar al que pertenezco.

Así es como lo siento ahora. Te pertenezco a ti. Mientras estaba conduciendo, y de nuevo cuando el avión estaba en el aire, me imaginaba que, al llegar a Quito, te vería esperándome entre la multitud. Sabía que era imposible, pero por alguna razón eso hacía que dejarte fuese un poco más fácil. Casi era como si una parte de ti viniese conmigo.

Quiero creer que es cierto. No, mejor dicho..., sé que es cierto. Antes de conocernos yo estaba todo lo perdida que puede estar una persona; sin embargo, supiste ver algo en mí que, de algún modo, me volvió a marcar un rumbo. Ambos sabemos por qué fui a Rodanthe, pero no puedo evitar pensar que intervino una fuerza mayor. Fui allí para cerrar un capítulo de mi vida, con la esperanza de que eso me ayudara a encontrar mi camino. Pero creo que tú eras lo que yo había buscado todo el tiempo. Y eres tú quien ahora está conmigo.

Ambos sabemos que debo quedarme aquí un tiempo. No estoy seguro de cuándo volveré; aunque no lleve mucho en este lugar me doy cuenta de que te echo de menos más de lo que he añorado jamás a nadie. Una parte de mí anhela subirse a un avión y venir a verte, pero si lo nuestro es tan real como creo, estoy seguro de que superaremos esto. Y volveré, te lo prometo. En el breve tiempo que pasamos juntos compartimos algo que para muchas personas no es más que un sueño, y cuento los días que faltan para poder volver a verte. No olvides jamás cuánto te quiero.

Paul

Cuando terminó de leerla, Adrienne dejó la carta a un lado y cogió la concha con la que habían tropezado en una lejana tarde de domingo. Aún olía a salobre, a eternidad, al aroma primordial de la vida misma. Tenía un tamaño mediano y una forma perfecta, sin grietas, algo poco menos que imposible de encontrar entre el agitado oleaje de la Barrera de Islas después de una tormenta. Un buen augurio, había pensado ella entonces, y recordaba habérsela llevado al oído y asegurar que podía escuchar el sonido del océano. Aquello había hecho reír a Paul, que dijo que era el propio océano lo que estaba escuchando. Luego la rodeó con sus brazos y dijo: «¿No te has dado cuenta de que la marea está alta?».

Adrienne echó un vistazo a los otros objetos, buscando lo que pudiera necesitar para su charla con Amanda y deseando tener más tiempo para el resto. «Tal vez luego», pensó. Metió las demás cosas en el cajón de abajo, pues sabía

que no había ninguna necesidad de que Amanda las viera. Después de coger la caja, Adrienne se levantó de la cama y se alisó la falda.

Su hija iba a llegar enseguida.

Capítulo 2

Adrienne estaba en la cocina cuando oyó que la puerta principal se abrió y se cerraba; un instante después, Amanda avanzaba por el salón.

—¿Mamá?

Adrienne dejó la caja en la encimera.

—Estoy aquí —gritó.

Cuando Amanda empujó las puertas oscilantes para entrar en la cocina, encontró a su madre sentada a la mesa, con una botella de vino sin abrir delante de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Adrienne sonrió, pensando en lo bella que era su hija: con su cabello castaño claro y esos ojos color de avellana coronando sus elevados pómulos; siempre había resultado adorable. Aunque era medio centímetro más baja que Adrienne, siempre mantenía la postura de una bailarina y parecía más alta. Además era delgada, un poco demasiado en opinión de Adrienne, pero ya había aprendido a no hacer comentarios al respecto.

—Quería hablar contigo —dijo Adrienne.

—¿Sobre qué?

En lugar de responder, Adrienne hizo un gesto señalando la mesa.

—Creo que deberías sentarte.

Amanda se sentó con ella a la mesa. Al acercarse más pareció tensa, y Adrienne le cogió la mano. Se la apretó sin decir nada y luego, a su pesar, se la soltó mientras se volvía hacia la ventana. Durante largo rato no se oyó ningún ruido en la cocina.

—¿Mamá? —preguntó Amanda al fin—. ¿Estás bien?

Adrienne cerró los ojos y asintió.

—Sí, estoy bien. Sólo estaba pensando por dónde empezar.

Amanda se puso un poco rígida.

—¿Se trata de mí otra vez? Porque sí es así...

Adrienne la interrumpió haciendo un gesto con la cabeza.

—No, se trata de mí —dijo—. Voy a contarte algo que ocurrió hace catorce años.

Amanda inclinó la cabeza y, en mitad de aquella cocina pequeña y familiar, Adrienne dio comienzo a su relato.

Capítulo 3

Rodanthe, 1988

El cielo de la mañana estaba gris cuando Paul Flanner salió del despacho de abogados. Se abrochó la cremallera de la chaqueta y avanzó entre la neblina hasta su Toyota Camry alquilado; se sentó detrás del volante, consciente de que la vida que había llevado durante el último cuarto de siglo acababa de terminar oficialmente al estampar su firma en el contrato de venta.

Era principios de enero de 1988; en el último mes había vendido sus dos coches, su consultorio y, ahora, en esta última reunión con su abogado, su casa. No sabía qué sentiría al venderla, pero al dar la vuelta a la llave se había dado cuenta de que no sentía gran cosa, aparte de una vaga sensación de completar un ciclo. Aquella misma mañana se había paseado por la casa una última vez, habitación por habitación, esperando recordar escenas de su vida. Creyó que se imaginaría el árbol de Navidad y rememoraría lo nervioso que se ponía su hijo cuando bajaba las escaleras en pijama para ver los regalos que Papá Noel le había traído. Había intentado recordar los olores de la cocina en el día de Acción de Gracias, o las tardes lluviosas de domingo cuando Martha preparaba un guiso, o los sonidos de las voces que emergían del salón, donde él y su esposa habían celebrado docenas de fiestas.

Pero mientras pasaba de una habitación a otra, deteniéndose de vez en cuando para cerrar los ojos, ningún recuerdo acudió a él. Comprendió que la casa no era más que una cáscara vacía, y se preguntó, una vez más, por qué había vivido allí tanto tiempo.

Paul abandonó el aparcamiento, se sumergió en el tráfico y se dirigió a la carretera interestatal, evitando las aglomeraciones de los habitantes de los suburbios que venían a trabajar a la ciudad. Veinte minutos después giró hacia la autopista 70, una vía de dos carriles que llevaba al sureste, a la costa de Carolina del Norte. En el asiento de atrás llevaba dos bolsas grandes de tela gruesa. Sus billetes de avión y su pasaporte estaban en la bolsa de piel que había a su lado, en el asiento del copiloto. En el maletero tenía un botiquín médico y material diverso que le habían pedido que llevara.

Fuera, el cielo era una lona blanca y gris; el invierno se había instalado con firmeza. Aquella mañana había llovido durante una hora y, debido al viento del norte, parecía que hiciera más frío. La autopista no estaba llena ni resbaladiza, así que Paul conectó el control remoto por debajo del límite de velocidad y dejó que sus pensamientos derivaran de nuevo hacia lo que había hecho aquella mañana.

Britt Blackerby, su abogado, había realizado una última intentona por disuadirlo. Eran amigos desde hacía años; seis meses antes, cuando Paul le habló por primera vez de sus intenciones, Britt creyó que estaba bromeando y se rió mientras decía: « Sí, claro, un día de éstos ». Sin embargo, al mirar el rostro de su

amigo al otro lado de la mesa comprendió que Paul hablaba en serio.

Por supuesto, Paul se había preparado para esa reunión. Era la única costumbre de la que no podía deshacerse; colocó tres páginas pulcramente mecanografiadas, donde había subrayado lo que consideraba que eran precios justos y sus opiniones específicas sobre las propuestas de contratos. Britt se los había quedado mirando un buen rato antes de levantar la vista.

—¿Esto es por Martha? —preguntó.

—No —contestó él—, sólo es algo que necesito hacer.

En el coche, Paul encendió la calefacción y colocó la mano encima de la rejilla, dejando que el aire le calentara los dedos. Al echar un vistazo al espejo retrovisor vislumbró los rascacielos de Raleigh y se preguntó cuándo volvería a verlos de nuevo.

Le había vendido la casa a una pareja; el marido era un ejecutivo de Glaxo y la esposa era psicóloga, y habían visto la casa el primer día que estuvo a la venta. Habían vuelto al día siguiente y, al cabo de unas horas, ya habían hecho una oferta. Era la primera y la única pareja que había puesto los pies en la vivienda.

Paul no se sorprendió. Había estado presente la segunda vez que vinieron y se habían pasado una hora repasando las características de la casa. A pesar de los intentos por disimular sus sentimientos, Paul supo que la comprarían desde el momento en que los vio. Les mostró el funcionamiento del sistema de seguridad y cómo abrir la puerta que separaba aquel vecindario del resto de la comunidad; les ofreció el número y la tarjeta del jardinero al que empleaba, así como el de la empresa de mantenimiento de la piscina, con la que todavía tenía un contrato vigente. Explicó que el mármol del vestíbulo era importado de Italia y que los cristales de colores de las ventanas estaban trabajados por un artesano de Génova. Habían remodelado la cocina hacía sólo dos años: el frigorífico Sub-Zero y la cocina Viking todavía eran últimos modelos. Les dijo que no, que no sería ningún problema cocinar para veinte o más. Les llevó a la *suite* principal, que contaba con un baño propio, y luego a las demás habitaciones. Notó que los ojos de la pareja se detenían en las molduras labradas a mano y en las paredes pintadas a la esponja.

En el piso de abajo, Paul señaló los muebles hechos a medida y la araña de cristal; finalmente, dejó que examinaran la alfombra persa que había debajo de la mesa de madera en el comedor. En la biblioteca, Paul observó cómo el marido recorría con los dedos los paneles de arce y luego miraba la lámpara Tiffany del rincón del escritorio.

—¿Y el precio incluye todos los muebles? —preguntó el marido.

Paul asintió.

Al salir de la biblioteca pudo oír a sus espaldas unos sofocados murmullos de excitación.

Transcurrida casi una hora, cuando ya estaban en la puerta dispuestos para

salir, le hicieron la pregunta que Paul ya sabía que llegaría:

—¿Por qué la vende?

Paul recordaba haber mirado al marido, consciente de que la pregunta se debía a algo más que a simple curiosidad.

Lo que Paul estaba haciendo tenía cierto aire escandaloso, y sabía que el precio era demasiado bajo, incluso si hubiera vendido la casa vacía.

Paul podría haber respondido que, desde que estaba solo, ya no necesitaba una casa tan grande. O que la vivienda era más adecuada para gente más joven, a quien no le importaran las escaleras. O que tenía pensado comprar o construir una casa distinta y quería una decoración diferente. O que pensaba retirarse y todo aquello era demasiado para hacerse cargo.

Pero ninguno de estos motivos era cierto. En lugar de contestar, fijó la mirada en la de aquel hombre.

—¿Por qué quieren ustedes comprarla? —preguntó.

Su tono fue amistoso y el marido se tomó un momento para mirar a su esposa. Era bonita, morena y menuda; ambos parecían tener la misma edad, unos treinta y cinco años, más o menos. El hombre también era atractivo y mantenía la espalda erguida; era obvio que tenía futuro y que nunca le había faltado confianza. Por un instante, parecieron no comprender qué les preguntaba.

—Es el tipo de casa con la que siempre hemos soñado —respondió finalmente la mujer.

Paul asintió: « Sí; recuerdo que yo sentí lo mismo. Pero sólo hasta hace seis meses », pensó.

—Entonces espero que les haga felices —dijo.

Un momento más tarde la pareja se marchó; Paul observó cómo se dirigían a su coche. Los saludó con la mano antes de cerrar la puerta y, una vez dentro, sintió un nudo en la garganta. Se dio cuenta de que contemplar al marido le había recordado cómo se sintió él mismo en cierta ocasión, mientras se miraba en el espejo. Y, por alguna razón que no podía explicar muy bien, notó que de repente sus ojos se llenaban de lágrimas.

La autopista pasó por Smithfield, Goldsboro y Kinston, pequeñas ciudades separadas por cincuenta kilómetros de campos de algodón y tabaco. Él había crecido en esta parte del mundo, en una pequeña granja a las afueras de Williamston, así que los puntos de referencia le resultaban familiares. Pasó de largo establos y granjas que se tambaleaban, y vio manojos de muérdago en las ramas altas y yermas de los robles que había junto a la autopista. Largas y delgadas líneas de pinos separaban cada propiedad de la contigua.

En New Bern, una pintoresca localidad situada en la confluencia de los ríos Neuse y Trent, paró para almorzar. Se compró un sándwich y una taza de café en una tienda del barrio histórico y, a pesar del frío intenso, se sentó en un banco junto al Sheraton, con vistas al puerto. Yates y veleros se sostenían en sus

amarres, balanceándose ligeramente al ritmo de la brisa.

El aliento de Paul se elevaba en pequeñas nubes. Después de terminarse el sándwich quitó la tapa de su taza de café. Mientras observaba cómo se levantaba el vapor, pensó en el curso de los acontecimientos que lo había llevado al punto donde estaba ahora.

Pensó que había sido un largo trayecto. Su madre había muerto al darle a luz, y como hijo único de un padre que tenía que labrar la tierra para ganarse la vida no lo había tenido nada fácil. En lugar de jugar al béisbol con sus amigos o pescar siluros gigantes y róbalos de boca grande, se pasaba el día arrancando maleza y limpiando de gorgojos las hojas de tabaco en jornadas de doce horas, bajo el sol alto y redondo de los veranos sureños que doraba permanentemente su espalda. Como todos los niños, a veces se quejaba, pero normalmente asumía su trabajo. Sabía que su padre necesitaba su ayuda, y su padre era un buen hombre. Era paciente y amable, aunque, como su propio padre antes que él, raramente hablaba sin motivo. Las mayoría de las veces, su pequeña casa ofrecía la quietud que suele encontrarse en una iglesia. Aparte de las preguntas acostumbradas sobre cómo había ido la escuela o qué ocurría en los campos, las cenas no estaban salpicadas más que por los sonidos de los cubiertos al chocar contra los platos. Después de limpiar los cacharros, su padre se trasladaba a la sala y leía detenidamente reportajes agrícolas, mientras que Paul se sumergía en los libros. No tenían televisor y muy pocas veces encendían la radio, excepto para informarse del tiempo.

Eran pobres y, aunque siempre tuvo un plato en la mesa y una cama donde dormir, a veces Paul se sentía avergonzado por la ropa que llevaba, o por el hecho de no tener nunca dinero suficiente para ir a la tienda a comprarse un pastelito o una botella de cola como sus amigos. De vez en cuando oía comentarios maliciosos sobre esas cosas, pero, en lugar de rebelarse, Paul se consagraba a sus estudios, como si no le importara intentar demostrar nada. Año tras año traía a casa unas calificaciones perfectas; y aunque su padre estaba orgulloso de sus logros, había en él cierta melancolía cuando miraba los informes de Paul, como si eso significara que su hijo dejaría la granja algún día para no volver nunca más.

Los hábitos de trabajo adquiridos en el campo se extendieron a otras áreas de la vida de Paul. No sólo se graduó con matrícula de honor, sino que también se convirtió en un excelente atleta. Cuando recortaron la plantilla del equipo de fútbol estando él en el primer año, el entrenador le aconsejó que probara con las carreras de fondo. Entonces descubrió que era el esfuerzo y no los genes lo que solía distinguir a los ganadores de los perdedores en una carrera, por lo que empezó a levantarse a las cinco de la mañana para poder entrenar cada día. Y funcionó. Asistió a la Universidad de Duke con una beca de atletismo: fue su mejor corredor durante cuatro años, además de continuar sobresaliendo en las

aulas. En sus cuatro años allí sólo una vez bajó la guardia, y como consecuencia estuvo a punto de morir, así que no dejó que aquello ocurriese otra vez. Se especializó en química y en biología y se graduó con sobresaliente. Aquel año también se convirtió en un atleta de alto nivel al acabar tercero en el encuentro nacional de corredores de fondo.

Después de la carrera le entregó la medalla a su padre y le dijo que había hecho todo aquello por él.

—No —replicó su padre—, has corrido por ti. Sólo espero que estés corriendo en dirección a algo, y no para escapar de algo.

Aquella noche, Paul contempló el techo mientras estaba tumbado en la cama, intentando imaginar qué había querido decir su padre. En su mente estaba corriendo hacia algo, hacia todo. Una vida mejor. Estabilidad económica. Una forma de ayudar a su padre. Respeto. Libertad sin preocupaciones. Felicidad.

En febrero de su último año, después de saber que lo habían aceptado en la Facultad de Medicina de Vanderbilt, fue a visitar a su padre para darle las buenas noticias. Éste le dijo que se alegraba por él. Pero aquella noche, cuando se suponía que su padre dormía desde hacía rato, Paul miró por la ventana y lo vio: una figura solitaria de pie junto a la cerca, mirando hacia los campos.

Tres semanas después, su padre murió de un ataque al corazón mientras labraba la tierra, preparándose para la primavera.

Paul quedó deshecho por la pérdida, pero en lugar de tomarse un tiempo para el duelo eludió los recuerdos lanzándose aún más de lleno al trabajo. Se inscribió temprano en Vanderbilt, fue a la escuela de verano y cursó tres asignaturas para adelantar sus estudios; luego añadió tres asignaturas más para completar el programa. Después de eso, su vida era una mancha uniforme. Fue a clase, hizo los trabajos y estudió hasta que despuntaba el alba. Corrió ocho kilómetros al día y siempre cronometró sus tiempos, para intentar mejorar con cada año que pasaba. Evitó los bares y los clubes nocturnos e ignoró las idas y venidas de los equipos de atletismo de la facultad. Se permitió el capricho de comprarse un televisor, pero nunca lo sacó de la caja y lo acabó vendiendo al año siguiente. Aunque era tímido con las chicas le presentaron a Martha, una rubia de Georgia de carácter dulce que trabajaba en la biblioteca de la Facultad de Medicina, y como él nunca se pasaba por allí para pedirle una cita decidió hacerlo ella misma. Aunque a Martha le preocupaba el ritmo frenético en que él vivía sumergido, aceptó su propuesta de matrimonio y fueron juntos al altar diez meses más tarde. Con los finales tan cerca no hubo tiempo para la luna de miel, pero él le prometió que irían a algún lugar bonito cuando terminara la carrera. Nunca hicieron tal cosa. Mark, su hijo, nació un año después. Durante los dos primeros años de la vida del niño, Paul no cambió un solo pañal, ni meció nunca al bebé para que se durmiera.

Se dedicaba a estudiar en la mesa de la cocina, atento a los esquemas de la

fisiología humana o a las ecuaciones químicas, tomando notas y sacándose un examen tras otro. Se graduó el primero de su clase en tres años y se mudó a Baltimore con su familia, donde hizo su residencia como cirujano en el hospital Johns Hopkins.

Para entonces ya sabía que la cirugía era lo suyo. Muchas especialidades requieren una gran dosis de interacción humana y de psicología, y Paul no era especialmente bueno en ninguna de las dos cosas. Pero la cirugía era distinta; a los pacientes no les interesaban tanto las dotes comunicativas como la destreza, y Paul no sólo tenía la confianza necesaria para tranquilizarlos antes de la operación, sino también la destreza para hacer lo que fuese necesario. Prosperó en aquel entorno. En los dos últimos años de su residencia, Paul trabajó noventa horas a la semana y durmió cuatro horas al día; sin embargo, curiosamente, no mostraba signo alguno de fatiga.

Después de su residencia, completó una beca de investigación en cirugía craneoencefálica y se mudó con su familia a Raleigh, donde montó una consulta con otro cirujano justo cuando la población empezaba a aumentar y aumentar. Al ser los únicos especialistas de ese campo en la comunidad, su consultorio creció. A los treinta y cuatro años ya había pagado sus deudas con la Facultad de Medicina. A los treinta y seis trabajaba con todos los grandes hospitales de la zona y desempeñaba la mayor parte de su trabajo en el Medical Center de la Universidad de Carolina del Norte. Allí participo en una investigación junto con científicos de la clínica Mayo sobre neurofibromas. Un año después le publicaron un artículo sobre el paladar mellado en el *New England Journal of Medicine*. Cuatro meses después le siguió otro artículo sobre hemangiomas; en él contribuyó a redefinir los procedimientos quirúrgicos para los niños en dicho campo. Su fama aumentó y, tras operar con éxito a la hija del senador Norton, que había quedado desfigurada en un accidente de coche, fue primera plana en *The Wall Street Journal*.

Además del trabajo de reconstrucción, fue uno de los primeros cirujanos de Carolina del Norte en expandir su ejercicio para incluir la cirugía plástica, y pilló la ola justo cuando empezaba a crecer. Su consultorio funcionaba con fuerza, sus ingresos se multiplicaron y empezó a acumular cosas. Se compró un BMW, luego un Mercedes, luego un Porsche y luego otro Mercedes. Él y Martha construyeron la casa de sus sueños. Adquirió bonos y acciones de una docena de fondos de inversiones distintos. Cuando se dio cuenta de que no podía lidiar con los entresijos del mercado, contrató a un asesor financiero. Después de eso, su capital comenzó a doblarse cada cuatro años. Entonces, cuando tenía más de lo que iba a necesitar para el resto de su vida, su dinero se comenzó a triplicar.

Y seguía trabajando. Programaba intervenciones no sólo durante la semana, sino también los sábados. Se pasaba los domingos por la tarde en el despacho. Cuando tenía cuarenta y cinco años, el ritmo que llevaban acabó por quemar a su

socio, que se fue para trabajar con otro grupo de médicos.

Durante los primeros años después del nacimiento de Mark, Martha hablaba a menudo de tener otro hijo. Con el tiempo dejó de mencionarlo. Aunque le obligaba a tomarse vacaciones, él lo hacía tan a regañadientes que, al final, ella decidió visitar a sus padres con Mark y dejar a Paul en casa. Éste encontró el tiempo suficiente para asistir a algunos de los acontecimientos más importantes de la vida de su hijo, esas cosas que ocurrían una vez o dos al año, pero se perdió la mayor parte del resto.

Se convenció a sí mismo de que trabajaba por su familia.

O por Martha, que había luchado con él durante los primeros años. O por la memoria de su padre. O por el futuro de Mark. No obstante, muy en el fondo sabía que lo hacía por sí mismo.

Si ahora tuviese que nombrar lo que más le dolía de todos esos años, seguro que tendría que ver con su hijo; a pesar de que Paul estuvo ausente de su vida, Mark lo había sorprendido anunciándole que quería convertirse en médico. Después de que aceptaran a Mark en la Facultad de Medicina, Paul difundió la noticia por los pasillos del hospital, complacido con la idea de que su hijo se uniera a su profesión. Ahora, había pensado, pasarían más tiempo juntos, y recordaba haber llevado a Mark a almorzar para intentar convencerlo de que se hiciera cirujano. Mark se limitó a negar con la cabeza.

—Ésa es tu vida —le dijo—, y no es una vida que me interese en absoluto. Para ser sincero, siento lástima de ti.

Aquello lo hirió. Discutieron. Mark hizo acusaciones aún más graves; Paul perdió los nervios y Mark acabó por abandonar el restaurante hecho una furia. Paul se negó a hablar con él durante las dos semanas siguientes y su hijo no hizo ningún intento por reparar el daño. Las semanas se convirtieron en meses y después en años. Aunque Mark mantuvo la cálida relación que siempre había tenido con su madre, evitaba pasar por casa cuando sabía que estaba su padre.

Paul llevó el alejamiento de su hijo del único modo que conocía. Siguió con el mismo volumen de trabajo, corría los habituales ocho kilómetros diarios y, por las mañanas, repasaba la sección de economía del periódico. Pero veía la tristeza en los ojos de Martha y, en determinados momentos, normalmente entrada la noche, se preguntaba cómo podría resolver la ruptura con su hijo. Una parte de él quería coger el teléfono y llamar, pero nunca hallaba el valor suficiente. Sabía por Martha que Mark se las arreglaba bien sin él. En lugar de ser cirujano se había convertido en médico de familia y, tras dedicarse a ello unos meses para desarrollar las aptitudes necesarias, dejó el país para ofrecer sus servicios como voluntario en una organización de ayuda internacional. Aunque era un gesto muy noble, Paul no podía evitar pensar que su hijo lo había hecho para estar lo más lejos posible de él.

Dos meses después de que Mark se marchara, Martha pidió el divorcio.

Si las palabras de Mark le habían hecho enfadar un día, las de Martha lo dejaron estupefacto. Intentó hablar con ella sobre el tema, pero Martha le interrumpió suavemente.

—¿De verdad vas a echarme de menos? —dijo—. Apenas nos conocemos el uno al otro.

—Puedo cambiar —dijo él.

Martha sonrió.

—Sé que puedes. Y deberías. Pero tienes que hacerlo porque tú quieres, no porque creas que yo quiero que lo hagas.

Paul pasó las dos semanas siguientes aturdido, y un mes más tarde, después de terminar una intervención rutinaria, Jill Torrelson, de sesenta y dos años de edad, murió en la sala de recuperación en Rodanthe, Carolina del Norte.

Fue ese hecho terrible, que vino a la zaga de los demás, lo que le había llevado a circular ahora por aquella carretera.

Después de terminarse el café, Paul volvió al coche y se dirigió otra vez a la autopista. En cuarenta y cinco minutos había llegado a Morehead City. Cruzó el puente a Beaufort, dobló algunas curvas y luego fue hacia el este, rumbo a Cedar Island.

Las tierras bajas de la costa eran de una belleza serena; aminoró la marcha para impregnarse de ella. Sabía que aquí la vida era diferente. Mientras conducía, le maravilló que la que conducía en la dirección contraria lo saludara con la mano, y también que un grupo de ancianos, que estaban sentados en un banco frente a la gasolinera, pareciera no tener nada mejor que hacer que ver pasar los coches.

A media tarde cogió el *ferry* hasta Ocracoke, un pueblo del extremo sur de la Barrera de Islas. Sólo había cuatro automóviles más en el transbordador. En el trayecto de dos horas estuvo charlando con algunos de los pasajeros. Pasó la noche en un motel de Ocracoke. Se despertó cuando el círculo de luz blanca se elevaba por encima del agua y desayunó temprano. Dedicó las horas siguientes a pasear por el rústico pueblo, mientras observaba cómo la gente preparaba sus casas para la tormenta que se cernía sobre la costa.

Cuando finalmente estuvo listo, metió su bolsa en el coche y condujo en dirección al norte, el lugar al que tenía que ir.

Por el camino pensó que la Barrera de Islas era mística y extraña: con la hierba recortada salpicando las dunas onduladas y los robles junto al mar inclinándose a los costados bajo la constante brisa marina; era un sitio como ningún otro. Las islas habían estado conectadas una vez con el continente, pero después de la última glaciación el mar había inundado la zona por la parte este, formando el llamado Pamlico Sound. Hasta los años cincuenta no hubo ninguna carretera en todas las islas; así pues, la gente tenía que conducir por la playa para llegar a sus casas más allá de las dunas. Aquello aún formaba parte de la cultura

del lugar; mientras conducía pudo ver huellas de neumáticos junto a la orilla.

El cielo se había aclarado en algunas zonas y, aunque las nubes avanzaban con furia hacia el horizonte, el sol asomaba de vez en cuando, haciendo que el mundo brillara con una blancura feroz. Por debajo del rugido del motor podía oír la violencia del océano.

En esa época del año la Barrera de Islas estaba bastante vacía y disponía para él sólo de aquel segmento de carretera. En la soledad, sus pensamientos volvieron a centrarse en Martha. El divorcio se había consumado hacía sólo unos meses; pero había sido amistoso. Sabía que ella se estaba viendo con alguien y sospechaba que lo hacía desde antes de su separación, pero no le importaba. Aquellos días, nada parecía importante.

Cuando ella se marchó, Paul recordaba haber reducido su programa de trabajo, convencido de que necesitaba más tiempo para poner las cosas en orden. Pero unos meses después, en lugar de volver a su rutina acostumbrada, redujo su programa aún más. Siguió corriendo regularmente, pero descubrió que ya no le interesaba leer la sección de economía por las mañanas. Hasta donde podía recordar, nunca había necesitado más de seis horas de sueño al día; pero, curiosamente, cuanto más reducía el ritmo de su anterior vida más horas parecía necesitar para sentirse descansado.

También hubo otros cambios físicos. Por primera vez en años, Paul Flanner sintió que se le relajaban los músculos de los hombros. Las arrugas de su cara, más profundas con los años, seguían siendo prominentes, pero la intensidad que vio un día en su reflejo había sido reemplazada por una especie de tediosa melancolía. Y, aunque seguramente eran imaginaciones suyas, parecía que sus cabellos grises por fin hubieran dejado de extenderse.

Hubo un tiempo en que pensó que lo tenía todo. Corrió y corrió para alcanzar la cumbre del éxito; pero ahora se daba cuenta de que nunca había seguido el consejo de su padre. Llevaba toda la vida huyendo de algo, no corriendo hacia algo, y en el fondo de su corazón sabía que todo había sido en vano.

Tenía cincuenta y cuatro años y estaba solo en el mundo. Al mirar la franja vacía de asfalto que se desplegabá ante él no pudo evitar preguntarse por qué diablos había corrido tanto.

Sabiendo que ya estaba cerca, Paul se dispuso para la última etapa de su viaje. Se había alojado en un pequeño hostel a la salida de la carretera y, cuando llegó a las afueras de Rodanthe, decidió dar una vuelta. El centro, si se podía llamar así, consistía en varios negocios que parecían ofrecer un poco de todo. La tienda principal vendía material de ferretería y equipos de pesca, además de alimentos; la gasolinera vendía neumáticos y componentes de automóvil al tiempo que ofrecía servicio mecánico.

No había ningún motivo para preguntar la dirección y, un minuto después, abandonó la carretera para meterse por un camino de grava, mientras pensaba

que el Inn de Rodanthe era más encantador de lo que había imaginado. Era un antiguo edificio Victoriano con contraventanas negras y un acogedor porche principal. En las verjas había macetas de pensamientos en plena floración, y una bandera americana ondeaba al viento.

Cogió su equipaje y se lo echó al hombro; luego subió los escalones y entró dentro. El suelo era de pino, desgastado por años de pisadas arenosas; por ningún lado se veía la formalidad de su antigua casa. A la izquierda había una salita de lo más agradable, bien iluminada por dos grandes ventanas que enmarcaban la chimenea. Olía a café recién hecho y vio que alguien había sacado una bandejita de galletas para darle la bienvenida. Dio por sentado que a la derecha estaría el propietario y se dirigió hacia allí.

Aunque vio un pequeño mostrador donde parecía que debía registrarse, no había nadie detrás. En una esquina vio las llaves de las habitaciones, cuyos llaveros eran pequeños faros. Cuando llegó al mostrador tocó la campana para ser atendido.

Esperó, volvió a llamar de nuevo y esta vez oyó lo que parecía un llanto ahogado procedente de algún lugar de la parte de atrás de la casa. Dejó sus cosas, rodeó el mostrador y empujó un par de puertas oscilantes que daban a la cocina. En la encimera había tres bolsas de la compra todavía llenas, la puerta de atrás estaba abierta y lo atrajo en aquella dirección; el porche crujió cuando dio el primer paso fuera. A la izquierda vio un par de mecedoras y una mesita entre ellas; a la derecha descubrió el origen del ruido.

Estaba de pie en la esquina, contemplando el océano. Al igual que él llevaba vaqueros desteñidos, pero ella se había protegido con un grueso jersey de cuello alto. Su cabello castaño claro estaba recogido, aunque algunos mechones sueltos se agitaban al viento. Observó cómo se daba la vuelta, alarmada por el sonido de sus botas en el porche. Detrás de ella, una docena de golondrinas de mar remontaban la corriente; había una taza de café posada sobre la verja.

Paul miró a lo lejos y luego se dio cuenta de que sus ojos; se sentían atraídos otra vez hacia ella. A pesar de que estaba llorando su belleza era evidente, aunque algo en su compostura le decía que ella no era consciente. Y aquello no había hecho más que añadirle atractivo, pensó tiempo después, al recordar aquella mañana.

Capítulo 4

Amanda miró a su madre desde el otro extremo de la mesa.

Adrienne había hecho una pausa y miraba otra vez por la ventana. Había dejado de llover. Al otro lado del cristal, el cielo estaba repleto de sombras. En el silencio, Amanda oía el zumbido persistente del frigorífico.

—¿Por qué me cuentas esto, mamá?

—Porque creo que necesitas oírlo.

—Pero ¿por qué? Quiero decir, ¿quién era él?

En lugar de responder, Adrienne extendió el brazo y cogió la botella de vino. La abrió con gestos meditados. Después de servirse un vaso, hizo lo propio con su hija.

—Puede que lo necesites —dijo.

—¿Mamá?

Adrienne le pasó el vaso por encima de la mesa.

—¿Recuerdas cuando fui a Rodanthe? ¿Cuándo Jean me pidió que me encargara del Inn?

Le llevó un momento caer en la cuenta.

—¿Te refieres a cuando yo estaba en el instituto?

—Sí.

Cuando Adrienne retomó su relato, Amanda se descubrió cogiendo el vino y preguntándose de qué iría todo aquello.

Capítulo 5

De pie junto a la verja del porche trasero del Inn, en la tarde sombría de un jueves, Adrienne dejó que la taza de café calentara sus manos mientras contemplaba el océano, que estaba más agitado que hacía una hora. El agua había adquirido el color del hierro, como el casco de un viejo buque de guerra, y se podían ver pequeñas crestas de espuma que se extendían hasta el horizonte.

Una parte de ella deseaba no haber venido. Cuidaba del Inn para una amiga y esperaba que aquello fuese una tregua, por llamarlo de algún modo, pero ahora le parecía un error. En primer lugar, la meteorología no parecía dispuesta a colaborar: la radio llevaba todo el día avisando de la gran tormenta que se avecinaba por el noreste; y no le hacía ninguna gracia quedarse sin electricidad o tener que enterrarse dentro de la casa durante un par de días. Pero más que la amenaza de los cielos, la playa le traía demasiados recuerdos de vacaciones familiares, de días felices en que ella se sintió satisfecha con el mundo.

Durante mucho tiempo se había sentido afortunada. Conoció a Jack cuando él estudiaba derecho. En aquel entonces se les consideraba la pareja perfecta; él era alto y delgado, con el pelo negro y ensortijado; ella era castaña y de ojos azules, con unas cuantas tallas menos que ahora. Expusieron la foto de bodas en un lugar destacado del salón de su casa, justo encima de la chimenea. Tuvieron su primer hijo cuando ella tenía veintiocho años y los otros dos llegaron en los tres años siguientes. Al igual que muchas otras mujeres tuvo problemas para perder el peso que había ganado, pero trabajó duro y, aunque nunca recuperó el cuerpo que había, tenido, pensaba que estaba bastante bien, en comparación con la mayoría de las mujeres de su edad que habían tenido hijos.

Y era feliz. Le encantaba cocinar, conservaba limpia la casa, asistían a la iglesia en familia y hacía lo posible para que Jack y ella mantuvieran una vida social activa. Cuando los niños empezaron a ir a la escuela, ella se presentó voluntaria para ayudar en las clases, iba a las reuniones de padres de alumnos, trabajaba en la escuela dominical y era la primera voluntaria cuando se necesitaban coches para las excursiones. Se pasó horas sentada en recitales de piano, obras, de teatro y partidos de fútbol y de béisbol; enseñó a nadar a cada uno de sus hijos y se rió a carcajadas con las caras que pusieron la primera vez que cruzaron el umbral de Disney World. En su cuarenta cumpleaños Jack le preparó una fiesta sorpresa en el club de campo, a la que asistieron casi doscientas personas. Fue una velada cargada de risas y buen humor, pero luego, al llegar a casa, se dio cuenta de que Jack no la miró al desnudarse antes de meterse en la cama, sino que apagó las luces y, aunque ella sabía que nunca cogía el sueño tan deprisa, se quedó dormido: simuló estar dormido.

Al mirar atrás, se daba cuenta de que aquello debería haberla alertado, avisado de que las cosas no eran como parecían; sin embargo, con tres niños y un

marido que había dejado su crianza en manos de ella, estaba demasiado ocupada como para tener tiempo de reflexionar sobre esas cosas. Además, ella no esperaba ni creía que la pasión entre los dos no tuviese que sufrir sus baches. Llevaba demasiado tiempo casada para ser tan ingenua. Supuso que todo volvería a su cauce, como siempre, y no se preocupó por ello. Pero no fue así.

A los cuarenta y uno ya estaba preocupada por su relación y había empezado a echar una ojeada en la sección de autoayuda de las librerías, en busca de títulos que pudieran aconsejarle cómo mejorar su matrimonio. Y en ocasiones se descubría esperando un futuro en que las cosas tal vez se tranquilizaran: se imaginaba cómo sería convertirse en abuela o qué podrían hacer Jack y ella cuando tuvieran tiempo de disfrutar el uno del otro, de nuevo como pareja. Tal vez entonces, pensaba, las cosas volverían a ser como habían sido una vez.

Fue entonces cuando vio a Jack almorzando con Linda Gaston. Sabía que Linda trabajaba en la empresa de Jack, en el departamento de Greensboro. Aunque su especialidad era el derecho administrativo y Jack trabajaba en pleitos de carácter general, Adrienne sabía que a veces sus casos se solapaban y requerían una mutua colaboración, así que no se sorprendió al verlos juntos. Adrienne incluso sonrió desde el otro lado del cristal. Aunque Linda no era una amiga cercana, la habían invitado muchas veces a su casa; siempre se habían llevado bien, a pesar de que Linda era diez años más joven y estaba soltera. Fue sólo al entrar en el restaurante cuando se dio cuenta de la forma tan tierna en que se miraban el uno al otro. Tuvo la certeza de que estaban cogidos de la mano por debajo de la mesa.

Durante un largo minuto, Adrienne se quedó clavada en el suelo, pero en lugar de enfrentarse a ellos se dio la vuelta y salió de allí antes de que tuvieran oportunidad de verla. Por la noche le preparó a Jack su plato favorito y no dijo una palabra sobre lo que había visto. Simuló que no había ocurrido y, con el tiempo, pudo convencerse de que había malinterpretado la actitud que vio en ellos. A lo mejor Linda estaba pasando por una mala época y él intentaba consolarla. Jack era así. O tal vez, pensó, fue una fantasía fugaz que ninguno de los dos llevó a la práctica, un romance imaginario y nada más, pero no era así. Su matrimonio empezó a caer en picado y en cuestión de meses, Jack le pidió el divorcio. Dijo que estaba enamorado de Linda. Él no quería que pasara y esperaba que lo entendiera. Ella no lo entendía, y así se lo dijo. No obstante, cuando cumplió los cuarenta y dos, Jack se marchó de casa.

Ahora, más de tres años después, Jack había rehecho su vida, pero a Adrienne le parecía imposible hacerlo. La custodia de los niños había sido compartida, pero sólo oficialmente. Jack vivía en Greensboro y las tres horas de trayecto bastaban para que los niños pasaran la mayor parte del tiempo con ella. En general se sentía agradecida por ello, pero la presión de criarlos sola ponía a prueba su paciencia día tras día. A menudo, por la noche se derrumbaba en la cama, pero

era incapaz de dormir, pues no podía detener el torbellino de pensamientos que inundaban su cabeza. Y aunque nunca se lo había dicho a nadie, más de una vez imaginaba qué diría si Jack apareciera por la puerta y le pidiera que lo aceptara de nuevo. Y muy en el fondo sabía que, seguramente, le diría que sí.

Se odiaba a sí misma por ello, pero ¿qué podía hacer? No quería esta vida, nunca la había pedido ni esperado. Y pensaba que tampoco la merecía. Había jugado limpio, había seguido las normas al pie de la letra. Había sido fiel durante dieciocho años. Había hecho la vista gorda las veces en que él bebía demasiado, le había llevado café cuando trabajaba hasta tarde y nunca dijo una palabra cuando se iba a jugar al golf el fin de semana en lugar de pasar más tiempo con los niños.

¿Era sólo el sexo lo que le atraía? Sin duda, Linda era más joven y más bonita, pero ¿realmente aquello era tan importante para él como para tirar por la borda el resto de su vida? ¿No significaban nada los niños? ¿Ni ella? ¿Ni sus dieciocho años juntos? Y en cualquier caso, era como si hubiera perdido todo interés en su mujer: en los últimos dos años, cada vez que hacían el amor era ella quien tomaba la iniciativa. Si tenía tanta necesidad, ¿por qué no hizo nada al respecto?

¿O acaso la encontraba aburrida? Era evidente que, al llevar tanto tiempo casados, tenían pocas cosas nuevas que contarse. Con los años, la mayoría habían sido recicladas en versiones ligeramente diferentes y ambos habían llegado al punto de saberse los finales de antemano tras oír sólo algunas palabras. Más bien hacían lo que la mayoría de las parejas: ella le preguntaba cómo había ido el trabajo, él le preguntaba por los niños y entonces charlaban de las últimas travesuras de algún miembro de la familia o de lo que ocurría en la ciudad. En ocasiones también ella deseaba que hubiera algo más interesante de lo que hablar, pero ¿es que Jack no comprendía que al cabo de unos años le ocurriría lo mismo con Linda? No era justo. Hasta sus amigos lo decían, y ella suponía que eso significaba que estaban de su parte. Y a lo mejor lo estaban, pero pensaba que tenían una curiosa manera de demostrarlo. Y es que un mes antes había asistido a la fiesta de Navidad que celebraba una pareja a la que conocían desde hacía años, y ¿quién resultó que estaba allí? Jack y Linda. Era normal en una pequeña ciudad sureña como la suya, donde la gente tendía a perdonar esas cosas, pero Adrienne no pudo evitar sentirse traicionada.

Y más allá del dolor y la traición, se sentía sola. No había tenido una cita desde que se marchó Jack Rocky Mount no era exactamente un hervidero de hombres disponibles de cuarenta y tantos, y los que estaban solteros no eran precisamente el tipo de hombre que ella deseaba. La mayoría llevaban demasiada carga y ella no se sentía capaz de echarse a los hombros más peso del que ya soportaba. Al principio se decía a sí misma que debía ser selectiva, y cuando creyó que ya estaba lista para entrar otra vez, en el universo de las citas

estableció mentalmente una serie de rasgos que le interesaban. Quería a alguien inteligente, amable y atractivo, pero sobre todo quería a alguien que aceptara el hecho de que estaba criando a tres adolescentes. Sospechaba que eso podía ser un problema, pero sus hijos eran bastante autosuficientes y no creía que fuese la clase de obstáculo que desanimara a la mayoría de los hombres.

Vaya si se equivocaba.

En los últimos tres años nadie le había pedido una cita, y últimamente había llegado a creer que eso nunca sucedería. El bueno de Jack podía pasárselo bien, el bueno de Jack podía leer el periódico de la mañana con alguien a su lado, pero en cambio ella ya estaba fuera de juego.

Y además estaban, por supuesto, los problemas económicos.

Jack le había dejado la casa y le pagaba la pensión puntualmente, pero apenas le bastaba para llegar a fin de mes. A pesar de que Jack se ganaba bien la vida cuando estaban juntos, no habían ahorrado lo suficiente. Como muchas otras parejas, habían pasado muchos años atrapados en la costumbre de gastar casi todo lo que ganaban. Se compraban coches nuevos y se iban de vacaciones; cuando los televisores de pantalla grande irrumpieron en el mercado, ellos fueron los primeros del vecindario en traerse uno a casa. Siempre había pensado que Jack hacía provisiones para el futuro, pues era él quien llevaba las cuentas. Resultó que no era así. Adrienne tuvo que aceptar un empleo a tiempo parcial en la biblioteca del barrio. Aunque no estaba tan preocupada por ella o por los niños como lo estaba por su padre.

Un año después del divorcio, su padre sufrió un ataque, y luego llegaron otros tres con gran rapidez. Ahora necesitaba cuidados las veinticuatro horas del día. La residencia que le había encontrado era fantástica, pero siendo hija única le tocaba a ella pagarla por completo. Tenía lo suficiente para un año más, pero después de eso no sabía lo que iba a hacer. Ya se estaba gastando todo lo que ganaba trabajando en la biblioteca. Cuando Jean le había preguntado a Adrienne si no le importaba encargarse del Inn mientras ella estaba fuera, había sospechado que Adrienne atravesaba dificultades económicas y había dejado mucho más dinero del necesario para la comida. En la nota que le había dejado le decía que se quedara el resto como pago por su ayuda. Adrienne se lo agradecía, pero le hería el orgullo aceptar caridad de sus amigos.

Sin embargo, el dinero era sólo parte de la preocupación por su padre. A veces tenía la sensación de que él era la única persona con quien contaba, y le necesitaba, sobre todo ahora. Pasar tiempo a su lado era para ella una forma de evadirse: le horrorizaba pensar que sus horas juntos podían estar tocando a su fin debido a algo que ella hiciera o dejara de hacer.

¿Qué iba a ser de él? ¿Y qué iba a ser de ella? Adrienne sacudió la cabeza intentando alejar esas preguntas. No quería pensar en nada de eso, especialmente ahora. Jean le había dicho que el Inn estaría tranquilo, sólo había una reserva; así

que esperaba que la estancia en ese lugar le ayudase a aclarar las ideas. Quería pasear por la playa o leer un par de novelas que llevaban meses esperando en su mesita de noche; quería poner los pies en alto y contemplar a las marsopas jugueteando con las olas. Esperaba relajarse, pero mientras estaba de pie en el porche del erosionado Inn de Rodanthe, esperando la tormenta que se aproximaba, sentía que el mundo la aplastaba con fuerza. Era de mediana edad y estaba sola, saturada de trabajo y débil por dentro. Sus hijos estaban rebeldes y su padre enfermo. En realidad, ella no estaba segura de cómo conseguiría salir adelante. Entonces fue cuando se echó a llorar. Minutos más tarde, cuando oyó pasos en el porche, volvió la cabeza y vio a Paul Flanner por primera vez.

Paul ya había visto llorar a personas miles de veces, pero normalmente había sido en el ambiente estéril de la sala de espera de un hospital, cuando acababa de salir del quirófano y todavía llevaba la bata. Para él, la bata era una especie de escudo frente a la naturaleza personal y emotiva de su trabajo. Ni una sola vez había llorado con sus interlocutores, y tampoco podía recordar el rostro de ninguno de los que lo habían mirado en busca de respuestas. No era algo de lo que se sintiera orgulloso, pero tenía que admitir que ésa era la clase de persona que había sido una vez.

Sin embargo, en aquel momento, al mirar los ojos enrojecidos de la mujer del porche, se sintió como un intruso en un terreno desconocido. Su primer impulso fue desplegar sus antiguas defensas. Pero había algo en aquella mirada que le hizo descartar tal posibilidad. Tal vez fuese el entorno o el hecho de que estaba sola; en cualquier caso, la oleada de empatía fue una sensación nueva que lo pilló totalmente desprevenido.

Adrienne, que esperaba su llegada para más tarde, intentó superar su incomodidad por haber sido sorprendida en tal estado. Se obligó a sonreír y se enjugó las lágrimas, intentando simular que se las había provocado el viento.

Sin embargo, cuando se volvió hacia él no pudo evitar sostenerle la mirada.

Pensó que había sido a causa de sus ojos: eran de un azul tan claro que parecían casi transparentes, pero había en ellos una intensidad que no había visto antes en ninguna otra persona.

«Me conoce... O podría conocerme si le diera la oportunidad», pensó de repente.

En cuanto la asaltaron estos pensamientos los rechazó por considerarlos ridículos. No, decidió: no había nada inusual en el hombre que tenía delante. Simplemente era el huésped del que Jean le había hablado, y la estaba buscando porque no había salido al mostrador; eso era todo. El resultado fue que se encontró evaluándolo como suelen hacer los extraños.

Aunque no era tan alto como Jack, tal vez de metro sesenta, estaba delgado y en forma, como si hiciera ejercicio a diario. Llevaba un jersey caro que no pegaba con sus vaqueros desteñidos, pero de algún modo conseguía que le

quedara bien. Tenía la cara angulosa y las líneas de su frente delataban años de concentración intensa. Su cabello gris era muy corto, con manchas blancas junto a las orejas; supuso que tendría cincuenta y tantos, pero no pudo precisar más.

Justo entonces, Paul pareció darse cuenta de que la estaba mirando y bajó la vista.

—Lo siento —murmuró—. No pretendía interrumpir. —Hizo una señal por encima de su hombro—. La esperaré dentro. No hay prisa.

Adrienne sacudió la cabeza intentando que él no se sintiera incómodo.

—No pasa nada. Iba a entrar de todos modos.

Cuando lo miró, sus ojos se encontraron por segunda vez. Los de él eran ahora más suaves y los recuerdos asomaban a ellos, como si estuviera pensando en algo triste, pero quisiera ocultarlo. Ella cogió su taza de café, utilizándola como excusa para volverse.

Cuando Paul sostuvo la puerta abierta, ella le hizo una señal para que pasara delante. Mientras atravesaban la cocina, Adrienne se sorprendió observando su cuerpo atlético y se ruborizó un poco, preguntándose qué diablos le pasaba. Se reprendió a sí misma y se colocó detrás del mostrador. Comprobó el nombre en la lista de reservas y levantó la mirada.

—Paul Flanner, ¿verdad? ¿Va a quedarse cinco noches, hasta el martes por la mañana?

—Sí. —Vaciló—. ¿Es posible una habitación con vistas al mar?

Adrienne sacó un formulario de registro.

—Claro. De hecho, puede quedarse cualquiera de las habitaciones. Es el único huésped del fin de semana.

—¿Cuál me recomienda?

—Todas son bonitas, pero yo en su lugar me quedaría con la azul.

—¿La azul?

—Tiene las cortinas más gruesas. Si duerme en la amarilla o en la blanca, se despertará con el alba. Las contraventanas no sirven de gran cosa y el sol sale bastante temprano. Las ventanas de esas habitaciones dan al este. —Ella le acercó el formulario y dejó el bolígrafo al lado—. ¿Quiere firmar aquí?

—Claro.

Adrienne observó cómo Paul escribía su nombre, y mientras él firmaba pensó que sus manos iban bien con su rostro. Los huesos de los nudillos eran prominentes, como los de un anciano, pero sus movimientos eran precisos y acompasados. Vio que no llevaba anillo de casado..., aunque tampoco es que le importara.

Paul dejó el bolígrafo y ella cogió el formulario para asegurarse de que lo hubiera rellenado correctamente. Su dirección era la de un abogado de Raleigh. Cogió una llave del tablero de al lado, dudó y luego eligió dos más.

—Muy bien, pues ya estamos todos —dijo—. ¿Está listo para ver su

habitación?

—Por favor.

Paul dio un paso atrás mientras ella rodeaba el mostrador en dirección a las escaleras. Cogió su equipaje y luego la siguió. Cuando ella llegó a las escaleras se detuvo para que él la alcanzara. Señaló la sala de estar.

—Allí tengo café y unas galletas. Lo he hecho hace una hora, así que aún estará bueno durante un rato.

—Lo he visto al entrar. Gracias.

En lo alto de las escaleras, Adrienne se volvió con la mano aún en la barandilla. Había cuatro habitaciones en el piso de arriba, una en la parte frontal de la casa y tres más que daban al mar. En las puertas, Paul vio placas en lugar de números: Bodie, Hatteras y Cape Lookout, y en esos nombres reconoció los de los faros de la Barrera de Islas.

—Puede elegir la que prefiera —dijo Adrienne—. He cogido las tres llaves por si acaso.

Paul miró las puertas de una en una.

—¿Cuál es la azul?

—Oh, sólo yo la llamo así; Jean la llama la *suite* Bodie.

—¿Jean?

—Es la propietaria. Yo sólo le vigilo el negocio mientras ella no está.

Las asas de la bolsa le pellizcaban el cuello y Paul las movió mientras Adrienne abría la puerta. Ella la sostuvo abierta y sintió que la bolsa la golpeaba a su paso.

Paul miró a su alrededor. La habitación era más o menos; como la había imaginado: limpia y sencilla, pero con más carácter que la típica habitación de un hotel junto a la playa. Había una cama con dosel centrada bajo la ventana y una mesita a su lado. En el techo, un ventilador giraba suavemente, lo suficiente para mover el aire. En el extremo más alejado, junto a un gran cuadro del faro Bodie, había una puerta que Paul supuso que daría al cuarto de baño. A lo largo de la pared vio un desgastado arcón con cajones que daba la impresión de estar en el Inn desde el día de su construcción.

Con excepción de los muebles, casi todo era de distintos tonos de azul: la alfombra del suelo era del color de los huevos de tordo; el edredón y las cortinas eran azul marino y la lámpara de la mesita era de un brillante matiz intermedio, como la pintura de un coche nuevo. Si bien el arcón con cajones y la mesita eran del color de una cáscara de huevo, habían sido decorados con escenas marítimas bajo un sol de verano. Hasta el teléfono era azul, lo que le daba el aspecto de un juguete.

—¿Qué le parece?

—Definitivamente azul —dijo él.

—¿Quiere ver las otras habitaciones?

Paul dejó su bolsa en el suelo mientras miraba por la ventana.

—No, ésta estará bien. ¿Puedo abrir la ventana? Huele un poco a cerrado.

—Adelante.

Paul cruzó la habitación, recorrió el pestillo y levantó la hoja de vidrio. Como la casa se había pintado muchas veces a lo largo de los años, la ventana se encalló unos centímetros antes de abrirse del todo. Mientras Paul se esforzaba por levantarla más, Adrienne pudo ver cómo se marcaban los músculos y los nervios de su antebrazo.

Se aclaró la garganta.

—Creo que debería saber que es la primera vez que estoy a cargo del Inn —dijo—. He estado aquí muchas veces, pero sólo cuando Jean también estaba, así que si hay algo que no es de su agrado no dude en decírmelo.

Paul se volvió. Con la espalda hacia la ventana, sus rasgos se perdían entre las sombras.

—No me preocupa mucho —dijo—. Últimamente no estoy muy quisquilloso.

Adrienne sonrió mientras sacaba la llave de la cerradura.

—De acuerdo, cosas que debe saber. Jean me dijo que se las comentara. Hay un radiador debajo de la ventana, sólo tiene que encenderlo. Sólo tiene dos posiciones y al principio hace un poco de ruido, pero al cabo de unos minutos para. Hay toallas limpias en el cuarto de baño; si necesita más, pídamelas. Y aunque parezca que no vaya a salir nunca, el grifo acaba sacando agua caliente. Se lo prometo.

Adrienne vio de reojo la sonrisa de Paul mientras ella continuaba.

—Y a menos que venga alguien más este fin de semana, y no creo que lo hagan con esta tormenta, a no ser que se queden aislados, podemos comer cuando le apetezca —dijo—. Normalmente Jean sirve el desayuno a las ocho y la cena a las siete, pero si va a estar ocupado a esa hora dígamelo y comeremos cuando sea. O puedo prepararle algo para que se lo lleve.

—Gracias.

Adrienne hizo una pausa mientras su mente buscaba algo más que decir.

—Ah, y otra cosa. Antes de usar el teléfono, debe saber que sólo está para hacer llamadas locales. Si quiere llamar a larga distancia tendrá que usar una tarjeta o hacerlo a cobro revertido, y tendrá que hacerlo a través del operador.

—De acuerdo.

Vaciló una vez en la puerta.

—¿Hay algo más que quiera saber?

—Creo que con eso es suficiente. Excepto algo obvio, por supuesto.

—¿De qué se trata?

—Todavía no me ha dicho su nombre.

Dejó las llaves en el arcón junto a la puerta y sonrió.

—Soy Adrienne. Adrienne Willis.

Paul cruzó la habitación y, para su sorpresa, le tendió la mano.
—Encantado de conocerte, Adrienne.

Capítulo 6

Paul había ido a Rodanthe a petición de Robert Torrelson; mientras sacaba unas cuantas cosas de su bolsa y las colocaba en los cajones se preguntó de nuevo qué querría decirle Robert o si esperaba que fuese Paul quien hablara.

Jill Torrelson había ido a verle porque tenía un meningioma. Era un quiste benigno, por lo que su vida no corría peligro, pero sin duda resultaba antiestético. El meningioma estaba en el lado derecho de su cara y se extendía desde el puente de la nariz por encima de la mejilla, formando una masa rojiza y protuberante salpicada de cicatrices allí donde se había ulcerado con los años. Paul había operado a docenas de pacientes con meningiomas y había recibido numerosas cartas de personas intervenidas, donde expresaban lo agradecidas que estaban por lo que había hecho.

Había realizado esa intervención miles de veces y todavía no sabía por qué Jill había muerto. Al parecer, la ciencia no podía proporcionar una respuesta. La autopsia no fue concluyente y la causa de la muerte quedó sin determinar. Al principio supusieron que había sufrido alguna clase de embolia, pero no encontraron ninguna prueba de ello. Después se centraron en la posibilidad de que hubiera experimentado una reacción alérgica a la anestesia o a la medicación postoperatoria, pero finalmente también lo descartaron. Tampoco hubo negligencia por parte de Paul; la intervención no presentó complicaciones y un examen, exhaustivo del juez de instrucción no halló nada extraordinario en el procedimiento; nada que pudiera ser la causa de la muerte, ni siquiera tangencialmente.

La cinta de vídeo lo confirmaba. Puesto que era un meningioma típico, el hospital había grabado el proceso para un posible uso educativo por parte de la facultad.

Posteriormente, el consejo de cirujanos del hospital había visionado la cinta junto con tres cirujanos más, procedentes de otro estado. Tampoco ellos vieron nada fuera de lo normal.

Se mencionaron ciertos condicionamientos médicos en el informe. Jill Torrelson tenía sobrepeso y sus arterias estaban taponadas; tal vez hubiera necesitado un bypass coronario; Padecía diabetes y, por ser fumadora de toda la vida, había empezado a desarrollar un enfisema. Sin embargo, ninguno de esos condicionantes parecía una amenaza para su vida, y ninguno explicaba suficientemente lo que había ocurrido.

Jill Torrelson había muerto sin motivo aparente, como si Dios simplemente la hubiera llamado a su lado.

Como muchos otros en su misma situación, Robert Torrelson había presentado una demanda. En el juicio comparecieron Paul, el hospital y el anestesista como acusados. Paul, como la mayoría de los cirujanos, tenía un seguro que cubría las

negligencias. Como era habitual, le indicaron que no hablase con Robert Torrelson sin la presencia de un abogado; y aun así, sólo tenía que hacerlo si lo llamaban a declarar y Robert Torrelson resultaba estar en la sala.

Ya hacía un año que el caso avanzaba en círculos. Cuando el abogado de Robert Torrelson hubo leído el informe de la autopsia, pidió que otro cirujano visionara la cinta y los abogados de la compañía de seguros y del hospital iniciaron un proceso para alargar el juicio y elevar su coste. Fue entonces cuando Paul había comprendido el triste cuadro al que se enfrentaba el viudo de su paciente. Aunque no lo dijeron explícitamente, los abogados de la compañía de seguros esperaban que Robert Torrelson acabase por tirar la toalla.

Era como cualquiera de los casos que se habían presentado contra Paul Flanner a lo largo de los años, excepto por el hecho de que Paul había recibido una carta personal de Robert Torrelson hacía dos meses.

No necesitó traerla para recordar su contenido.

Apreciado doctor Flanner:

Me gustaría hablar con usted personalmente. Es muy importante.

Por favor.

Robert Torrelson

Al final de la carta había escrito su dirección.

Después de leerla, Paul se la había mostrado a sus abogados y éstos le habían insistido que se olvidase de ella. Lo mismo hicieron sus antiguos colegas del hospital: «Déjalo correr. Cuando esto haya terminado podemos concertar una cita con él, si todavía quiere hablar».

Sin embargo, había algo en la sencilla súplica antes de la firma de Robert Torrelson, pulcramente trazada, que había impactado a Paul, así que decidió no hacerles caso.

Tenía la sensación de que ya había menospreciado demasiadas cosas.

Paul se puso su chaqueta, bajó las escaleras y salió por la puerta principal para dirigirse a su coche. Cogió del asiento delantero una bolsa de piel que contenía su pasaporte y sus billetes, pero en lugar de volver adentro fue por uno de los laterales de la casa.

En la parte que daba a la playa el viento era más frío y Paul se detuvo un instante para subirse la cremallera. Con la bolsa de piel debajo del brazo, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y agachó la cabeza al sentir el aire que le agujoneaba las mejillas.

El cielo le recordaba a los que se veían en Baltimore antes de una tormenta de nieve, tiñendo el mundo con sombras de un gris funesto. En la distancia vio un pelicano que planeaba por encima del agua con las alas inmóviles, dejándose llevar por el viento. Se preguntó adonde iría cuando la tormenta azotara con toda

su fuerza.

Paul se detuvo junto al agua. Las olas avanzaban desde dos direcciones y levantaban sus crestas al chocar. El aire era húmedo y gélido. Echó un vistazo por encima del hombro y vio el resplandor amarillo de la luz de la cocina del Inn. La figura de Adrienne pasó como una sombra por la ventana; luego desapareció de su vista.

Pensó que intentaría hablar con Robert Torrelson durante la mañana siguiente. Se esperaba la tormenta para la tarde y seguramente persistiría casi todo el fin de semana, así que no podría hacerlo entonces. Tampoco quería esperar hasta el lunes: su vuelo salía de Dulles el martes por la mañana y tenía que irse de Rodanthe a las nueve como máximo. No quería arriesgarse a no poder hablar con él y, en vista de la tormenta, cada día contaba. Para el lunes tal vez se hubieran derrumbado algunos cables de alta tensión, o tal vez hubiera inundaciones, o tal vez Robert Torrelson se estuviera ocupando de quién sabe qué destrozos.

Paul nunca había estado antes en Rodanthe, pero no creía que le llevara mucho tiempo encontrar la casa. Suponía que el pueblo no tendría más de una docena de calles, y, podía atravesarlo andando de punta a punta en menos de: media hora.

Tras unos minutos en la arena, Paul se volvió y comenzó; a avanzar hacia el Inn. Al hacerlo vio otra vez una imagen fugaz; de Adrienne Willis en la ventana.

Pensó en su sonrisa. Pensó que le gustaba.

Desde la ventana, Adrienne se sorprendió espionando a Paul Flanner mientras volvía de la playa.

Estaba guardando las compras y hacía lo que podía por colocar cada cosa en el armario adecuado. Por la tarde había comprado todo lo que le había recomendado Jean, pero ahora se preguntaba si no debería haber esperado a que Paul llegara para preguntarle si le apetecía comer algo en especial.

Su visita la intrigaba. Jean le había contado que, cuando llamó hacía seis semanas, ella le había dicho que cerraba después de año nuevo y que no volvería a abrir hasta abril, pero Paul le había ofrecido pagar el doble por una habitación si abría una semana más.

No estaba de vacaciones, eso seguro. No sólo lo creía porque Rodanthe no era un destino muy solicitado en invierno, sino porque no le daba la impresión de ser la típica persona que está de vacaciones. Su actitud en el momento de registrarse no había sido la de alguien que va allí para relajarse.

Tampoco había mencionado que quisiera visitar a algún pariente, lo que significaba que seguramente estaba allí por motivos de negocios. Pero aquello tampoco tenía mucho sentido. Aparte de la pesca y el turismo no había gran cosa en Rodante, y de todos modos la mayoría de los negocios cerraban durante el invierno, con excepción de los que proveían de lo necesario a quienes vivían allí.

Todavía estaba intentando atar cabos cuando oyó que subía los escalones de atrás. Escuchó cómo se sacudía la arena de los pies en el umbral de la puerta.

Un instante después, la puerta trasera se abrió con un chirrido y Paul apareció en la cocina. Mientras se quitaba la chaqueta, ella se dio cuenta de que tenía la punta de la nariz colorada.

—Creo que la tormenta está cerca —dijo él—. La temperatura ha bajado al menos cinco grados desde esta mañana.

Adrienne guardó un paquete de picatostes en el armario y miró por encima del hombro mientras contestaba.

—Lo sé, he tenido que subir la calefacción. Esta casa no es de las que están mejor preparadas. De hecho, casi se nota cómo el viento atraviesa las ventanas. Lamento que no hayas encontrado mejor tiempo.

Paul se frotó las manos.

—Así son las cosas. ¿El café todavía está fuera? Creo que me vendría bien una taza para calentarme.

—Puede que ya esté un poco pasado. Haré otra cafetera, sólo tardará unos minutos.

—¿No te importa?

—En absoluto. Creo que yo también tomaré un poco.

—Gracias. Permíteme subir a dejar la chaqueta y a lavarme, enseguida vuelvo a bajar.

Le sonrió antes de abandonar la cocina y Adrienne sintió cómo expulsaba el aire, sin darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Cuando Paul ya no estaba, cogió un puñado de granos frescos, cambió el filtro y encendió la cafetera. Retiró el recipiente de aluminio, tiró su contenido por el fregadero y lo limpió. Mientras estaba atareada, oía los pasos de él en el piso de arriba.

Aunque ya sabía de antemano que sería el único huésped del fin de semana, no había pensado lo extraño que resultaría estar a solas en la casa con él. O a solas sin más. Claro que sus hijos hacían sus propias cosas y ella disponía de algo de tiempo de vez en cuando, pero nunca duraba mucho, y podían aparecer de nuevo en cualquier momento. Además, se trataba de su familia. No era para nada la misma situación en que se encontraba ahora; no podía evitar sentir que estaba viviendo la vida de otra persona, una vida en la que no estaba segura de cuáles eran las reglas.

Se preparó una taza de café y vertió el resto en el recipiente de aluminio. Lo estaba dejando otra vez en la bandeja de la sala cuando oyó que él bajaba las escaleras.

—Justo a tiempo —le dijo—. El café ya está listo. ¿Quieres que encienda la chimenea?

Al entrar en la cocina, Paul olió un rastro de perfume. La rodeó para coger

una taza.

—No hace falta, se está bien. Quizá más tarde.

Ella sonrió y dio un pequeño paso atrás.

—En fin, si necesitas algo estaré en la cocina.

—¿No habías dicho que querías una taza?

—Ya me la he servido. La he dejado en la encimera.

Él levantó la mirada.

—¿No te la beberás conmigo?

Había cierta expectativa en el modo en que lo dijo, como si realmente quisiera que se quedara.

Adrienne vaciló. A Jean se le daba muy bien charlar con los extraños; sin embargo, ella..., nunca había sido lo suyo. Se sentía halagada por su ofrecimiento, aunque no sabía muy bien por qué.

—Supongo que podría —dijo al fin—. Deja que vaya a buscar mi taza.

Cuando regresó, Paul estaba sentado en una de las dos mecedoras que había junto a la chimenea. Aquella sala siempre había sido la estancia favorita de Adrienne, con sus fotografías en blanco y negro colgadas en la pared, en las que se mostraba la vida en la Barrera de Islas durante los años veinte, y una larga estantería con libros muy gastados. En la pared más alejada, había dos ventanas que daban al mar. Por su parte, una pequeña pila de leños junto a la chimenea y una cesta con astillas parecían prometer una acogedora velada en familia.

Paul tenía la taza de café apoyada en el regazo y se mecía adelante y atrás mientras disfrutaba de la vista. El viento levantaba la arena y la niebla se aproximaba, proporcionándole al entorno la ilusión de un anochecer. Adrienne se sentó en la silla que había junto a la suya y por un instante contempló la escena en silencio, intentando no ponerse nerviosa.

Paul se volvió hacia ella.

—¿Crees que mañana se nos llevará la tormenta? —preguntó.

Adrienne se pasó la mano por el pelo.

—Lo dudo. El hotel lleva aquí sesenta años y aún no se ha derrumbado.

—¿Alguna vez has estado aquí durante una tempestad del noreste? Me refiero a una grande, como la que se nos avecina.

—No. Pero Jean sí, así que no puede ser tan horrible. Claro que ella es de aquí, seguramente estará acostumbrada.

Mientras ella hablaba, Paul se sorprendió evaluándola. Era unos años más joven que él; llevaba el pelo castaño claro cortado justo por encima de los hombros y ligeramente ondulado. No era delgada, pero tampoco corpulenta; le pareció que su figura era atractiva de un modo que se apartaba de los patrones poco realistas de la televisión o las revistas. Tenía una ligera protuberancia en la nariz y patas de gallo alrededor de los ojos, y su piel había alcanzado aquel punto delicado entre la juventud y la madurez, antes de que la gravedad comenzara a

pasar factura.

—¿Y dices que es amiga tuya?

—Nos conocimos hace años en la universidad. Jean era una de mis compañeras de cuarto y desde entonces siempre hemos mantenido el contacto. Ésta era la casa de sus abuelos, pero sus padres la convirtieron en un hostel. Después de que tú quedaras con ella, me llamó porque tenía que asistir a una boda fuera del pueblo.

—Pero ¿tú no vives aquí?

—No, yo vivo en Rocky Mount. ¿Has estado alguna vez?

—Muchas. Solía pasar por ahí para ir a Greenville.

Ante esta respuesta, Adrienne volvió a pensar en la dirección que Paul había apuntado en el formulario de registro. Tomó un sorbo de café y apoyó la taza en su regazo.

—Sé que no es asunto mío —dijo—, pero ¿puedo preguntarte qué estás haciendo aquí? No tienes por qué contestar si no quieres; es simple curiosidad.

Paul se agitó en su silla.

—He venido para hablar con una persona.

—Has conducido un largo trecho para tener una conversación.

—No tenía otra opción. Esa persona quería verme personalmente.

Su voz sonaba tensa y distante y, por un momento, pareció perdido en sus pensamientos. En el silencio, Adrienne podía oír el batir de la bandera en el exterior. Paul dejó su café en la mesa que los separaba.

—¿A qué te dedicas? —Preguntó finalmente, de nuevo con una voz cálida—. Además de cuidar de los hostales de tus amigas...

—Trabajo en una biblioteca pública.

—¿De veras?

—Pareces sorprendido.

—Supongo que lo estoy. Creí que dirías otra cosa.

—¿Cómo qué?

—No estoy seguro, la verdad. Pero eso no. No pareces lo bastante vieja para ser bibliotecaria. Donde yo vivo, todas tienen más de sesenta años.

Ella sonrió.

—Sólo es a tiempo parcial. Tengo tres hijos, así que también hago de madre.

—¿Cuántos años tienen?

—Quince, diecisiete y dieciocho.

—¿Te dan mucho trabajo?

—No, no mucho. Mientras esté en pie a las cinco y no me meta en la cama hasta medianoche, puedo con ello.

Él se rió entre dientes y Adrienne sintió que empezaba a relajarse.

—¿Qué hay de tí? ¿Tienes hijos?

—Sólo uno. Un chico. —Por un instante bajó la mirada, pero volvió a dirigirla

hacia ella—. Ejerce la medicina en Ecuador.

—¿Vive allí?

—Por el momento. Se fue a trabajar un par de años como voluntario a una clínica cerca de Esmeraldas.

—Debes de estar muy orgulloso de él.

—Sí, lo estoy. —Hizo una pausa—. Pero, para ser sinceros, creo que es así por mi mujer. O mi exmujer, mejor dicho. Era algo más propio de ella que de mí.

Adrienne sonrió.

—Es bonito oír eso.

—¿El qué?

—Que sigues apreciando sus cualidades. Aunque estéis divorciados, quiero decir. No mucha gente dice cosas así después de separarse. Normalmente, cuando la gente habla de su anterior pareja sólo sacan lo que fue mal y las cosas desagradables que hizo la otra persona.

Paul se preguntó si hablaba por propia experiencia, y supuso que así era.

—Háblame de tus hijos, Adrienne. ¿Qué les gusta hacer?

Adrienne tomó otro sorbo de café mientras pensaba en lo extraño que resultaba oír su nombre en labios de él.

—¿Mis hijos? Oh, veamos... Matt era *quarterback* en su equipo de fútbol y ahora juega como defensa en un equipo de baloncesto. A Amanda le encanta el teatro y le acaban de dar el papel de María en *West Side Story*. Y Dan..., bueno, ahora mismo Dan también juega al baloncesto, pero está pensando en cambiarse a la lucha el año que viene. El entrenador lo ha estado persiguiendo para que lo intente desde que le vio en el campo el verano pasado.

Paul levantó las cejas.

—Impresionante.

—¿Qué puedo decir? Todos han salido a su madre —bromeó.

—¿Por qué no me sorprende?

Ella sonrió.

—Claro que eso sólo son sus cosas buenas. Si te hablara de sus cambios de humor y de su actitud o si vieras lo desordenados que están sus cuartos, probablemente pensarías que soy malísima educándolos.

Paul sonrió.

—Lo dudo. Lo que pensaría es que estás educando a unos adolescentes.

—En otras palabras: ¿me estás diciendo que tu hijo, el médico concienciado, también pasó por esto y que no debo perder la esperanza?

—Seguro que él era igual.

—Pero ¿no lo sabes a ciencia cierta?

—La verdad es que no. —Hizo una pausa—. No pasé con él todo el tiempo que debería haber pasado. Hubo una época de mi vida en que trabajé demasiado.

Adrienne se dio cuenta de que no era algo fácil de admitir para él, y se preguntó por qué se lo habría dicho. Antes de que pudiera pensar demasiado en ello, el teléfono sonó y ambos se giraron ante el timbre.

—Perdona —dijo ella levantándose de su asiento—. Tengo que cogerlo.

Paul la observó alejarse y otra vez se dio cuenta de lo atractiva que era. A pesar del rumbo que su carrera médica había tomado en los últimos años, siempre le había interesado menos la apariencia que aquellas cosas que no se pueden ver: la amabilidad y la integridad, el humor y la sensibilidad. Adrienne, estaba seguro, tenía todas esas características, pero le daba la sensación de que llevaban largo tiempo inadvertidas, tal vez incluso para ella misma.

Creía adivinar que se había puesto nerviosa al sentarse al lado de él, cosa que le pareció extrañamente simpática. Demasiado a menudo, sobre todo en el campo al que se dedicaba, la gente parecía muy resuelta o intentaba impresionar, asegurándose de decir siempre lo correcto y alardeando de sus habilidades. Otros divagaban como si las conversaciones fuesen de una sola dirección, y nada era más aburrido que un fanfarrón. Ninguna de esas características parecía aplicable a Adrienne.

Y tenía que admitir que resultaba agradable hablar con alguien que no lo conocía. Durante los últimos meses, había alternado el tiempo que pasaba a solas con el que dedicaba a esquivar preguntas sobre si estaba bien o no. Más de una vez, sus colegas le habían dado el nombre de un reputado terapeuta y le habían confesado que ellos mismos habían recibido ayuda de aquella persona. Paul se había cansado de asegurar que sabía lo que estaba haciendo y que estaba seguro de su decisión. Y estaba incluso más cansado de las miradas de preocupación que recibía como respuesta.

No obstante, había algo en Adrienne que le decía que él entendería lo que le estaba ocurriendo. No sabía explicar por qué lo sentía así ni por qué le importaba. Pero en cualquier caso, estaba seguro de ello.

Capítulo 7

Unos minutos después, Paul dejó su taza vacía en la bandeja y luego la llevó a la cocina.

Adrienne todavía estaba al teléfono cuando llegó allí, dándole la espalda. Estaba inclinada sobre la encimera con una pierna cruzada sobre la otra, mientras jugueteaba con un mechón de pelo entre sus dedos. Por su tono adivinó que estaba a punto de colgar, y dejó la bandeja en la encimera.

—Sí, ya lo he apuntado... Ajá..., sí, ya se ha registrado...

Hubo una larga pausa en que se mantuvo a la escucha y, cuando habló de nuevo, Paul oyó que su voz era más grave.

—Llevan todo el día diciéndolo en las noticias... Por lo que he oído será de las grandes... Ah, de acuerdo... ¿Debajo de la casa? Sí, creo que puedo hacerlo..., es decir, tampoco puede pesar mucho, ¿no? De nada... Pásatelo bien en la boda... Adiós.

Paul estaba dejando su taza en el fregadero cuando ella se volvió.

—No tenías por qué traerla —le dijo.

—Lo sé, pero venía hacia aquí de todos modos. Quería averiguar qué hay para cenar.

—¿Te está entrando hambre?

Paul abrió el grifo.

—Un poco. Pero podemos esperar si lo prefieres.

—No, yo también tengo hambre. —Luego, al ver lo que él se disponía a hacer, le dijo—. Deja que lo haga yo. Tú eres, el huésped.

Paul se hizo a un lado para dejarle sitio mientras Adrienne se acercaba a él. Ésta limpió las tazas al tiempo que hablaba.

—Esta noche puedes elegir pollo, bistec o pasta con crema. Puedo preparar lo que quieras, pero piensa que lo que no comas hoy, seguramente lo comerás mañana. No puedo asegurarte que encontremos una tienda abierta este fin de semana.

—Cualquier cosa está bien. Elige tú.

—¿Pollo? Ya está descongelado.

—Bien.

—Y pensaba acompañarlo con patatas y judías verdes.

—Suena estupendo.

Ella se secó las manos con papel de cocina y luego cogió el delantal que colgaba del tirador del horno. Mientras se lo ponía por encima del jersey, continuó:

—¿Te apetece también ensalada?

—Si tú vas a comer... Pero si no, también está bien.

Ella sonrió.

—Chico, no bromeabas cuando has dicho que no estás nada quisquilloso.

—Mi lema es que, mientras no tenga que cocinar, me comeré lo que sea.

—¿No te gusta cocinar?

—La verdad es que nunca he tenido que hacerlo. Martha, mi exmujer, siempre estaba probando nuevas recetas. Y desde que se fue, he estado comiendo fuera prácticamente todos los días.

—Vaya, pues intenta no compararme con el nivel de un restaurante. Sé cocinar, pero no soy un chef. Por regla general a mis hijos les interesa más la cantidad que la originalidad.

—Estoy seguro de que me gustará. Aunque me encantaría echarte una mano. Ella lo miró, sorprendida por su ofrecimiento.

—Sólo si quieres hacerlo. Si prefieres subir a descansar o a leer, puedo avisarte cuando esté listo.

Él negó con la cabeza.

—No he traído nada para leer, y si me tumbo ahora, esta noche no podré dormir.

Adrienne vaciló, considerando la oferta antes de dirigirse finalmente hacia la puerta del otro extremo de la cocina.

—Bien, gracias... Puedes empezar pelando patatas. Están en esa despensa de ahí, en el segundo estante, al lado del arroz.

Paul fue hacia la despensa. Cuando ella abrió el frigorífico para sacar el pollo, lo observó por el rabillo del ojo y pensó que era agradable, a la vez que algo desconcertante, saber que él iba a ayudarla en la cocina. Había en ello una familiaridad implícita que la desconcertaba ligeramente.

—¿Hay algo para beber? —Preguntó Paul a su espalda—. En el frigorífico, quiero decir.

Adrienne apartó algunos productos antes de mirar en el último estante. Había tres botellas tumbadas que se aguantaban en su sitio gracias a un tarro de pepinillos.

—¿Te gusta el vino?

—¿De qué clase es?

Ella dejó el pollo en la encimera y luego sacó una de las botellas.

—Es un pinot grigio. ¿Está bien?

—Nunca lo he probado. Normalmente bebo chardonnay. ¿Tienes?

—No.

Él cruzó la cocina llevando las patatas. Después de dejarlas en la encimera, cogió el vino. Adrienne vio cómo estudiaba la etiqueta durante unos momentos, antes de levantar la mirada.

—Suena bien. Dice que tiene matices de manzanas y naranjas, así que no puede estar mal. ¿Sabes dónde hay un sacacorchos?

—Creo que vi uno en algún cajón de por aquí. Déjame ver.

Adrienne abrió el cajón que había debajo de varios utensilios y luego el de al lado, pero no tuvo suerte. Cuando por fin lo localizó, se lo entregó a Paul y sintió cómo sus dedos rozaban los de él. Con unos cuantos movimientos rápidos, Paul extrajo el corcho y lo dejó a un lado. Debajo del armario que había cerca del horno colgaban unos vasos y Paul extendió el brazo hacia ellos. Después de coger uno, dudó.

—¿Quieres que te sirva un poco?

—¿Por qué no? —respondió ella, sintiendo todavía su tacto.

Paul sirvió dos vasos y levantó uno. Olió el vino y luego tomó un sorbo al mismo tiempo que lo hacía Adrienne. Mientras el sabor alcanzaba su garganta, ella aún se sorprendió intentando comprender la situación.

—¿Qué te parece? —preguntó él.

—Está bueno.

—Lo mismo creo yo. —Agitó el vino en su copa—. La verdad es que está mejor de lo que creía. Tendré que apuntármelo.

Adrienne sintió la necesidad repentina de retirarse dando un pequeño paso atrás.

—Voy a empezar con el pollo.

—Creo que yo también tendré que ponerme a trabajar.

Mientras Adrienne encontraba la fuente para el horno, Paul dejó su vaso y se dirigió al fregadero. Después de abrir el grifo se lavó las manos. Ella se dio cuenta de que se las lavaba a conciencia, frotando cada dedo individualmente. Encendió el horno, lo puso a la temperatura deseada y escuchó cómo prendía el gas.

—¿Hay un pelador de patatas? —preguntó él.

—Antes no lo he encontrado, así que supongo que tendrás que utilizar un cuchillo. ¿Te importa?

Paul se rió entre dientes.

—Creo que podré arreglármelas. Soy cirujano —dijo.

En cuanto ella oyó aquellas palabras, todo encajó: las arrugas de su rostro, la intensidad de su mirada, el modo en que se había lavado las manos... Se preguntó por qué no se le habría ocurrido antes. Paul se puso a su lado, cogió las patatas y empezó a limpiarlas.

—¿Ejerces en Raleigh? —preguntó ella.

—Antes sí. Vendí mi consulta el mes pasado.

—¿Te has retirado?

—En cierto modo. De hecho, me estoy preparando para reunirme con mi hijo.

—¿En Ecuador?

—De haberme preguntado le habría recomendado el sur de Francia, pero no creo que me hubiera escuchado.

Ella sonrió.

—¿Alguna vez lo hacen?

—No. Pero tampoco yo escuché a mi padre. Supongo que forma parte del proceso de hacerse mayor.

Durante un momento ninguno de los dos dijo nada. Adrienne añadió especias variadas al pollo. Paul comenzó a pelar, moviendo las manos con gran habilidad.

—Me ha parecido que Jean estaba preocupada por la tormenta... —comentó él.

Ella le echó un vistazo.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el modo en que te has quedado callada al teléfono. He supuesto que te estaba diciendo lo que hay que hacer para que la casa esté preparada.

—Eres muy perspicaz.

—¿Va a ser complicado? Quiero decir que me encantaría ayudar si es necesario.

—Ten cuidado: puede que te tome la palabra. En casa era mi exmarido quien sabía usar el martillo, no yo. Y para ser sinceros, a él tampoco se le daba tan bien.

—Siempre me ha parecido una habilidad sobre valorada. —Dejó la primera patata a un lado para cortar y cogió una segunda—. Si no es indiscreción, ¿cuánto hace que te divorciaste?

Adrienne no estaba segura de querer hablar de ello, pero se sorprendió respondiéndole de todos modos.

—Tres años. Pero él ya llevaba un año fuera de casa.

—¿Los chicos viven contigo?

—La mayor parte del tiempo. Ahora mismo están de vacaciones y se han ido a visitar a su padre. ¿Cuánto hace que te divorciaste tú?

—Sólo unos meses. Fue definitivo el pasado octubre. Pero también ella se había marchado hacía un año.

—¿Fue ella quien se marchó?

Paul asintió.

—Sí, pero fue más culpa mía que suya. Yo apenas pasaba por casa y ella se hartó. En su lugar, seguramente yo habría hecho lo mismo.

Adrienne reflexionó sobre aquellas palabras y pensó que el hombre que estaba de pie junto a ella no se parecía en absoluto al que él acababa de describir.

—¿Qué clase de cirujano eras?

Al escuchar la respuesta, ella levantó la mirada. Paul continuó, anticipándose a las preguntas.

—Me metí en esto porque me gustaba ver resultados palpables de lo que estaba haciendo. Y era muy satisfactorio saber que estaba ayudando a la gente. Al principio casi todo eran reconstrucciones después de un accidente, o

malformaciones de nacimiento..., cosas así. Ahora, la gente acude en busca de cirugía plástica. En los últimos meses he arreglado más narices de las que hubiera podido llegar a imaginar.

—¿Qué tendría que hacerme yo? —preguntó ella para bromear.

Él sacudió la cabeza.

—Nada en absoluto.

—En serio...

—Lo digo muy en serio. Yo no cambiaría nada.

—¿De veras?

Levantó dos dedos.

—Palabra de *scout*.

—¿Fuiste *scout*?

—No.

Ella se rió y sintió que se le ponían las mejillas coloradas.

—En fin, gracias.

—De nada.

Cuando el pollo estuvo listo, Adrienne lo metió en el horno y programó el reloj; luego se lavó las manos de nuevo. Paul lavó las patatas y las dejó junto al fregadero.

—¿Qué más?

—En el frigorífico hay tomates y pepinos para la ensalada.

Paul la rodeó, abrió la puerta y los encontró. Adrienne pudo oler su colonia en el breve espacio que mediaba entre ellos.

—¿Cómo es crecer en Rocky Mount? —preguntó él.

Al principio Adrienne no estuvo muy segura de qué contestar, pero al cabo de unos minutos se adaptó a esa clase de cháchara que resulta a la vez cómoda y familiar. Explicó historias sobre su padre y su madre, mencionó el caballo que aquél le había regalado cuando tenía doce años y rememoró las horas que ambos compartieron cuidando del animal, y como aquello le había enseñado más cosas sobre la responsabilidad que nada de lo que había hecho hasta entonces. Describió sus años de universidad con cariño y explicó que se había tropezado con Jack en una fiesta de la fraternidad durante su último curso. Salieron durante dos años; cuando se casaron, ella lo hizo con la convicción de que duraría para siempre. En aquel punto se quedó callada, sacudió la cabeza ligeramente y pasó al tema de sus hijos, pues no quería pensar en el divorcio.

Mientras Adrienne hablaba, Paul fue preparando la ensalada y la complementó con los picatostes que ella había comprado; de vez en cuando hacía preguntas, las suficientes para hacer constar que le interesaba lo que ella estaba contando. La vivacidad de su rostro cuando le hablaba de su padre y de sus hijos le hizo sonreír.

Estaba anocheciendo y las sombras empezaban a propagarse por la

habitación. Adrienne puso la mesa mientras Paul echaba un poco más de vino en sus vasos. Cuando la cena estuvo lista, ambos se sentaron.

Mientras comían fue Paul quien más habló. Le contó su infancia en la granja, describió los suplicios de cuando estuvo en la Facultad de Medicina, el tiempo que dedicó a correr, de otras ocasiones en que había visitado la Barrera de Islas. Cuando él compartió los recuerdos sobre su padre, Adrienne pensó en contarle lo que le ocurría al suyo, pero en el último momento se echó atrás. Jack y Martha sólo fueron mencionados de pasada, al igual que Mark. Durante la mayor parte de su conversación tocaron cada tema tan sólo de forma superficial; por el momento, ninguno de los dos estaba preparado para profundizar más.

Para cuando terminaron de cenar el viento se había convertido en brisa y las nubes se agrupaban en la calma que precede a la tormenta. Paul llevó los platos al fregadero mientras Adrienne guardaba las sobras en el frigorífico. La botella de vino estaba vacía, la marea subía y los primeros relámpagos empezaban a vislumbrarse en el horizonte lejano iluminando el mundo por segundos, como si alguien estuviera tomando fotografías con la esperanza de recordar aquella noche para siempre.

Capítulo 8

Después de ayudarla con los platos, Paul señaló la puerta de atrás.

—¿Quieres dar un paseo por la playa conmigo? —preguntó—. Parece una noche agradable.

—¿No hará frío?

—Seguro que sí, pero me da la sensación de que será la última oportunidad que tendremos en un par de días.

Adrienne miró por la ventana. Debería quedarse y acababa de limpiar la cocina, pero aquello podía esperar, ¿no?

—Bien —dijo—, déjame ir a buscar la chaqueta.

La habitación de Adrienne estaba al lado de la cocina, en una estancia que Jean había añadido hacía doce años. Era más grande que las otras habitaciones de la casa y su cuarto de baño estaba dispuesto alrededor de un gran *jacuzzi*. Jean se bañaba a menudo. Siempre que Adrienne la llamaba cuando estaba alicaída, Jean le aconsejaba que hiciera lo mismo para sentirse mejor: «Lo que necesitas es un baño largo, caliente y relajante», le decía, sin pensar en que había tres chicos en la casa que monopolizaban el cuarto de baño; sin darse cuenta de que el horario de Adrienne no le dejaba mucho tiempo libre.

Cogió su chaqueta del armario. También sacó su bufanda y se la enrolló alrededor del cuello. Al consultar el reloj se sorprendió de lo rápido que habían pasado las horas. Cuando regresó a la cocina, Paul ya la estaba esperando con el abrigo puesto.

—¿Estás lista? —preguntó.

Ella se subió el cuello de la chaqueta.

—Vamos. Pero te aviso: no soy una amante del frío. Mi sangre sureña es un poco delicada.

—No estaremos fuera mucho tiempo, te lo prometo.

Sonrió mientras salían; Adrienne accionó el interruptor que iluminaba los escalones. Caminando el uno junto al otro, pasaron por encima de las dunas camino de la arena compacta a la orilla del mar.

La noche era de una belleza exótica; el aire era limpio y fresco y en la bruma se oía el sabor de la sal. En el horizonte, los relámpagos titilaban a un ritmo constante y encendían las nubes. Al mirar en aquella dirección, ella se dio cuenta de que Paul también estaba observando el cielo. Pensó que sus ojos parecían registrarlo todo.

—¿Habías visto algo así? ¿Habías visto unos rayos como éstos? —preguntó él.

—En invierno no. En verano sucede de vez en cuando.

—Se debe al encuentro de dos frentes. He visto cómo empezaba cuando estábamos cenando; me hace pensar que la tormenta será mayor de lo que habían previsto.

—Espero que te equivoques.

—Podría ser.

—Pero lo dudas.

Él se encogió de hombros.

—Digamos que, de haber sabido lo que se avecinaba, hubiera intentado cambiar las fechas.

—¿Por qué?

—No soy amante de las tormentas, especialmente desde el huracán Hazel de 1954. ¿Te acuerdas?

—Sí, aunque yo era bastante joven entonces. Cuando se iba la electricidad en casa me sentía más excitada que asustada. Y Rocky Mount nunca resultaba tan azotado, al menos nuestro vecindario.

—Qué suerte. Yo tenía veintidós años y estaba en Duke, cuando oímos que se acercaba, unos cuantos chicos del equipo de atletismo pensamos que sería toda una experiencia bajar a Wrightsville Beach para divertirnos con el huracán. Yo no quería ir, pero como era el capitán los demás me arrastraron.

—¿No fue ahí donde llegó tierra adentro?

—No exactamente, pero estaba muy cerca. Cuando llegamos allí la mayor parte de la gente había abandonado la isla, pero nosotros éramos jóvenes y estúpidos, así que seguimos adelante de todos modos. Al principio fue bastante divertido. Nos inclinábamos contra el viento para sostener el equilibrio; nos parecía estupendo y nos preguntábamos por qué todo el mundo había armado tanto escándalo. Sin embargo, unas horas más tarde el viento era demasiado fuerte para jueguecitos y la lluvia caía como una cortina, así que decidimos volver a Durham, pero no pudimos salir de la isla. Habían cerrado los puentes cuando el viento alcanzó los ochenta kilómetros por hora, así que estábamos atrapados. Y la tormenta era cada vez peor. A las dos de la madrugada todo parecía un campo de batalla. Los árboles se derrumbaban, los tejados se partían y mirases donde mirases había algo que podía matarnos si atravesaba las ventanillas del coche. El estruendo era mayor de lo que puedas imaginar. La lluvia aporreaba el coche y la tormenta estalló con toda su furia. La marea estaba alta y, por si fuera poco, había luna llena; las mayores olas que había visto nunca se estaban aproximando una tras otra. Por suerte estábamos lo bastante lejos de la playa, pero aquella noche vimos cómo cuatro casas eran arrasadas. Y entonces, cuando creíamos que ya no podía ser peor, las líneas de alta tensión comenzaron a romperse. Vimos cómo explotaban los transformadores uno tras otro, y un cable aterrizó cerca del coche. El viento lo sacudió durante toda la noche. Estaba tan cerca que veíamos las chispas, y varias veces estuvo a punto de darle al coche. Aparte de rezar, creo que ninguno de nosotros dijo una palabra en lo que quedó de noche. Fue lo más estúpido que he hecho nunca.

Adrienne no había apartado los ojos de él mientras le hablaba.

—Tuviste suerte de sobrevivir.

—Lo sé.

En la playa, la violencia de las olas había formado una espuma que parecía pompas de jabón en la bañera de un niño.

—Nunca había contado esta historia —añadió Paul finalmente—. A nadie, quiero decir.

—¿Por qué no?

—Porque no era... yo, en cierto modo. Nunca había hecho nada tan temerario como eso, ni lo hice después. Casi es como si le hubiera ocurrido a otra persona. Tendrías que conocerme para entenderlo. Yo era de esos chicos que no salen el viernes por la noche para no retrasarse en los estudios.

Ella se rió.

—No me lo creo.

—Es cierto, no salía.

Mientras pisaban la arena endurecida, Adrienne contempló las casas detrás de las dunas. No había luces encendidas y, entre las sombras, Rodanthe la impresionó tanto como una ciudad fantasma.

—¿Te importa si te pregunto una cosa? —preguntó—. Es decir, no quiero que lo malinterpretes.

—No lo haré.

Dieron unos pasos más mientras Adrienne forcejaba con las palabras.

—Bueno..., es sólo que cuando hablas de ti casi parece que hablas de otra persona. Dices que trabajabas demasiado, pero la gente así no vende su consulta para marcharse a Ecuador. Dices que no cometías locuras, pero luego me cuentas la historia del huracán. Sólo estoy intentando comprenderlo.

Paul vaciló. No tenía por qué dar explicaciones, ni a ella ni a nadie, pero mientras seguían caminando bajo un cielo de relámpagos aquella fría noche de enero, de repente se dio cuenta de que quería que ella le conociese..., que le conociese de verdad, con todas sus contradicciones.

—Tienes razón —comenzó—, porque hablo de dos personas distintas. Antes era Paul Flanner, un muchacho muy autoexigente que se convirtió en cirujano. Un tipo que trabajaba sin parar. O Paul Flanner, el esposo y padre con una gran casa en Raleigh. Pero estos días ya no soy ninguna de esas cosas. Ahora mismo sólo intento descubrir quién es Paul Flanner en realidad y, si quieres que sea sincero, empiezo a preguntarme si algún día hallaré la respuesta.

—Creo que todo el mundo se siente así alguna vez. Pero no todo el mundo se marcharía a Ecuador como resultado.

—¿Crees que ése es el motivo de que me vaya?

Camaron un poco en silencio antes de que Adrienne lo mirase.

—No —dijo—, lo que creo es que te vas para poder conocer a tu hijo. —Adrienne vio la sorpresa reflejada en su rostro—. No era tan difícil de adivinar

—continuó—. Apenas lo has mencionado en toda la noche. Pero si crees que puede dar resultado, entonces me alegro de que te vayas.

Él sonrió.

—Vaya, eres la primera. Ni siquiera Mark se puso muy contento cuando se lo dije.

—Lo superará.

—¿Tú crees?

—Eso espero. Es lo que me digo cuando tengo problemas con mis hijos.

Paul se rió brevemente y señaló a su espalda.

—¿Quieres que volvamos?—preguntó.

—Estaba esperando que lo dijeras. Se me están enfriando las orejas.

Dieron media vuelta y pisaron sus propias huellas en la arena. Aunque no se veía la luna, las nubes tenían un resplandor plateado. En la distancia oyeron el primer estertor de truenos.

—¿Cómo era tu marido?

—¿Jack?—Ella dudó y se preguntó si no debería cambiar de tema, pero luego decidió que no importaba. ¿A quién iba a contárselo él?—. A diferencia de ti, Jack cree que ya se ha encontrado a sí mismo. Resultó que se veía con otra persona mientras aún estábamos casados.

—Lo siento.

—Yo también. O lo sentía, al menos. Ahora sólo es una de esas cosas en las que intento no pensar.

Paul recordó las lágrimas que había visto hacía sólo unas horas.

—¿Y lo consigues?

—No, pero lo sigo intentando. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Siempre podrías marcharte a Ecuador.

Ella levantó los ojos al cielo.

—Sí, estaría muy bien. Podría ir a casa y decir algo así como: «Lo siento, chicos, pero ahora os tendréis que apañar vosotros solitos. Mamá se marcha una temporada». —Sacudió la cabeza—. No, por el momento no me puedo mover. Al menos hasta que no estén en la universidad. Ahora mismo necesitan la mayor estabilidad posible.

—Me parece que eres una buena madre.

—Lo procuro. Aunque mis hijos no siempre están de acuerdo.

—Míralo de este modo: cuando tengan sus propios hijos, podrás tomarte la revancha.

—Oh, pienso hacerlo. Ya he estado practicando: «¿Quieres unas patatas antes de cenar? No, claro que no tienes que ordenar tu cuarto. Por supuesto que puedes irte tarde a la cama...».

Paul volvió a sonreír y pensó en lo mucho que estaba disfrutando de la conversación. Y de ella. Bajo la luz argentina de la tormenta que se avecinaba la

encontró hermosa, y se preguntó cómo había podido dejarla su marido. Regresaron a la casa despacio, cada uno perdido en sus pensamientos, impregnándose de los sonidos y del paisaje; sin sentir la necesidad de hablar.

Adrienne pensó que era muy reconfortante. Demasiada gente parecía creer que el silencio es un vacío que hay que llenar, aunque no se diga nada importante. Lo había comprobado varias veces en el círculo inacabable de fiestas y cócteles a los que había asistido con Jack. Entonces, su momento preferido era cuando podía escabullirse sin ser vista y pasar unos minutos en un porche apartado. A veces se encontraba a alguna otra persona a quien no conocía, pero cuando se veían, cada uno asentía como si hicieran un pacto tácito. «Nada de preguntas ni de cháchara, ¿de acuerdo?».

Allí, en la playa, la sensación resurgió. La noche resultaba refrescante y la brisa levantaba sus cabellos y limpiaba su piel. Las sombras se extendían ante ella sobre la arena, moviéndose y agitándose, formando imágenes casi reconocibles para desvanecerse luego. El océano era un remolino de carbón líquido. Sabía que Paul también estaba absorbiendo todas aquellas cosas; también él parecía darse cuenta de que hablar ahora sería arruinarlo todo.

Así caminaban, en un amigable silencio, y a cada paso Adrienne estaba más segura de que quería pasar más tiempo con él. Aunque tampoco era tan extraño, ¿no? Él estaba solo, igual que ella; eran dos viajeros solitarios que disfrutaban de un pedazo desértico de arena en un pueblo costero llamado Rodanthe.

Al llegar a la casa entraron en la cocina y se quitaron las chaquetas. Adrienne dejó la suya, junto con la bufanda, en el perchero que había al lado de la puerta; Paul también colgó su abrigo.

Ella juntó las manos y se las sopló. Vio que Paul miraba el reloj y luego a su alrededor, como si se preguntara si ya podía considerar que era hora de acostarse.

—¿Qué tal una bebida caliente? —Propuso ella con rapidez—. Puedo preparar café descafeinado.

—¿Tienes té? —preguntó él.

—Creo que antes lo he visto. Déjame comprobarlo.

Atravesó la cocina, abrió el armario junto al fregadero y apartó algunos objetos, contenta ante la perspectiva de pasar más tiempo juntos. En el segundo estante había una caja de Earl Grey y, cuando se volvió para mostrárselo, Paul asintió con una sonrisa. Ella se le acercó para coger la tetera y echó agua dentro, consciente de lo próximos que estaban el uno del otro. Cuando estuvo listo, sirvió dos tazas y fueron a la sala de estar.

Volvieron a tomar asiento en las mecedoras, aunque la estancia estaba distinta ahora que el sol se había puesto. Parecía todavía más tranquila, más íntima en la oscuridad.

Mientras se bebían el té, hablaron; hablaron durante otra hora de varias cosas,

como en una fluida conversación entre amigos. Sin embargo, a medida que pasó el tiempo y avanzaba la noche, Adrienne se encontró hablándole de su padre y confiándole los miedos que albergaba respecto a su futuro.

Paul ya había oído hablar de situaciones parecidas; como médico se encontraba a menudo con historias como ésta. Pero hasta aquel instante no habían sido más que eso: historias. Sus padres habían muerto y los de Martha estaban bien y vivían en Florida; pero ante la expresión de Adrienne comprendió que se alegraba de no tener que afrontar el mismo problema que ella.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —se ofreció—. Conozco a muchos especialistas que podrían revisar su caso y ver si existe algún modo de ayudarlo.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero ya lo he probado todo. El último ataque lo dejó realmente afectado. Aun en el caso de que pudiera mejorar un poco, no creo que haya ninguna posibilidad de que pueda arreglárselas sin cuidados permanentes.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. Espero que Jack cambie de idea y me proporcione un apoyo económico suplementario para mi padre. Puede que lo haga: él y mi padre estuvieron bastante unidos durante un tiempo. De lo contrario, supongo que buscaré un empleo a tiempo completo para poder pagarlo.

—¿La Administración no puede hacer nada?

En cuanto dijo esas palabras ya supo cuál sería la respuesta.

—Reúne los requisitos para recibir asistencia, pero las plazas buenas tienen largas listas de espera. Además la mayor parte están a dos horas de distancia, así que no podría visitarlo a menudo. Y en cuanto a las plazas que no son buenas, no podría hacerle eso.

Se detuvo, con los pensamientos oscilando entre el pasado y el futuro.

—Cuando se retiró —dijo al fin—, le hicieron una pequeña fiesta y recuerdo que pensé que echaría de menos ir allí todos los días. Había entrado a los quince años y en todo el tiempo que pasó en la empresa sólo faltó dos días porque estaba enfermo. Lo estuve pensando una vez: si juntabas todas las horas que había pasado trabajando allí, sumaban quince años de su vida; pero cuando se lo pregunté, me contestó que no lo echaría de menos en absoluto. Que tenía grandes planes ahora que había terminado. —La expresión de Adrienne se suavizó—. Lo que quisiera decir es que pensaba hacer las cosas que quería en lugar de las cosas que debía. Pasar tiempo conmigo y con sus nietos, con sus libros o con sus amigos. Se merecía unos años de tranquilidad después de todo lo que había pasado, y entonces... —Su voz se apagó antes de que su mirada se encontrara con la de Paul—. Te gustaría si lo conocieras. Incluso ahora.

—Estoy seguro de ello, pero ¿le gustaría yo a él?

Adrienne sonrió.

—A mi padre le gusta todo el mundo. Antes de los ataques, no había para él

nada mejor que escuchar hablar a las personas y aprender cosas sobre ellas. Tenía una paciencia infinita, y a causa de ello la gente siempre se le abría. Hasta los extraños. Le contaban cosas que no habrían contado a nadie más porque sabían que era de fiar. —Vaciló—. Pero ¿quieres saber lo que recuerdo mejor?

Paul levantó ligeramente las cejas.

—Es algo que solía decirme desde que era una niña. No importaba lo bien o lo mal que hubiera hecho algo, no importaba que estuviera triste o contenta; mi padre siempre me daba un abrazo y me decía: «Estoy orgulloso de ti». —Se quedó callada un instante—. No sé qué tienen estas palabras, pero siempre me han conmovido. Las habré oído un millón de veces, pero cada vez que me las decía me dejaba con la sensación de que me quería pasara lo que pasara. Es gracioso, cuando me hice mayor solía bromear con él sobre eso, pero incluso entonces, cuando ya estaba a punto de irme de casa, él me lo decía de todos modos y yo seguía ablandándome por completo.

Paul sonrió.

—Parece un hombre extraordinario.

—Lo es —dijo ella, y se enderezó en su silla—. Y por eso me las arreglaré para que no tenga que irse. Es el mejor sitio donde podría estar. Está cerca de casa, y no sólo cuidan de él excepcionalmente bien sino que le tratan como a una persona, no sólo como a un paciente. Se merece un lugar como ése, y es lo menos que puedo hacer.

—Tiene suerte de tener a una hija que se preocupa tanto por él.

—Yo también la tengo. —Contempló la pared con la mirada perdida. Entonces sacudió la cabeza, pues de repente se dio cuenta de cuánto había hablado—. Pero mira cómo sigo y sigo sin parar. Lo siento.

—No tienes por qué. Me alegro de que lo hayas hecho.

Con una sonrisa, Adrienne se inclinó hacia delante ligeramente.

—¿Qué es lo que más echas de menos de estar casado?

—Veo que estamos cambiando de tema.

—He pensado que ahora te toca compartir a ti.

—¿Es lo menos que puedo hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Algo por el estilo. Ahora que yo he desembuchado, te toca a ti.

Paul dio un suspiro fingido y levantó la mirada al techo.

—Está bien, lo que echo de menos. —Juntó las manos—. Supongo que es saber que hay alguien esperándome cuando llego a casa del trabajo. Normalmente llegaba tarde y a veces Martha ya estaba en la cama. Pero la certeza de que ella estaría allí era algo natural y reconfortante, tenía la sensación de que las cosas eran como debían. ¿Y tú?

Adrienne dejó la taza de té en la mesa que había entre ellos.

—Lo normal. Alguien con quien hablar y con quien comer, aquellos breves

besos matutinos antes de que ninguno se hubiera lavado los dientes. Pero, para ser sincera, ahora mismo me importa más lo que echan de menos los niños. Echo de menos la presencia de Jack por ellos. Creo que los niños pequeños necesitan más a la madre que al padre, pero cuando son adolescentes necesitan al padre. Sobre todo las chicas. No quiero que mi hija crea que los hombres son unos irresponsables que dejan a sus familias, pero ¿cómo voy a enseñarle lo contrario si es lo que ha hecho su padre?

—No lo sé.

Adrienne sacudió la cabeza.

—¿Los hombres piensan en estas cosas?

—Los buenos sí. Como en todo lo demás.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado?

—Treinta años. ¿Y tú?

—Dieciocho.

—Entre nosotros dos, ¿crees que la habríamos encontrado?

—¿El qué? ¿La clave para ser siempre felices? Yo ya no creo que eso exista.

—No, supongo que tienes razón.

Oyeron que el reloj del abuelo repicaba desde el pasillo. Cuando paró, Paul se frotó la nuca intentando aliviar el cansancio provocado por el viaje.

—Creo que voy a acostarme. Mañana me levanto temprano.

—Lo sé —afirmó ella—. Estaba pensando lo mismo.

Sin embargo, no se levantaron enseguida, sino que permanecieron juntos unos minutos más en el mismo silencio que habían compartido en la playa. De vez en cuando él la miraba, pero se volvía antes de que ella lo viera.

Con un suspiro, Adrienne se levantó de su asiento y señaló su taza.

—Voy a llevarla a la cocina. Me viene de paso.

Él sonrió mientras se la daba.

—Me lo he pasado bien esta noche.

—Yo también.

Un instante después, Adrienne contempló cómo Paul subía las escaleras. Luego se volvió y se dispuso a cerrar el Inn.

Ya en su habitación, se desnudó y abrió su maleta en busca de un pijama. Al hacerlo, vio su reflejo en el espejo. No estaba mal, pero, sinceramente, aparentaba su edad. Pensó que Paul había sido muy dulce al decir que no necesitaba cambiarse nada.

Hacía mucho tiempo que nadie la había hecho sentirse atractiva.

Se puso el pijama y se metió en la cama. Jean tenía un montón de revistas en la mesita y ojeó unos artículos durante un rato antes de apagar la luz. En la oscuridad, no podía dejar de pensar en la velada que acababa de pasar. Las conversaciones se reproducían sin fin en su cabeza; podía ver el modo en que las comisuras de los labios de Paul dibujaban una media sonrisa cada vez que ella

decía algo que le parecía gracioso. Estuvo una hora dando vueltas en la cama, incapaz de dormirse, cada vez más nerviosa y sin saber que, en la habitación de arriba, Paul Flanner hacía exactamente lo mismo.

Capítulo 9

A pesar de que había cerrado las contraventanas y corrido las cortinas, aquel viernes Paul se despertó al alba y se pasó diez minutos desperrezándose.

Luego abrió las contraventanas y dejó que entrara la mañana. Había una espesa neblina sobre el agua y el cielo era de un gris metálico. Los cúmulos se apresuraban, avanzando en paralelo a la costa. La tormenta, pensó, llegaría antes de que cayera la noche, seguramente a media tarde.

Se sentó en el borde de la cama mientras se ponía ropa de deporte y un impermeable encima. Sacó del cajón un par de calcetines extra y se los puso en las manos. Después, tras bajar las escaleras sin hacer ruido, echó un vistazo a la casa. Adrienne no se había levantado y sintió una fugaz punzada de desilusión cuando no la vio; luego, de repente, se preguntó por qué le importaba. Abrió la puerta y un minuto más tarde ya estaba en marcha, dejando que su cuerpo se calentara antes de adoptar un ritmo más firme.

En su dormitorio, Adrienne había oído crujir las escaleras. Se sentó, apartó las mantas y metió los pies en un par de zapatillas, deseando que Paul hubiera encontrado al menos un poco de café preparado al levantarse. No estaba segura de que lo tomara antes de salir a correr, pero al menos podría habérselo ofrecido.

Fuera, los músculos y las articulaciones de Paul empezaban a desentumecerse y apresuró el paso. No se acercaba nada al ritmo que mantenía cuando tenía veinte o treinta años, pero era constante y reparador.

Correr siempre había sido para él más que un simple ejercicio. Había llegado a un punto en que no representaba ninguna dificultad; cubrir tres kilómetros no parecía exigirle más energía que leer el periódico. Más bien lo enfocaba como una especie de medicina; como una de las pocas ocasiones en que podía estar a solas.

Era una hermosa mañana para correr. Aunque había llovido durante la noche y veía las gotas en los parabrisas de los coches, el aguacero debía de haber pasado rápidamente por aquella zona, pues casi todas las carreteras estaban ya secas. Restos de niebla rezagados en la aurora se movían en una procesión fantasmagórica de casita en casita. Le habría gustado correr por la playa, ya que pocas veces tenía ocasión de hacerlo, pero había decidido emplear esa sesión para encontrar la casa de Robert Torrelson. Corrió siguiendo la carretera, pasó por el pueblo y luego giró en la primera esquina, atento a todo cuanto veía.

En su opinión, Rodanthe era exactamente lo que parecía: un viejo pueblo de pescadores junto a la orilla del mar; un lugar al que la vida moderna había tardado en llegar. Todas las casas estaban hechas de madera, aunque algunas estaban en mejor estado que otras. Con sus pequeños patios bien cuidados, donde exigüas parcelas de tierra esperaban a los bulbos que florecerían en primavera, la dureza de la vida costera se hacía evidente allá donde mirase. Hasta los

edificios que no tenían más de una década se estaban deteriorando. Las vallas y los buzones tenían orificios provocados por el clima, la pintura se desconchaba y los tejados de cinc se veían surcados por largos y anchos rastros de óxido. Diseminados en los patios frontales había varios objetos de la vida cotidiana de aquella parte del mundo: esquifes y motores de barco rotos, redes de pesca como decoración, cabos y cadenas empleados para mantener fuera a los extraños...

Algunas casas no eran más que chozas y las paredes parecían sostenerse en un precario equilibrio, como si el próximo vendaval pudiera derrumbarlas. En algunos casos los porches delanteros estaban combados y se habían apuntalado con todo un repertorio de prácticos recursos, como pilastras de hormigón o ladrillos apilados, con el fin de evitar que se cayeran del todo; puntales que emergían del suelo y que parecían palillos chinos recortados.

Sin embargo, había actividad, incluso al amanecer, e incluso en las casas que parecían abandonadas. Mientras corría vio nubes de humo saliendo por las chimeneas, y a hombres y mujeres que cubrían las ventanas con tablonés. El sonido de los martillos empezó a llenar el ambiente.

Giró en la siguiente esquina, comprobó el rótulo de la calle y siguió adelante. Unos minutos más tarde llegó a la calle donde vivía Robert Torrelson. Sabía que su número era el treinta y cinco.

Pasó por el número dieciocho, luego por el veinte y levantó la vista, mirando al frente. Un par de vecinos interrumpieron sus tareas y lo miraron pasar con expresión precavida. Un instante después llegó a la casa de Robert Torrelson, e intentó que no se notara que miraba hacia allí.

Era una vivienda como casi todas las de la calle: no estaba muy bien cuidada, pero tampoco era una choza. Más bien estaba entre los dos extremos, como si el hombre y la naturaleza hubieran quedado en tablas en su lucha por la casa. Tenía al menos medio siglo de antigüedad, tenía una sola planta y tejado de cinc; carecía de canalones que desviarán el exceso de agua, por lo que la lluvia de un millar de tormentas había dejado surcos grises en la pintura blanca. En el porche había dos mecedoras desgastadas y orientadas una hacia la otra. Alrededor de las ventanas pudo ver unas solitarias luces navideñas.

Hacia la parte trasera de la propiedad se encontraba una pequeña edificación anexa con la puerta principal entreabierta. En el interior había dos mesas de trabajo cubiertas de redes y cañas de pescar, arcones y herramientas. Dos grandes garfios estaban recostados contra la pared; había un impermeable amarillo colgado de un perchero justo en la entrada. De entre la penumbra que había más allá surgió un hombre que llevaba un cubo.

Aquella imagen cogió a Paul desprevenido, así que se alejó antes de que el hombre pudiese notar que lo estaba mirando. Era demasiado pronto para hacerle una visita, y tampoco quería hacerlo vestido de deporte. Así que levantó la barbilla contra el viento, dobló la siguiente esquina y procuró recuperar el ritmo

de antes.

No fue fácil. La imagen del hombre iba con él y hacía que se sintiera pesado y que cada paso fuese más duro que el anterior. A pesar del frío, cuando terminó tenía una delgada película de sudor pegada al rostro.

Hizo el último trecho hasta el Inn caminando, para que sus piernas se destensaran. Desde el camino vio que la luz de la cocina estaba encendida.

Consciente de lo que eso significaba, sonrió.

Mientras Paul estaba fuera, los hijos de Adrienne habían llamado y ella había hablado unos minutos con cada uno, feliz de que se lo estuvieran pasando bien con su padre. Después, cuando había pasado casi una hora, llamó a la residencia de ancianos.

Aunque su padre no podía ponerse al teléfono, Adrienne se había puesto de acuerdo con Gail, una de las enfermeras, para que contestase por él; lo hizo al segundo tono.

—Justo a tiempo —dijo Gail—. Le estaba diciendo a tu padre que llamarías en cualquier momento.

—¿Cómo está hoy?

—Un poco cansado, pero aparte de eso se encuentra bien. Espera un segundo, le pondré el teléfono en el oído, ¿de acuerdo?

Un instante después, cuando oyó la respiración áspera de su padre, Adrienne cerró los ojos.

—Hola, papá —comenzó, y durante un buen rato estuvo charlando con él, tal como lo habría hecho de haber estado a su lado.

Le habló del Inn y de la playa, de las nubes tormentosas y de los faros, y aunque no quiso mencionar a Paul se preguntaba si su padre sentiría cómo temblaba su voz al danzar alrededor de aquel nombre.

Paul subió los escalones y, una vez dentro, sintió el olor a beicon que impregnaba el aire como una bienvenida. Al momento, Adrienne apareció por la puerta oscilante.

Llevaba unos vaqueros y un jersey azul cielo que hacía resaltar el color de sus ojos. A la luz de la mañana eran casi turquesa; a Paul le recordaron a un cielo cristalino en primavera.

—Te has levantado temprano —dijo ella mientras se colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja.

A él le pareció un gesto extrañamente sensual. Paul se secó el sudor de la frente.

—Sí, quería quitarme de encima mi sesión de deporte antes de que empezara el resto del día.

—¿Cómo ha ido?

—He estado mejor, pero al menos ya está hecho. —Pasó el peso de su cuerpo de un pie al otro—. Huele estupendamente, por cierto.

—Me he puesto a hacer el desayuno mientras estabas fuera. —Señaló por encima de su hombro—. ¿Quieres comer ahora o esperar un poco?

—Prefiero ducharme primero, si no te importa.

—Muy bien. De todos modos pensaba preparar sémola de maíz, tardaré unos veinte minutos. ¿Cómo quieres los huevos?

—Revueltos.

—Creo que eso sé hacerlo. —Se detuvo, disfrutando de la franqueza de su mirada un instante—. Voy a sacar el beicon antes de que se queme —continuó al fin—. ¿Nos vemos ahora?

—Claro.

Después de verla alejarse, Paul subió a su habitación sacudiendo la cabeza y pensando en lo bonita que era. Se quitó la ropa, lavó su camiseta en el lavamanos, la colgó en la barra de la cortina y cerró el grifo. Tal como le había advertido Adrienne, el agua caliente tardaba un poco en salir.

Se duchó, se afeitó y se puso unos pantalones, un jersey de cuello redondo y unos mocasines y fue a reunirse con ella. En la cocina, Adrienne había puesto la mesa y estaba llevando las dos últimas bandejas, una de ellas con tostadas y la otra con fruta cortada. Al acercarse a ella, Paul olió el champú de jazmín con que se había lavado el pelo aquella mañana.

—Espero que no te importe que vuelva a comer contigo.

Paul apartó una silla para ella.

—En absoluto. De hecho, esperaba que lo hicieras. Por favor.

Le hizo ademán de que se sentara.

Adrienne dejó que colocase la silla tras ella y luego lo miró mientras él también se sentaba.

—He intentado conseguir un periódico, pero los estantes de la tienda ya estaban vacíos cuando he llegado.

—No me sorprende. Había un montón de gente en la calle esta mañana. Supongo que todos se preguntan cómo será de grave lo que se avecina hoy.

—No tiene mucho peor aspecto del que tenía ayer.

—Eso es porque no vives aquí.

—Tú tampoco vives aquí.

—No, pero he pasado por una gran tormenta. ¿Te he contado lo de aquella vez que estaba en la universidad y fuimos a Wilmington...?

Adrienne se rió.

—¡Y jurabas que nunca habías contado esa historia!

—Supongo que me sale con más facilidad ahora que he roto el hielo. Y es mi mejor historia. Todo lo demás es muy aburrido.

—No lo creo. Por lo que me has explicado, creo que tu vida ha sido cualquier cosa menos aburrida.

Él sonrió sin saber si se lo decía por hacerle un cumplido, pero complacido de

todos modos.

Adrienne se sirvió unos huevos y le pasó el bol.

—Hay que guardar los muebles del porche en el cobertizo, y hay que cerrar todas las ventanas y contraventanas desde dentro. Luego hay que poner los cierres de seguridad. En principio quedan bloqueados; se pasan unos ganchos para mantenerlos en su sitio. Finalmente se refuerzan con estacas. La madera tiene que apilarse en los cierres.

—Espero que tu amiga tenga una escalera de mano.

—Está debajo de la casa.

—No parece muy difícil, pero como te dije ayer, me gustaría ayudarte cuando vuelva.

Ella lo miró.

—¿Estás seguro? No tienes por qué hacerlo.

—No es ninguna molestia. De todos modos, no tengo ningún otro plan. Y sinceramente, me sería imposible quedarme sentado mientras tú haces todo ese trabajo. Me sentiría culpable, aunque sea el huésped.

—Gracias.

—No hay de qué.

Acabaron de servirse, se pusieron café y empezaron a comer. Paul la miró untar una rebanada de mantequilla, momentáneamente absorta en la tarea. A la luz cenicienta de aquella mañana estaba aún más hermosa de lo que la había visto el día anterior.

—¿Vas a ir a hablar con la persona a la que mencionaste ayer?

Paul asintió.

—Después del desayuno —dijo.

—No parece alegrarte mucho.

—No sé si debo alegrarme o no.

—¿Por qué?

Tras una breve vacilación, Paul Flanner le habló de Jill y Robert Torrelson, de la operación, de la autopsia y de todo lo que había ocurrido después, incluida la nota que había recibido por correo. Cuando terminó, Adrienne parecía estar estudiándolo.

—¿Y no tienes ni idea de lo que quiere?

—Me imagino que será algo relacionado con el pleito.

Adrienne no lo veía tan claro, pero no dijo nada. Cogió su taza de café.

—Bueno, ocurra lo que ocurra creo que haces lo correcto. Igual que con Mark.

Él no contestó, aunque tampoco era necesario decir nada. El hecho de que ella le comprendiera era más que suficiente.

Aquellos días era lo único que pedía de la gente; a pesar de que hacía sólo un día que sabía de su existencia sentía que, de algún modo, Adrienne ya le conocía

mejor que la mayoría de la gente.

« O quizá, mejor que nadie» , pensó.

Capítulo 10

Después del desayuno, Paul se metió en el coche y sacó las llaves del bolsillo de su chaqueta. Adrienne lo saludó desde el porche, como si le deseara suerte. Al cabo de un instante Paul se dio media vuelta y salió dando marcha atrás.

Tardó unos minutos en llegar a la calle de Torrelson. Podría haber ido andando, pero no sabía si el tiempo empeoraría muy deprisa y no quería que lo pillase la lluvia; ni quería sentirse atrapado si el encuentro empezaba a torcerse. Aunque no sabía qué esperar, decidió que le contaría a Torrelson todo lo que había ocurrido respecto a la operación, pero sin especular sobre las causas de la muerte.

Aminoró la marcha, aparcó el coche y apagó el motor. Se tomó unos momentos para prepararse y luego salió y avanzó por la acera. El vecino de la puerta de al lado estaba subido a una escalera y clavaba un tablón en la ventana. Miró a Paul, intentando imaginarse quién sería. Éste ignoró su mirada y, al llegar a la puerta de Torrelson, llamó y dio un paso atrás, dejándose a sí mismo un poco de espacio.

Al ver que nadie contestaba volvió a llamar; esta vez prestó atención por si oía algún movimiento en el interior. Nada. Se dirigió a un lado del porche. Aunque las puertas de la construcción anexa seguían abiertas, no vio a nadie. Pensó en gritar, pero luego decidió no hacerlo. En lugar de eso fue a su coche y abrió el maletero. Sacó un bolígrafo del botiquín y rompió un pedazo de papel de la libreta que había metido dentro.

Escribió su nombre y dónde se hospedaba, así como una breve nota diciendo que estaría en el pueblo hasta el martes por la mañana, por si Robert aún quería hablar con él. Luego dobló el papel, lo llevó al porche y lo encajó en la estructura, asegurándose de que no pudiera salir volando. Estaba regresando al coche, aliviado y decepcionado al mismo tiempo, cuando oyó una voz detrás de él.

—¿Puedo ayudarle?

Al darse la vuelta, Paul no reconoció al hombre que estaba de pie frente a la casa. Aunque no recordaba qué aspecto tenía Robert Torrelson, su rostro era uno entre miles, supo que nunca había visto a esa persona. Era un joven de unos treinta y tantos, muy delgado, que estaba perdiendo su cabello negro; llevaba una sudadera y vaqueros de trabajo. Estaba mirando a Paul con el mismo recelo que le había mostrado antes el vecino, al salir del coche.

Paul se aclaró la garganta.

—Sí —dijo—. Estaba buscando a Robert Torrelson. ¿Es el lugar indicado?

El joven asintió sin mudar de expresión.

—Sí, vive aquí. Es mi padre.

—¿Está en casa?

—¿Es del banco?

Paul negó con la cabeza.

—No. Me llamo Paul Flanner.

Pasó un instante antes de que el joven reconociera el nombre. Entonces entornó los ojos.

—¿El médico?

Paul asintió.

—Tu padre me envió una carta diciéndome que quería hablar conmigo.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—No me ha dicho nada de ninguna carta. —Mientras hablaba, los músculos de su mandíbula empezaron a tensarse.

—¿Puedes decirle que estoy aquí?

El joven apoyó el pulgar en su cinturón.

—No está.

Al decirlo miró fugazmente la casa; Paul se preguntó si estaría diciendo la verdad.

—¿Le dirás al menos que he pasado a verle? Le he dejado una nota con la dirección de mi hotel.

—No quiere hablar con usted.

Paul dejó caer la mirada y luego volvió a levantarla.

—Creo que eso tiene que decidirlo él, ¿no te parece?

—¿Quién diablos se cree que es? ¿Cree que puede venir aquí y arreglar con una charla lo que hizo? ¿Cree que basta con decir que fue un error o algo parecido?

Paul guardó silencio. Al notar su vacilación, el joven dio un paso hacia él y continuó con un tono de voz cada vez más alto.

—¡Lárguese de aquí! ¡No quiero volver a verle, y mi padre tampoco!

—Está bien..., de acuerdo.

El joven cogió una pala que estaba a su alcance y Paul levantó las manos mientras retrocedía.

—Ya me voy...

Se dio la vuelta y se dirigió al coche.

—Y no vuelva —gritó el joven—. ¿No le parece que ya ha hecho bastante? ¡Mi madre murió por su culpa!

Paul se estremeció ante esas palabras y sintió el agudo aguijón de éstas; luego se metió en el coche. Después de encender el motor, se alejó sin mirar atrás.

No vio al vecino bajarse de la escalera para ir a hablar con el joven, ni cómo éste tiraba la pala al suelo. Ni vio que, dentro de la casa, alguien dejaba caer la cortina de la sala de estar.

Tampoco vio la mano arrugada que, tras abrir la puerta, retiraba la nota que

había caído al suelo del porche.

Unos minutos más tarde, Adrienne escuchó en boca de Paul lo que había ocurrido. Se encontraban en la cocina y él estaba inclinado sobre la encimera, con los brazos cruzados, mientras su mirada vagaba más allá de la ventana. Tenía una expresión ausente y retraída, parecía mucho más cansado que aquella misma mañana. Cuando terminó, la expresión de Adrienne mostraba una mezcla de simpatía y preocupación.

—Al menos lo has intentado —dijo.

—¿Y de qué ha servido, eh?

—A lo mejor no sabe lo de la carta de su padre.

Paul sacudió la cabeza.

—No es sólo eso. La única razón por la que vine aquí es porque quería ver si podía arreglarlo o al menos hacerlo más comprensible, pero ni siquiera voy a tener la oportunidad.

—No es culpa tuya.

—Entonces ¿por qué me siento así?

En el silencio que siguió, Adrienne oía el crujir del radiador.

—Porque te importa. Porque has cambiado.

—Nada ha cambiado. Siguen pensando que yo la maté. —Suspiró—. ¿Te imaginas lo que se siente cuando alguien piensa una cosa así de tí?

—No —admitió—, no me lo imagino. Nunca he tenido que pasar por nada parecido.

Paul asintió con aspecto derrotado.

Adrienne lo observó esperando que cambiara de expresión, pero al ver que eso no ocurría se sorprendió avanzando hacia él y cogiéndole la mano. Al principio estaba rígida, Pero al fin se relajó y ella sintió los dedos de él rodeando los suyos.

—Por mucho que cueste aceptarlo y al margen de lo que digan —prosiguió con cautela—, tienes que entender que, aunque hubieras hablado con el padre esta mañana, seguramente no habrías hecho cambiar de opinión a su hijo. Está dolido, y es más fácil culpar a alguien como tú que aceptar el hecho de que a su madre le había llegado la hora. Y aunque te parezca que ha ido muy mal, has hecho algo importante al ir allí esta mañana.

—¿El qué?

—Escuchar lo que aquel joven tenía que decirte. Puede que esté equivocado, pero le has brindado la ocasión de que te dijera cómo se siente. Has dejado que sacara lo que tenía dentro y, al fin y al cabo, puede que sea eso lo que el padre buscaba. Como ya sabe que este caso no irá a los tribunales, quería que oyeras personalmente su versión de la historia. Que supieras cómo se sienten.

Paul se rió con tristeza.

—Eso hace que me sienta mucho mejor.

Adrienne le estrechó la mano.

—¿Qué esperabas que ocurriera? ¿Qué escucharan lo que tenías que decirles y lo aceptaran en cuestión de minutos? ¿Después de contratar a un abogado e interponer una demanda, aun cuando sabían que no tenían ninguna oportunidad? ¿Después de oír lo que han dicho los demás médicos? Querían que vinieras para que tú los escucharas a ellos, y no al revés.

Paul no dijo nada, pero en el fondo sabía que ella tenía: razón. Y en ese caso, ¿por qué no se había dado cuenta antes?

—Sé que no fue algo fácil de oír —continuó ella—, y sé que no tienen razón y que es injusto culparte a ti de lo que ocurrió. Pero hoy les has dado algo importante y, lo que es más, no tenías por qué hacerlo. Puedes estar orgulloso de ello.

—Nada de lo que ha sucedido te sorprende, ¿verdad?

—Sinceramente, no.

—¿Ya lo sabías esta mañana, cuando te he hablado de ellos por primera vez?

—No estaba segura, pero se me ha ocurrido que podría ir así.

Una breve sonrisa surcó el rostro de él.

—Tienes algo, ¿lo sabías?

—¿Algo bueno o malo?

Él le apretó la mano y pensó que le gustaba cómo le hacía sentirse eso. Parecía algo natural, como si llevara años estrechándola.

—Es estupendo —dijo.

Se volvió y la miró de frente, sonriendo suavemente, y Adrienne comprendió de pronto que estaba pensando en besarla. Aunque una parte de ella lo deseaba, su lado racional le recordó que era viernes. Se habían conocido el día anterior y él iba a marcharse muy pronto. Igual que ella. Además, no estaba siendo realmente ella misma, ¿verdad? No era la auténtica Adrienne, la madre y la hija abnegada, o la esposa abandonada por otra mujer, o la mujer que ordenaba los libros en la biblioteca. Aquel fin de semana era otra persona, alguien a quien apenas reconocía. El tiempo que llevaba allí parecía un sueño, y aunque los sueños son agradables se recordó a sí misma que no eran más que eso.

Dio un pequeño paso atrás. Al soltarle la mano vio en los ojos de Paul un atisbo de decepción, pero se desvaneció cuando él apartó la mirada.

Ella sonrió, obligándose a mantener una voz firme.

—¿Sigues dispuesto a ayudarme con la casa? Quiero decir, antes de que llegue la tormenta.

—Claro —Paul asintió—. Deja que me ponga ropa de trabajo.

—Tienes tiempo de sobra: primero tengo que ir a la tienda. Olvidé comprar hielo y una nevera portátil para tener algo de comida a mano, por si se va la electricidad.

—De acuerdo.

Ella se detuvo.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy.

Esperó, como si quisiera asegurarse de que le decía la verdad; luego se dio la vuelta. « Sí, has hecho bien », se dijo a sí misma. Había hecho bien al apartarse; había hecho bien al soltarle la mano.

Y sin embargo, al cruzar el umbral de la puerta, no pudo evitar sentir que acababa de darle la espalda a una felicidad que hacía mucho tiempo que no disfrutaba.

Paul estaba arriba cuando oyó que Adrienne encendía su coche. Se volvió hacia la ventana y contempló las olas que rompían en la orilla, intentando comprender lo que acababa de ocurrir. Hacía unos minutos, al mirarla, había sentido algo muy especial, pero se había marchado con la misma rapidez con la que había aparecido; la mirada de ella le había dicho por qué.

Comprendía las reservas de Adrienne; al fin y al cabo, todas las personas vivían en un mundo limitado que no siempre dejaba lugar a la espontaneidad o al impulso de vivir el presente. Sabía que era eso lo que permitía que el orden prevaleciera en el transcurso de cada vida, aunque sus acciones de los últimos meses habían sido un intento de desafiar esos límites, de rechazar el orden que llevaba tanto tiempo acatando.

No era justo esperar lo mismo de ella. Ella estaba en una situación diferente; tenía responsabilidades que, como ya le había dejado claro el día anterior, requerían estabilidad y previsión. Él había sido igual en otros tiempos, y aunque ahora se encontraba en disposición de vivir siguiendo otras reglas, se daba cuenta de que no era lo mismo para Adrienne.

No obstante, algo había cambiado en el breve tiempo que llevaba allí. No estaba seguro de cuándo había ocurrido. Tal vez hubiera sido el día anterior, mientras estaban paseando por la playa, o cuando ella le había hablado de su padre, o incluso aquella misma mañana, cuando habían desayunado juntos bajo la suave luz de la cocina. O tal vez hubiera ocurrido cuando se encontró estrechándole la mano y muy cerca de su cuerpo, deseando por encima de todo apretar suavemente sus labios contra los de ella.

Pero nada de eso importaba. De lo único que estaba seguro era que empezaba a enamorarse de una mujer que se llamaba Adrienne y que cuidaba del hostel de una amiga en una pequeña localidad costera de Carolina del Norte.

Capítulo 11

Mientras oía cómo su hijo cubría las ventanas con tablonés en la parte de atrás de la casa, Robert Torrelson estaba sentado al viejo escritorio de tapa corredera de su salita. En la mano tenía la nota de Paul Flanner y, con aire distraído, la doblaba y desdoblaba sin poder dejar de pensar en el hecho de que hubiera venido.

No se lo esperaba. Aunque se lo había pedido, estaba convencido de que Paul Flanner no le haría caso. Flanner era un reputado médico de la ciudad, representado por abogados con corbatas llamativas y cinturones estrambóticos, y en el último año a ninguno de ellos había parecido importarles un pimiento él o su familia. Así era la gente rica de ciudad; en cuanto a él, se alegraba de no haber tenido que vivir nunca cerca de personas que se ganaban la vida haciendo papeleo y que no trabajaban a gusto si la temperatura no era exactamente de veintidós grados. Ni le gustaba tratar con gente que se consideraba mejor que los demás porque había tenido una mejor educación, más dinero o una casa más grande. Cuando conoció a Paul Flanner, después de la intervención, le pareció esa clase de persona. Era estirado y distante, y aunque había dado explicaciones, su modo cortante de hablar había dejado a Robert con la impresión de que no perdería ni un minuto de sueño por lo que había ocurrido.

Y eso no era lo correcto.

La vida de Robert estaba basada en unos valores distintos, valores honrados por su padre y su abuelo y por los abuelos de ellos. Podía seguir el rastro de sus raíces familiares en la Barrera de Islas remontándose hasta casi doscientos años. Generación tras generación, habían pescado en las aguas de Pamlico Sound desde los tiempos en que había tantos peces que una persona podía echar una sola red y sacar suficiente pescado para llenar la proa. Pero todo eso había cambiado. Ahora existían cuotas y regulaciones y licencias y grandes compañías, y se sacaban menos peces de los que se habían sacado nunca. Ahora, cuando Robert bajaba al barco, la mitad de las veces se consideraba afortunado si pescaba lo suficiente para pagar el combustible que había consumido.

Robert Torrelson tenía sesenta y siete años, pero parecía diez años mayor. Tenía el rostro curtido y con manchas, y su cuerpo iba perdiendo poco a poco la batalla contra el tiempo. Una gran cicatriz iba desde su ojo izquierdo hasta su oreja. Las manos le dolían a causa de la artritis y le faltaba el dedo índice de la mano derecha desde que se lo enganchó con un cabrestante un día que estaba recogiendo las redes.

Pero a Jill no le había importado ninguna de esas cosas. Y ahora ella ya no estaba.

En el escritorio había una foto de ella, y Robert aún se sorprendía contemplándola siempre que estaba solo en la habitación. Echaba de menos todo lo que tuviera que ver con ella; el modo en que le frotaba los hombros cuando él

llegaba en las frías noches de invierno, o sentarse junto a ella en el porche de atrás para escuchar música en la radio, o cómo olía cuando le frotaba el pecho con polvos, aquel aroma limpio y sencillo, fresco como el de un recién nacido.

Paul Flanner le había robado todo aquello. Sabía que Jill todavía estaría a su lado de no haber ido al hospital ese día.

Su hijo ya había hablado. Y ahora le tocaba a él.

Adrienne fue en coche al pueblo y estacionó en el pequeño aparcamiento de gravilla de la tienda principal, soltando un suspiro de alivio al comprobar que ésta aún estaba abierta.

Había tres coches aparcados sin orden ni concierto, cada uno de ellos cubierto con una delgada capa de sal. Un par de ancianos estaban en la entrada, con gorras de béisbol, fumando y bebiendo café. Cuando Adrienne salió del coche, la observaron y dejaron de hablar; cuando pasó por delante de ellos para entrar en la tienda, la saludaron con un movimiento de cabeza.

La tienda era la típica de las zonas rurales: suelo de madera gastada, ventiladores de techo y estantes con miles de productos distintos bien apretujados. Junto a la caja registradora había un pequeño cilindro que ofrecía pepinillos en vinagre de eneldo, y al lado había otro que contenía cacahuets fritos. En la parte de atrás, una pequeña barbacoa ofrecía hamburguesas recién hechas y, aunque no había nadie detrás del mostrador, el aroma a comida impregnaba el aire.

El congelador que contenía el hielo se encontraba en el extremo más alejado, junto a la sección de refrigerados, donde estaban la cerveza y los refrescos; Adrienne se dirigió hacia allí. Al coger el asa de la puerta vio un reflejo fugaz de su propia imagen en el vidrio. Se detuvo un instante, como si se viera a sí misma con ojos diferentes.

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó, desde que alguien la había encontrado atractiva? ¿O desde que alguien a quien acababa de conocer había querido besarla? Si alguien le hubiera hecho estas preguntas antes de ir allí, habría respondido que ninguna de estas cosas había ocurrido desde que se marchó Jack. Pero no era exactamente cierto. Al menos no en los detalles. Jack había sido su marido, no un extraño, y puesto que salieron juntos durante dos años antes de ir al altar, hacía casi veintitrés años que no se encontraba ante una situación como ésta.

Por supuesto, si Jack no la hubiera dejado, habría vivido sin pensar demasiado en ello, cosa que ahora le parecía imposible. Más de la mitad de su vida había transcurrido sin el interés de un hombre atractivo, y por mucho que intentara convencerse de que el motivo de que se apartara radicaba en el sentido común, no podía evitar pensar que la falta de práctica de los últimos veintitrés años también tenía algo que ver.

Se sentía atraída por Paul, eso no podía negarlo. No sólo era guapo e interesante, e incluso encantador a su manera sosegada. Ni era sólo el hecho de que la hubiera hecho sentirse deseada. No; era su deseo genuino de cambiar, de

convertirse en un hombre mejor de lo que había sido. Eso era lo que más la cautivaba. Había conocido a otras personas como él a lo largo de la vida; al igual que los médicos, los abogados eran reconocidos adictos al trabajo, pero todavía no se había topado nunca con alguien que no sólo hubiera tomado la decisión de cambiar, sino que lo estuviera haciendo de una forma que a la mayor parte de la gente le aterraría considerar.

Estaba convencida de que había algo noble en ello. Quería eliminar los defectos que veía en sí mismo, quería forjar la relación perdida con su hijo; se había presentado aquí porque un extraño que exigía una compensación se lo había pedido en una nota.

¿Qué clase de persona haría esas cosas? ¿Cuánto esfuerzo y cuánto coraje requería? Más del que ella tenía, pensó. Y del que tenía nadie a quien conociera. Y aunque intentaba negárselo, le complacía que alguien como él la encontrara atractiva.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas, Adrienne cogió las dos últimas bolsas de hielo, además de una nevera portátil, y se las llevó a la caja. Después de pagar, dejó la tienda y se dirigió al coche. Uno de los dos ancianos seguía en el porche cuando ella se fue; al saludarle con la cabeza, tenía en su rostro la expresión de quien ha asistido a un entierro y a una boda en un mismo día.

En su breve ausencia, el cielo se había oscurecido y el viento le golpeó el rostro cuando salió del coche. Había empezado a silbar al agitarse alrededor del Inn y el sonido era casi fantasmal, como la flauta de un espectro tocando una sola nota. Las nubes se arremolinaban y se amontonaban, moviéndose en grupos en lo alto del cielo. El mar estaba plagado de crestas blancas y las olas avanzaban con fuerza rebasando la línea de pleamar del día anterior.

Mientras sacaba el hielo del coche, Adrienne vio a Paul, que salía a buscarla.

—¿Has empezado sin mí? —gritó.

—No, no del todo. Sólo estaba asegurándome de que lo encontraría todo. — Hizo ademán de coger las compras—. ¿Necesitas ayuda con esto?

Adrienne sacudió la cabeza.

—Ya lo tengo. No pesa mucho. —Señaló la puerta con un gesto—. Pero voy a empujar con la casa. ¿Te importa si voy a tu habitación a cerrar las contraventanas?

—Claro que no, adelante.

En el interior, Adrienne dejó la nevera junto al frigorífico, abrió las bolsas de hielo con un cuchillo de carne y echó los cubitos dentro. Sacó un poco de queso, la fruta que había sobrado del desayuno y el pollo de la noche anterior, y los encajó entre el hielo, pensando que no era una cena de gourmet, pero que bastaría en caso de no disponer de nada más. Luego, como vio que aún quedaba espacio, cogió una de las botellas de vino y la colocó encima. Sintió un íntimo estremecimiento ante la idea de que más tarde compartiría el vino con Paul.

Se obligó a sofocar ese sentimiento y dedicó los siguientes minutos a asegurarse de que todas las ventanas de la planta baja estuvieran cerradas desde dentro. Una vez arriba, se ocupó, en primer lugar, de las habitaciones vacías de huéspedes y luego se dirigió al cuarto donde él había dormido.

Después de abrir la puerta entró y vio que Paul se había hecho la cama. Sus bolsas estaban colocadas junto al mueble con cajones; la ropa que se había puesto por la mañana estaba para lavar y los mocasines reposaban en el suelo, al lado de la pared, con las puntas juntas y mirando hacia fuera. Pensó para sí misma que sus hijos podrían aprender cuatro cosas de él sobre las virtudes de mantener las habitaciones ordenadas.

Cerró una ventana pequeña del cuarto de baño y, al hacerlo, vio la jabonera y la brocha para hacer espuma al lado de la maquinilla de afeitarse. Ambos estaban junto al lavamanos, al lado de una botella de loción para después del afeitado. De forma espontánea le vino la imagen de él, de pie ante el lavamanos aquella misma mañana, y al imaginárselo allí su instinto le hizo desear haber estado a su lado.

Sacudió la cabeza y, curiosamente, se sintió como una adolescente husmeando en el dormitorio de sus padres, así que fue hasta la ventana que había al lado de la cama. Mientras la cerraba, vio a Paul sacando una de las mecedoras del porche para guardarla debajo de la casa.

Se movía como si tuviera veinte años menos. Jack no era así. A lo largo de los años, Jack había engordado a causa de los numerosos cócteles y su vientre tendía a balancearse si emprendía cualquier actividad física.

Pero Paul era distinto. Sabía que Paul no se parecía a Jack en ningún aspecto, y fue allí, de pie en su dormitorio, cuando Adrienne sintió por primera vez una vaga sensación de ansiosa expectación, algo similar a lo que un jugador debe sentir cuando espera que su dado saque el número afortunado.

Debajo de la casa, Paul estaba disponiendo las cosas. Los cierres de seguridad eran unas piezas de aluminio corrugado de setenta y cinco centímetros de ancho por metro ochenta de alto, y todos tenían una marca permanente para indicar a qué ventana de la casa correspondían. Paul empezó a separarlos del montón en varios grupos, planeando mentalmente lo que había que hacer.

Ya estaba terminando cuando bajó Adrienne. En la distancia se oyó un trueno que retumbó larga y gravemente sobre las aguas. Se notaba que la temperatura empezaba a descender.

—¿Qué tal va?—preguntó ella.

Pensó que su tono sonaba poco familiar, como si fuese otra mujer quien había pronunciado aquellas palabras.

—Es más fácil de lo que creía —dijo él—. Sólo hay que hacer coincidir las ranuras y encajarlas con los soportes, y luego pasar estos ganchos.

—¿Y la madera para mantenerlo en su sitio?

—Tampoco es muy complicado. Las juntas ya están hacia arriba, así que sólo tengo que colocar las maderas en los soportes y clavar un par de clavos. Ya dijo Jean que podía hacerlo una sola persona.

—¿Crees que te llevará mucho rato?

—Una hora, tal vez. Puedes esperar dentro si lo prefieres.

—¿No hay nada que yo pueda hacer para ayudarte?

—La verdad es que no. Pero puedes hacerme compañía, si te apetece.

Adrienne sonrió, complacida ante la invitación.

—Trato hecho.

Durante la hora siguiente, Paul fue de una ventana a otra colocando los cierres en su sitio, mientras Adrienne se quedaba con él. A medida que trabajaba notaba que ella lo miraba, y se sentía tan torpe como cuando le había soltado la mano aquella misma mañana.

Al cabo de un rato empezó a caer una fina lluvia que al poco tiempo se hizo más intensa. Adrienne se acercó más a la casa para evitar mojarse, pero comprobó que no servía de gran cosa teniendo en cuenta cómo se arremolinaba el viento. Paul no aceleró ni aminoró el ritmo de trabajo; la lluvia y el viento no parecían afectarle en absoluto.

Cubría una ventana tras otra. Colocaba los cierres, ajustaba los ganchos y movía la escalera. Cuando hubo terminado con las ventanas y estaba empezando con los soportes, los rayos caían sobre el mar y la lluvia arreciaba con fuerza. Y Paul seguía trabajando. Hundía cada clavo con cuatro martillazos a un ritmo regular, como si llevase años trabajado como carpintero.

A pesar de la lluvia, mantenían una conversación. Adrienne notó que él sólo tocaba temas ligeros, alejados de cualquier cosa que pudiera malinterpretarse. Le habló de algunos de los trabajos que él y su padre hacían en la granja y le dijo que también en Ecuador tendría que practicar un poco, así que estaba bien entrar otra vez en materia.

Mientras Adrienne le escuchaba hablar de esto y de lo otro, adivinó que Paul le estaba dejando el espacio que creía que ella necesitaba, o que creía que ella deseaba. Pero, al observarlo, supo de repente que mantener las distancias estaba muy lejos de sus intenciones.

Todo en él le hacía añorar cosas que nunca había conocido: el modo en que hacía que las cosas parecieran fáciles, la forma de sus caderas y sus piernas bajo los vaqueros mientras se sostenía en lo alto de la escalera, aquellos ojos que siempre reflejaban lo que pensaba y sentía... De pie, bajo la lluvia, Adrienne sintió la fuerza de la persona que él era, y de la persona que comprendía que ella deseaba ser.

Para cuando hubo terminado, la sudadera y la chaqueta de Paul estaban empapadas y su rostro había palidecido con el frío. Después de guardar la escalera y las herramientas en el cobertizo, se reunió con Adrienne en el porche.

Ella se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la cara. Sus suaves rizos habían desaparecido y tampoco quedaba rastro de su maquillaje. En su lugar apareció una belleza natural y, a pesar de la pesada chaqueta que llevaba, Paul adivinó el cálido cuerpo femenino que había debajo.

Fue entonces, de pie bajo el saliente, cuando la tormenta desató toda su furia. Un prolongado y súbito relámpago unió el mar con el cielo; el trueno resonó como el impacto de dos coches en la autopista. El viento sopló, doblando las ramas de todos los árboles en una misma dirección. La lluvia caía de lado, como si quisiera desafiar la gravedad.

Por un instante se limitaron a observar, sabiendo que ya no importaba otro minuto bajo la lluvia. Y entonces, cediendo por fin a lo que pudiera venir luego, se dieron la vuelta y entraron en la casa sin decir una palabra.

Capítulo 12

Mojados y fríos, cada uno se fue a su habitación. Paul se quitó la ropa, abrió el grifo de la ducha y esperó hasta que el vapor empezó a elevarse por detrás de la cortina antes de meterse dentro. Su cuerpo necesitó unos minutos para entrar en calor; sin embargo, aunque se entretuvo más de lo acostumbrado y se vistió despacio, Adrienne aún no había aparecido cuando bajó las escaleras.

Con las ventanas cubiertas la casa estaba a oscuras, así que Paul encendió la luz de la sala de estar antes de ir a buscar una taza de café a la cocina. La lluvia golpeaba con furia los cierres de seguridad y hacía vibrar toda la casa con el eco. Los truenos se sucedían continuamente y sonaban cerca y lejos al mismo tiempo, como los sonidos de una estación de tren abarrotada. Paul se llevó la taza de café a la sala de estar. Incluso con la lámpara encendida, las ventanas tapiadas daban la sensación de que la noche se había instalado dentro. Fue hasta la chimenea y abrió el regulador de tiro; echó tres leños, apilándolos de forma que el aire circulase entre ellos y luego añadió algunas astillas. Investigó un poco en busca de cerillas y las encontró en una caja de madera que estaba en la repisa de la chimenea. El olor a sulfuro impregnó el aire cuando encendió la primera.

Las astillas estaban secas y prendieron rápidamente; a medida que los leños empezaban a quemar, enseguida se oyó un ruido como el que produce el papel cuando se arruga. En cuestión de minutos la madera de roble estaba desprendiendo calor; Paul acercó la mecedora y extendió las piernas en dirección al fuego.

Se estaba a gusto, pensó, aunque no del todo. Se levantó de su silla, cruzó la habitación y apagó la luz. Sonrió.

«Mejor. Mucho mejor», pensó.

En su dormitorio, Adrienne se estaba tomando su tiempo. Después de que los dos entraran en la casa, había decidido seguir el consejo de Jean y empezó a llenar la bañera. Incluso cuando apagó el grifo y se metió dentro, oyó el agua corriente a través de las cañerías y supo que Paul todavía estaba duchándose arriba. Había algo sensual en aquella certeza, y se dejó dominar por esa sensación.

Dos días antes ni siquiera hubiera imaginado que algo así pudiera ocurrirle a ella. Ni que pudiera sentir aquello por nadie, por no mencionar que se trataba de alguien a quien acababa de conocer. En su vida no había espacio para tales cosas; al menos no últimamente. Era fácil culpar a los niños o repetirse que sus responsabilidades no le dejaban el tiempo suficiente para algo así, pero eso no era completamente cierto. También tenía algo que ver la clase de persona en que se había convertido tras el divorcio.

Sí, se sintió traicionada y enfadada con Jack; eso podría entenderlo cualquiera. Pero el hecho de haber sido abandonada por otra tenía más

implicaciones, y por mucho que intentase no pensar en ello había veces en que no lo podía evitar. Jack la había rechazado, había rechazado la vida que habían vivido juntos; eso resultaba devastador para ella, como esposa y como madre, pero también como mujer. Aun en el caso, como él había asegurado, de que no entrara en sus planes enamorarse de Linda, aunque simplemente fuese algo que había ocurrido, no era tan sencillo como subirse a la rueda de las emociones sin tomar decisiones conscientes en ningún momento. Él tenía que haber pensado en lo que estaba haciendo, tenía que haber considerado las posibilidades cuando empezó a pasar más tiempo con Linda. Y no importaba cuánto hubiera intentado suavizar lo ocurrido; era como si le hubiese dicho a Adrienne no sólo que Linda era mejor en todos los aspectos, sino que Adrienne ni siquiera valía el tiempo y el esfuerzo necesarios para solucionar lo que fuese que él creyera que iba mal en su relación.

¿Cómo se suponía que debía reaccionar ante esa clase de rechazo absoluto? Para los demás era fácil decir que no tenía nada que ver con ella, que Jack estaba atravesando la crisis inherente a su edad; aun así, había influido en la persona que creía ser. Sobre todo como mujer. Es difícil sentirse sensual cuando una no se siente atractiva, y los siguientes tres años sin citas no hacían más que corroborar su sensación de ineptitud.

¿Y cómo había afrontado esa sensación? Se había consagrado a sus hijos, a su padre, a la casa, al trabajo y a las facturas. Consciente o inconscientemente, había dejado de hacer esas cosas que le brindaban la oportunidad de pensar en sí misma. Se terminaron las conversaciones relajantes con amigas por teléfono, o los paseos o los baños, o incluso el trabajo en el jardín. Todo lo que hacía tenía un propósito, y aunque de este modo creía mantener su vida en orden, ahora se daba cuenta de que había sido un error.

Después de todo, nada había ayudado. Estaba ocupada desde que se despertaba hasta el momento de irse a la cama; y, puesto que se había privado a sí misma de cualquier posible recompensa, no había nada que esperar con ilusión. Su rutina cotidiana era una serie de tareas y eso bastaba para agotar a cualquiera. Al abandonar las pequeñas cosas que hacen que la vida valga la pena, lo único que había logrado, y ahora se daba cuenta, era olvidar quién era ella realmente.

Sospechaba que Paul ya suponía todo aquello. Y, de algún modo, compartir tiempo con él le había dado la oportunidad de que ella también se diera cuenta.

Pero aquel fin de semana no se trataba simplemente de reconocer los errores cometidos en el pasado. También se trataba del futuro y de cómo iba a vivir a partir de ese momento. El pasado quedaba atrás y ya no podía hacer nada al respecto, pero el futuro estaba por estrenar y no quería pasar el resto de su vida sintiéndose como se había sentido los últimos tres años.

Se depiló las piernas y permaneció en la bañera unos minutos más, los

suficientes para que se disipara la mayor parte de la espuma y el agua empezara a enfriarse. Se secó y, sabiendo que a Jean no le importaría, cogió la loción del estante. Se la aplicó en las piernas y en el vientre, en los pechos y en los brazos, saboreando la sensación de que su piel cobraba vida de nuevo.

Se enrolló con la toalla y fue a elegir la ropa. La fuerza de la costumbre le había hecho coger unos vaqueros y un jersey, pero volvió a quitárselos y los dejó a un lado. «Si pienso cambiar en serio mi manera de vivir, será mejor que empiece ahora», pensó.

No se había traído muchas cosas más, y desde luego nada elegante, pero tenía un par de pantalones negros y una blusa blanca que Amanda le había regalado en Navidad. Lo había traído con la vaga esperanza de salir tal vez alguna noche y, aunque no pensaba ir a ninguna parte, aquélla parecía una buena ocasión para ponérselo.

Se secó el pelo mientras se lo cepillaba para darle forma. Lo siguiente, el maquillaje: rímel y colorete, y un pintalabios que se había comprado en unos grandes almacenes hacía unos meses y que apenas había utilizado. Se acercó al espejo y se puso una pizca de sombra de ojos, la suficiente para resaltar el color de su iris, como hacía durante los primeros años de su matrimonio.

Cuando estuvo lista se alisó la blusa hasta que le quedó perfecta, y sonrió ante lo que veía. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que tuvo ese aspecto.

Abandonó el dormitorio y, al pasar por la cocina, olió el aroma del café. Es lo que habría bebido cualquier día como ése, sobre todo teniendo en cuenta que aún era por la tarde, pero en lugar de servirse una taza sacó del frigorífico la última botella de vino y luego cogió el sacacorchos y un par de vasos; se sintió sofisticada, como si por fin dominase la situación.

Al llevarlo todo a la sala de estar vio que Paul había encendido el fuego, lo que, de algún modo, había cambiado la habitación, como una anticipación de lo que ella estaba sintiendo. El rostro de Paul resplandecía con las llamas y, aunque estaba quieto, ella sabía que notaba su presencia. Se volvió para decir algo, pero cuando vio a Adrienne fue incapaz de pronunciar una palabra. Lo único que pudo hacer fue seguir mirándola.

—¿Es demasiado?—preguntó ella por fin.

Paul sacudió la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—No..., en absoluto. Estás... preciosa.

Adrienne dibujó una tímida sonrisa.

—Gracias—dijo.

Su voz era suave, casi un susurro, la voz de otros tiempos.

Continuaron mirándose el uno al otro hasta que Adrienne levantó ligeramente la botella.

—¿Te apetece un poco de vino?—preguntó—. Sé que te has servido café,

pero he pensado que podría ser agradable con la tormenta.

Paul se aclaró la garganta.

—Suenas estupendo. ¿Quieres que abra la botella?

—Será mejor que lo hagas, a menos que te guste encontrar trocitos de corcho en el vino. Nunca les he cogido el truco a estas cosas.

Cuando Paul se levantó de la silla, ella le entregó el sacacorchos. Abrió la botella con una serie de movimientos rápidos y Adrienne sostuvo los vasos mientras él servía. Paul dejó la botella en la mesa y cogió su vino cuando ambos se sentaron en las mecedoras. Ella notó que estaban más cerca que el día anterior.

Adrienne tomó un sorbo de vino y luego bajó el vaso; todo la complacía: su aspecto, cómo se sentía, el sabor del vino, la sala en sí... El fuego titilante proyectaba sombras que danzaban alrededor de ellos. La lluvia caía como una cortina contra las paredes.

—Es perfecto —dijo ella—. Me alegro de que hayas encendido el fuego.

En el aire cálido, Paul captó un rastro del perfume que ella llevaba y cambió de posición en su asiento.

—Aún tenía frío después de haber estado fuera —dijo—. Parece que cada año me cuesta un poco más entrar en calor.

—¿Incluso haciendo tanto ejercicio? Creía que así mantenías a raya los estragos del tiempo.

Él se rió suavemente.

—Ojalá.

—Creo que lo haces muy bien.

—Porque no me ves por las mañanas.

—¿No es cuando vas a correr?

—Me refiero a antes. Cuando salgo de la cama apenas puedo moverme y renqueo como un anciano. Tanto correr me ha pasado factura al cabo de los años.

Mientras movían sus mecedoras adelante y atrás, Paul vio el reflejo del fuego centelleando en los ojos de ella.

—¿Has hablado hoy con tus hijos? —le preguntó, intentando no mirarla con demasiado descaro.

Ella asintió.

—Han llamado esta mañana, cuando estabas fuera. Se estaban preparando para ir a esquiar, pero querían establecer un último contacto antes de marcharse. Este fin de semana se van a Snowshoe, al oeste de Virginia. Llevan un par de meses esperándolo.

—Seguro que se lo pasarán bien.

—Sí, Jack es muy bueno para eso. Siempre que van a visitarle tiene planeado algo divertido, como si la vida a su lado fuese una fiesta continua. —Hizo una

pausa—. Pero está bien así. También se está perdiendo muchas cosas, y yo no me cambiaría por él. Estos años no se pueden recuperar.

—Lo sé —murmuró Paul—. Créeme, lo sé.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento. No debería haber dicho eso...

Él sacudió la cabeza.

—No pasa nada. Aunque tú no lo mencionaras, sé que he perdido más de lo que puedo esperar recuperar. Pero al menos estoy intentando hacer algo al respecto. Sólo espero que dé resultado.

—Lo dará.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Creo que eres la clase de persona que cumple todo lo que se propone.

—Esta vez no será tan fácil.

—¿Por qué no?

—Mark y yo no estamos en muy buenos términos actualmente. De hecho, no tenemos ninguna relación. No nos hemos dicho más que unas cuantas palabras en años.

Ella le miró sin saber muy bien qué decir.

—No me había dado cuenta de que hacía tanto —admitió finalmente.

—¿Cómo podías? No es algo que me enorgullezca confesar.

—¿Qué vas a decirle cuando lo veas?

—No tengo ni idea. —La miró—. ¿Alguna sugerencia? Al parecer tienes mucha mano con los asuntos de familia.

—No tanta. Supongo que primero tendría que saber cuál es el problema.

—Es una larga historia.

—Tenemos todo el día si quieres hablar de ello.

Paul cogió un vaso, como si hiciera acopio de su determinación. Luego, durante la media hora siguiente y acompañado por la escalada de viento y frío del exterior, le explicó cómo había estado ausente mientras Mark crecía; le habló de la discusión del restaurante y de su incapacidad para hallar la voluntad necesaria y reparar la ruptura entre ellos. Cuando terminó, las llamas habían disminuido. Adrienne se quedó callada un instante.

—No está mal —admitió.

—Lo sé.

—Pero no es sólo culpa tuya, ¿sabes? Hacen falta dos personas para iniciar una contienda.

—Eso es bastante profundo.

—Sin embargo, es cierto.

—¿Qué debo hacer?

—Supongo que te diría que no presiones demasiado. Creo que seguramente

necesitáis conoceros el uno al otro antes de que empieces a solucionar los problemas que hay entre vosotros.

Él sonrió, pensando en aquellas palabras.

—¿Sabes una cosa? Espero que tus hijos sepan lo lista que es su madre.

—No lo saben, pero no pierdo la esperanza.

Paul se rió, y le pareció que la piel de Adrienne estaba radiante bajo aquella luz suave. Un leño crepitó y lanzó una estela chimenea arriba. Paul sirvió más vino en ambos vasos.

—¿Cuánto piensas quedarte en Ecuador? —le preguntó ella.

—Todavía no lo sé. Supongo que depende de Mark, del tiempo que quiera tenerme allí. —Agitó su vino antes de mirarla—. Pero creo que me quedaré al menos un año. Es lo que le dije al director, en cualquier caso.

—¿Y luego volverás?

Él se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Supongo que podría ir a cualquier parte. No hay nada que me retenga en Raleigh. Para ser sincero, no he pensado en lo que haré cuando regrese. Quizá me dedique a cuidar de los hostales cuando sus propietarios tengan que marcharse.

Ella se rió.

—Me parece que te aburrirías bastante.

—Pero sería muy eficiente en caso de tormenta.

—Es cierto, aunque tendrías que aprender a cocinar.

—Muy buena. —Paul miró hacia ella con el rostro medio oculto por las sombras—. Entonces quizá pueda mudarme a Rocky Mount y pensármelo allí.

Ante estas palabras, Adrienne sintió que la sangre coloreaba sus mejillas. Sacudió la cabeza y se volvió.

—No digas eso.

—¿El qué?

—Cosas que no quieres decir.

Ella no le miró, ni dijo nada más. En la quietud de la sala él pudo ver que su pecho se elevaba y descendía al compás de la respiración. Vio también la sombra del miedo surcando su rostro, pero no supo si era porque lo quería a su lado y temía que no volviera, o porque no lo quería y temía que volviera. Se inclinó hacia delante y apoyó la mano en el brazo de ella. Cuando habló de nuevo, su voz era suave, como si intentara reconfortar a un niño pequeño.

—Lo siento si te he hecho sentir incómoda —dijo—, pero este fin de semana... está siendo algo que nunca había vivido. Es decir, está siendo un sueño. Tú eres un sueño.

La calidez de su mano parecía penetrar en los huesos de Adrienne.

—Para mí también ha sido maravilloso —respondió.

—Pero no sientes lo mismo.

Adrienne lo miró.

—Paul, yo...

—No, no digas nada...

Ella no le dejó terminar.

—Sí, lo diré. Quieres una respuesta y me gustaría dártela, ¿de acuerdo? —

Hizo una pausa para ordenar sus ideas—. Cuando Jack y yo rompimos, fue más que el final de un matrimonio. Fue el final de todo lo que yo había deseado para el futuro. Y también fue el final de quien yo era. Creí que quería seguir adelante, y lo intenté, pero al mundo ya no parecía interesarle en absoluto quién era yo. Los hombres en general no estaban interesados en mí, y supongo que me encerré en mi cascarón. Este fin de semana ha hecho que me diese cuenta de ello, y todavía lo estoy asumiendo.

—No estoy seguro de qué intentas decirme.

—No te digo esto porque mi respuesta sea negativa. Me gustaría volver a verte. Eres inteligente y encantador y estos dos últimos días han significado para mí más de lo que seguramente crees. Pero ¿mudarte a Rocky Mount? Un año es mucho tiempo, y nadie sabe quiénes seremos para entonces. Mira cuánto has cambiado en los últimos seis meses. ¿Puedes asegurar sinceramente que sentirás lo mismo dentro de un año?

—Sí —dijo—, puedo.

—¿Cómo estás tan seguro?

Fuera, el viento era un intenso vendaval que aullaba al arremeter contra la casa. La lluvia golpeaba las paredes y el tejado; el viejo hostel crujía bajo la presión incesante.

Paul dejó a un lado su vaso de vino. Con la mirada fija en Adrienne, pensó que nunca había visto a nadie tan hermoso.

—Porque —dijo— tú eres, la única razón por la que me molestaría en volver.

—Paul, no...

Cerró los ojos y, por un instante, Paul creyó que la estaba perdiendo. La idea le asustó más de lo que creía posible, y sintió que cedía la última de sus resistencias. Miró al techo, luego otra vez al suelo y luego volvió a centrarse en Adrienne. Abandonó su asiento y fue a su lado. Con un dedo, le giró el rostro hacia él y supo que estaba enamorado de ella, de todo lo que tuviera que ver con ella.

—Adrienne... —murmuró, y cuando finalmente Adrienne lo miró a los ojos reconoció el sentimiento que había en ellos.

Paul no pudo pronunciar las palabras, pero en una ráfaga de inspiración ella imaginó que las oía, y eso bastó.

Fue entonces, mientras él la contemplaba con mirada inquebrantable, cuando ella también supo que estaba enamorada.

Durante un prolongado instante ninguno de los dos pareció saber qué hacer,

hasta que él le cogió la mano. Con un suspiro, Adrienne se la entregó y se recostó en su asiento, mientras el pulgar de él empezaba a acariciarle la piel.

Paul sonrió esperando una respuesta, pero Adrienne parecía satisfecha quedándose quieta. No podía ver bien su expresión, pero parecía confirmar todo lo que él estaba sintiendo: miedo y esperanza, turbación y aceptación, pasión y reserva. Pero, pensando que tal vez ella necesitara espacio, le soltó la mano.

—Voy a poner otro leño en el fuego —dijo—. Se está apagando.

Ella asintió, observándolo a través de sus ojos entornados mientras él se agachaba ante el fuego, con los vaqueros tensados alrededor de los muslos.

Aquello no podía estar sucediendo, se dijo a sí misma. Tenía cuarenta y cinco años, por el amor de Dios, no era una adolescente. Era lo bastante madura para saber que algo así no podía ser real. Era producto de la tormenta, del vino, del hecho de que ambos estaban solos. Era la combinación de un millón de cosas, se repitió, pero no era amor.

Y sin embargo, mientras miraba cómo Paul añadía otro leño y contemplaba la chimenea en silencio, tuvo la certeza de que sí lo era. La inequívoca expresión en su mirada, el temblor en su voz al susurrar el nombre de Adrienne... Sí, sus sentimientos eran reales. Igual que los de ella.

Pero ¿qué significaba eso, para él y para ella? La certeza de que la amaba, por maravillosa que fuese, no era lo único que había. La mirada de Paul también hablaba de deseo, y eso la había asustado más aún que saber que la quería. Siempre había considerado que hacer el amor era más que un simple acto placentero entre dos personas. Abarcaba todo cuanto se suponía que una pareja compartía: confianza y compromiso, sueños y esperanzas, la promesa de hacer frente a lo que el futuro quisiera traer. Nunca había entendido las relaciones de una sola noche, ni a la gente que saltaba de una cama a otra cada dos meses. Eso reducía el acto a algo casi sin significado, poco más importante que un beso de buenas noches en el umbral de una casa.

Aunque se amaban el uno al otro, sabía que todo podía cambiar si se permitía ceder a sus impulsos. Cruzaría la barrera que había levantado en su cabeza, y no había vuelta atrás para algo así. Hacer el amor con Paul significaría compartir un lazo para el resto de sus vidas, y no estaba segura de estar preparada.

Tampoco estaba segura de saber lo que había que hacer. Jack era el único hombre con quien había estado; y no sólo eso: durante dieciocho años, fue el único hombre con el que deseó estar. La posibilidad de entregarse a otra persona le provocaba ansiedad. Hacer el amor era una danza delicada de dar y tomar, y la sola idea de poder decepcionarlo casi bastaba para querer evitar que aquello llegara más lejos.

Pero no podía detenerse. Ya no. No con el modo en que la había mirado, no con lo que sentía por él.

Tenía la garganta seca y, al levantarse de la silla, le temblaron las piernas.

Paul todavía estaba en cuclillas delante del fuego. Ella se acercó y le puso las manos en la suave zona entre el cuello y los hombros. Los músculos de él se tensaron por un instante, pero luego se relajaron a medida que exhalaba. Se volvió, la miró y fue entonces cuando, finalmente, ella sintió que se entregaba.

Todo era perfecto, él también. Mientras estaba ahí de pie supo que se permitiría llegar allí donde deseaba.

Un rayo surcó el cielo en el exterior. El viento y la lluvia parecían uno solo al martillar las paredes. La temperatura de la habitación aumentó a medida que las llamas volvían a cobrar fuerza.

Paul se puso en pie. Le cogió la mano con expresión tierna. Ella esperaba que la besara, pero no lo hizo, sino que se llevó su mano a la mejilla y cerró los ojos, como si deseara recordar aquel tacto para siempre.

Besó el dorso de aquella mano antes de volver a soltarla. Luego, abriendo los ojos e inclinando la cabeza, la atrajo hacia él hasta que ella sintió sus labios acariciándole el rostro en una serie de besos, ligeros como mariposas, antes de que finalmente encontraran sus propios labios.

Entonces se acercó más a él mientras la rodeaba con sus brazos; sintió que sus pechos se apretaban contra él; sintió el suave roce de su rostro cuando la besó por segunda vez.

Adrienne le pasó las manos por la espalda y por los brazos, y separó los labios para sentir la humedad de su lengua. Paul le besó el cuello y la mejilla, y recorrió su vientre con la mano con un tacto electrizante. Cuando la movió hacia sus pechos, ella no pudo expulsar el aire de su garganta y se besaron una y otra vez, mientras el mundo a su alrededor se desintegraba en algo lejano e irreal.

Aquello ya fue demasiado para ambos. Mientras se acercaban cada vez más, era no sólo como si se abrazaran el uno al otro, sino también como si olvidaran todos los recuerdos dolorosos.

Él hundió las manos en su pelo y ella inclinó la cabeza contra su pecho; oyó que su corazón latía tan deprisa como el suyo.

Entonces, cuando finalmente lograron separarse, ella se encontró cogiéndole la mano.

Dio un pequeño paso atrás y, con un suave tirón, lo llevó hacia las escaleras, camino de su dormitorio.

Capítulo 13

En la cocina, Amanda miró a su madre fijamente.

No había dicho una palabra desde que Adrienne había empezado su relato y ya se había bebido dos vasos de vino, el segundo un poco más deprisa que el primero. Ahora no hablaba ninguna de las dos y Adrienne sentía la ansiosa expectación de su hija, que esperaba lo que vendría a continuación.

Pero Adrienne no podía hablarle a Amanda de eso, ni había ninguna necesidad. Amanda era una mujer adulta, sabía lo que significaba hacer el amor con un hombre. También era lo bastante mayor para saber que aunque era una parte maravillosa del descubrimiento mutuo, era sólo eso: una parte. Adrienne amaba a Paul; si éste no hubiera significado tanto para ella, aquel fin de semana no habría sido más que algo físico, sin nada que recordar aparte de algunos momentos de placer, que serían especiales sólo porque ella llevaba sola mucho tiempo. Sin embargo, lo que habían compartido eran sentimientos largamente enterrados, unos sentimientos que sólo les correspondían a ellos y a nadie más.

Además, Amanda era su hija. Tal vez fuese anticuado, pero compartir los detalles con ella habría resultado poco apropiado. Hay quien puede hablar de tales cosas, pero Adrienne nunca lo había entendido. Siempre había considerado que el dormitorio era un lugar de secretos compartidos.

Pero, aun en el caso de que hubiera querido hablar de ello, sabía que habría sido incapaz de encontrar las palabras. ¿Cómo describir aquella sensación, cuando comenzó a desabrocharse la blusa? ¿O el estremecimiento que atravesó todo su cuerpo cuando él recorrió su vientre con los dedos? ¿O lo cálidas que eran sus pieles cuando sus cuerpos se juntaron? ¿O la textura de su boca al besarla? ¿O cómo se sintió cuando apretó los dedos contra la piel de él? ¿O el sonido de la respiración de cada uno, y de las dos respiraciones acelerándose a medida que se iban moviendo como un solo cuerpo?

No, no podía hablar de esas cosas. Dejaría que su hija imaginara lo que había ocurrido, porque Adrienne sabía que sólo su imaginación podría llegar a captar un mínimo atisbo de la magia que había sentido en los brazos de Paul.

—¿Mamá? —murmuró Amanda finalmente.

—¿Quieres saber qué pasó? —Amanda tragó saliva, incómoda—. Sí. —Fue todo lo que dijo Adrienne.

—¿Quieres decir...?

—Sí —repitió.

Amanda bebió un trago de vino. Armándose de valor, volvió a dejar el vaso encima de la mesa.

—¿Y...?

Adrienne se inclinó hacia ella, como si no quisiera que la oyese nadie más.

—Sí —susurró, y al decirlo apartó la mirada a un lado, como trasladándose al

pasado.

Aquella tarde hicieron el amor, y ella se quedó en la cama el resto del día. Mientras la tormenta rugía en el exterior, y la casa era fustigada por plantas arrancadas y árboles azotados por el viento, Paul la estuvo abrazando con los labios posados en su mejilla. Cada uno de ellos evocaba el pasado; juntos hablaron de sus sueños para el futuro, y ambos se deleitaron con los pensamientos y sentimientos que les habían conducido hasta aquel instante.

Todo había sido tan nuevo para ella como para Paul. En los últimos años de su matrimonio con Jack, tal vez la mayor parte, como pensó en aquel entonces, cuando hacían el amor era algo mecánico, rápido y poco apasionado; en definitiva, poco emocionante por carecer de ternura. Y raramente hablaban al terminar, pues Jack solía volverse de su lado y dormirse en cuestión de minutos.

Paul no sólo la había abrazado durante horas, sino que ese tierno contacto le hizo saber que, para él, era algo tan importante como la intimidad física que acababan de compartir. La besó en el cabello y en la cara, y cada vez que acariciaba una parte de su cuerpo le decía que era preciosa y que la adoraba de una forma solemne y certera, por más deprisa que hubiera llegado a amarla.

Aunque no eran conscientes de ello a causa de los tablones de las ventanas, el cielo se había vuelto de un negro feroz y opaco. Olas agitadas por el viento azotaban las dunas y las barrían, y el agua alcanzaba los cimientos del Inn. La antena de la casa había volado y cayó en el extremo opuesto de la isla. Lluvia y arena se abrían camino en el porche trasero mientras la puerta vibraba con la energía de la tormenta. La electricidad se fue a primera hora de la mañana. Hicieron el amor por segunda vez en total oscuridad, guiados por el tacto, y cuando terminaron se durmieron por fin el uno en brazos del otro, mientras el ojo de la tormenta sobrevolaba Rodanthe.

Capítulo 14

El sábado por la mañana se levantaron hambrientos, pero sin electricidad y con la tormenta amainando muy despacio; Paul subió al dormitorio la nevera portátil y comieron cómodamente en la cama; a ratos se reían y a ratos se ponían serios, o se hacían rabiari o se quedaban en silencio, saboreando el momento y la compañía.

A mediodía, el viento había amainado lo suficiente para aventurarse fuera y salieron al porche. El cielo empezaba a clarear, pero la playa estaba cubierta de escombros, como neumáticos viejos o escalones arrancados de casas que se habían construido demasiado cerca del agua y habían sido alcanzadas por la marea, acrecentada con el viento. El ambiente era un poco más cálido, aunque aún hacía demasiado frío para estar en el exterior sin chaqueta; aun así, Adrienne se quitó los guantes para poder sentir la mano de Paul en la suya.

La electricidad volvió hacia las dos con un parpadeo, se fue otra vez y regresó unos veinte minutos más tarde. Los alimentos del frigorífico no se habían estropeado, así que Adrienne preparó un par de bistecs y se entretuvieron un buen rato con la comida y con su tercera botella de vino. Luego se bañaron juntos. Paul se sentó detrás de ella y Adrienne apoyó la cabeza en su pecho, mientras él le pasaba la esponja por el estómago y los senos. Ella cerró los ojos y se hundió entre sus brazos, sintiendo el agua caliente que resbalaba en su piel.

Aquella noche fueron al pueblo. Rodanthe estaba volviendo a la vida después de la tormenta, y pasaron parte de la velada en un bar sombrío, escuchando música de una máquina y bailando algunas canciones. El local estaba abarrotado de lugareños que querían compartir sus historias sobre la tormenta, y Paul y Adrienne fueron los únicos que salieron a la pista. Él la atrajo hacia sí y empezaron a girar lentamente, con los cuerpos muy juntos, ajenos al parloteo y a las miradas de los demás clientes.

El domingo, Paul retiró los cierres de seguridad y los guardó en su sitio; luego devolvió las mecedoras al porche. El cielo había clareado por primera vez desde la tormenta y pasearon por la playa, igual que habían hecho la primera noche que estuvieron juntos, y vieron cuánto había cambiado todo en ese tiempo. El mar había excavado largos y profundos surcos allí donde había barrido la arena, y numerosos árboles se habían derrumbado. A menos de un kilómetro y medio de distancia, Paul y Adrienne estuvieron contemplando una casa, la mitad en pie y la otra mitad sobre la arena, que había sido víctima de la furia de la tormenta. La mayor parte de las paredes estaban combadas y las ventanas estaban hechas añicos, y parte del tejado había volado. Un lavavajillas yacía de lado junto a un montón de tablas rotas que alguna vez debieron de ser el porche. Junto a la carretera se había reunido un grupo de gente que tomaba fotografías para las compañías de seguros, y por primera vez se dieron cuenta de lo severa que había

sido la tormenta.

Cuando se dispusieron a volver, la marea estaba subiendo. Caminaban despacio, con los hombros tocándose ligeramente; fue entonces cuando encontraron la concha. Las franjas de su dibujo estaban medio enterradas en la arena y rodeadas por miles de fragmentos de caparazones rotos. Cuando Paul se la dio, ella se la llevó al oído y él se burló porque Adrienne dijo que se oía el océano. Entonces la rodeó con sus brazos y le dijo que era tan perfecta como la concha que acababan de encontrar. Y aunque ella supo que la guardaría para siempre, no tenía ni idea de cuánto llegaría a significar ese caparazón para ella.

Lo único que sabía era que se encontraba entre los brazos del hombre al que amaba, deseando que pudiera abrazarla de aquel modo para siempre.

El lunes por la mañana, Paul salió de la cama antes de que ella se despertara y, aunque había dicho que era un inepto en la cocina, la sorprendió llevándole el desayuno a la cama y despertándola con el aroma del café recién hecho. Se sentó a su lado mientras ella comía y se rió al verla apoyarse en la almohada, intentando en vano mantener la sábana lo bastante alta como para cubrirse los pechos. La tostada francesa estaba deliciosa, el beicon era crujiente sin estar quemado y los huevos revueltos llevaban la cantidad precisa de queso Cheddar gratinado.

Aunque sus hijos le habían traído el desayuno a la cama alguna que otra vez en el Día de la Madre, era la primera vez que se lo preparaba un hombre. Jack nunca había sido de los que piensan en esas cosas.

Cuando hubo terminado, Paul fue a correr un poco mientras Adrienne se duchaba y se vestía. Al volver, metió la ropa de deporte en la lavadora y también él tomó una ducha. Cuando se reunió con ella en la cocina, Adrienne estaba hablando por teléfono con Jean, que había llamado para saber cómo había ido todo. Mientras Adrienne la ponía al corriente, Paul la abrazó por detrás y le acarició la nuca.

Estando aún al teléfono, Adrienne oyó el inconfundible sonido de la puerta principal del Inn al abrirse y los pasos de unas botas gruesas sobre el suelo de madera. Se lo dijo a Jean antes de colgar y abandonó la cocina para ver quién había entrado. Se ausentó menos de un minuto antes de regresar y, cuando lo hizo, miró a Paul como si no supiera qué decir. Inspiró profundamente.

—Ha venido a hablar contigo —dijo.

—¿Quién?

—Robert Torrelson.

Robert Torrelson esperaba en la sala de estar, sentado en un sillón con la cabeza baja, cuando Paul llegó a su lado. Levantó la mirada sin sonreír y con una expresión indescifrable. Hasta aquel instante Paul no estaba seguro de haber podido reconocer a Robert Torrelson entre la multitud, pero ahora que lo tenía cerca vio que reconocía al hombre que estaba sentado ante él. Aparte del

cabello, que se había vuelto más blanco en el último año, tenía el mismo aspecto que en la sala de espera del hospital. Su mirada era tan dura como Paul había imaginado.

Robert no habló enseguida, sino que se quedó mirando a Paul mientras éste colocaba la mecedora para sentarse frente a él.

—Ha venido —dijo Robert Torrelson al fin.

Su voz era grave y ronca, típica del sur, como si estuviera curtida por años de fumar cigarrillos Camel sin filtro.

—Sí.

—No creía que lo hiciera.

—Al principio tampoco y o estaba seguro.

Robert gruñó como si ya se lo esperase.

—Mi hijo dice que habló con usted.

—Así es.

Robert dibujó una amarga sonrisa, pues sabía lo que se habían dicho.

—Dijo que no intentó dar explicaciones.

—No —respondió Paul—, no lo hice.

—Pero sigue creyendo que no hizo nada mal, ¿verdad?

Paul apartó la mirada, pensando en lo que Adrienne le había dicho: nunca les haría cambiar de opinión. Se enderezó.

—En su carta decía que quería hablar conmigo y que era importante. Y aquí estoy. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Torrelson?

Robert sacó un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas de su bolsillo. Se encendió uno, se acercó un cenicero y se recostó en el sillón.

—¿Qué es lo que fue mal? —preguntó.

—Nada —dijo Paul—. La operación fue tan bien como era de esperar.

—Entonces, ¿por qué murió?

—Ojalá lo supiera, pero no es así.

—¿Es eso lo que su abogado le ha aconsejado que diga?

—No —respondió Paul sin alterarse—. Es la verdad. Y creía que era lo que ha venido a buscar. Si pudiese darle una respuesta, lo haría.

Robert se llevó el cigarrillo a la boca e inhaló. Cuando exhaló, Paul oyó un ligero silbido, como aire escapando de un acordeón.

—¿Sabía que ya tenía el tumor cuando nos conocimos?

—No —dijo—, no lo sabía.

Robert dio una larga calada a su cigarrillo. Cuando volvió a hablar, su voz sonó más suave, tamizada por los recuerdos.

—Entonces no era tan grande, claro. Era como la mitad de una nuez, y el color tampoco era tan fuerte. Pero se veía claro como el agua que tenía algo debajo de la piel. Y eso siempre la preocupó, incluso cuando era pequeña. Soy unos años mayor que ella, y recuerdo que cuando iba a la escuela siempre se

miraba los zapatos, y no era difícil adivinar por qué.

Robert hizo una pausa, ordenando sus ideas; Paul tuvo el tacto de permanecer en silencio.

—Como muchos chicos de entonces, no terminó sus estudios porque tenía que trabajar para ayudar en casa, y fue entonces cuando pude conocerla. Ella trabajaba en el muelle donde descargábamos la pesca; llevaba las balanzas. Me pasé un año intentando hablar con ella antes de lograr que me dirigiera la palabra, pero me gustaba de todas formas. Era honesta y trabajaba duro, y a pesar de que se cubría la cara con el pelo, de vez en cuando tuve la oportunidad de ver lo que había debajo, y entonces descubrí los ojos más bonitos que he visto nunca. Eran de un marrón oscuro y muy dulces, ¿sabe? Como si no hubiera herido a una sola alma en toda su vida porque no estaba en su naturaleza. Y seguí intentando hablar con ella y ella siguió sin hacerme caso hasta que, supongo, finalmente pensó que no me rendiría. Accedió a salir conmigo, pero apenas me miró en toda la noche. Sólo se miraba los zapatos.

Robert juntó las manos.

—Pero le pedí otra cita igualmente. La segunda vez fue mejor, y me di cuenta de que era muy divertida cuando quería. Cuanto más la conocía, más me gustaba, y al cabo de un tiempo empecé a pensar que tal vez me había enamorado de ella. No me importaba eso que tenía en la cara. Ni me importó entonces ni me importó en el último año. Pero a ella sí. A ella, siempre.

Hizo una pausa.

—En los siguientes veinte años tuvimos siete hijos, y parecía que cada vez que amamantaba a uno, aquella cosa crecía más y más. No sé si era cierto o no, pero ella solía repetírmelo. Pero todos mis hijos, incluido John, al que usted conoció, la consideraban la mejor madre del mundo. Y lo era. Era dura cuando había que serlo, y el resto del tiempo era la mujer más dulce que haya conocido. Y yo la amaba por eso, y éramos felices. La vida aquí no suele ser sencilla, pero ella conseguía que lo fuese. Yo estaba orgulloso de ella; estaba orgulloso de que me vieran con ella y me aseguraba de hacérselo saber a todo el mundo. Creí que eso sería suficiente, pero supongo que no fue así.

Paul permaneció inmóvil mientras Robert continuaba.

—Una noche vio un programa de televisión en el que una mujer que había tenido un tumor de ésos traía esas fotografías de antes y de después. Creo que se le metió en la cabeza que podía librarse de aquello de una vez por todas. Y entonces fue cuando empezó a hablar de la operación. Era cara y no teníamos seguro, pero intentó averiguar si había algún modo de hacerlo. Nada de lo que yo dijera podía hacerle cambiar de idea. Le expliqué que a mí no me importaba, pero no me escuchó. A veces me la encontraba en el baño tocándose la cara, o la oía llorar, y me daba cuenta de qué era lo que ella deseaba más. Había vivido toda su vida con eso y ya estaba cansada. Cansada del modo en que los extraños

solían evitar mirarla, o de que los niños la mirasen demasiado rato. Así que finalmente accedí. Cogí todos nuestros ahorros, fui al banco e hipotequé mi barca; entonces fuimos a verle a usted. Aquella mañana estaba tan excitada. Creo que nunca la había visto tan feliz en ningún momento de su vida; el solo hecho de verla así me hizo comprender que hacíamos lo correcto. Le dije que la estaría esperando y que entraría a verla en cuanto despertase. ¿Sabe lo que me contestó? ¿Sabe cuáles fueron sus últimas palabras para mí?

Robert seguía mirando a Paul, asegurándose de que le prestaba atención.

—Dijo: « Toda mi vida he deseado ser bonita para ti ». Lo único que pude pensar al oír eso fue que siempre lo había sido.

Paul agachó la cabeza y, aunque procuró tragar saliva, tenía un nudo en la garganta.

—Pero usted no sabía ninguna de estas cosas sobre ella, para usted sólo era la mujer que vino a operarse, o la mujer que murió, o la mujer con la cosa en la cara, o la mujer cuya familia lo ha demandado. No era justo que usted no conociese su historia. Ella merecía más que eso. Se ganó mucho más que eso con la vida que vivió.

Robert Torrelson echó la última ceniza en el cenicero y luego sacó otro cigarrillo.

—Usted fue la última persona con la que habló, la última persona que la vio con vida. Era la mejor mujer del mundo, y usted ni siquiera sabía a quién tenía delante. —Hizo una pausa, dejando que sus palabras calasen—. Pero ahora ya lo sabe.

Dicho esto, se levantó del sillón y un instante después ya se había marchado.

Después de escuchar lo que Robert Torrelson había dicho, Adrienne tocó el rostro de Paul y le secó las lágrimas.

—¿Estás bien?

—No lo sé —dijo él—. Ahora mismo estoy bastante aturrido.

—No me sorprende. Son muchas cosas que asumir.

—Sí —respondió—, lo son.

—¿Te alegras de que haya venido? ¿Y de que te haya dicho todo eso?

—Sí y no. Para él era importante que yo supiera quién era ella, y me alegro por eso. Pero también me entristece. Se amaban tanto el uno al otro, y ahora ella se ha ido...

—Sí.

—No es justo.

Ella le ofreció una sonrisa nostálgica.

—No lo es. Cuanto mayor es el amor mayor es la tragedia cuando termina. Son las dos caras de la misma moneda.

—¿Incluso para ti y para mí?

—Para todo el mundo —dijo ella—. Lo mejor que podemos esperar de la

vida es que eso tarde mucho en ocurrirnos.

Él la sentó en su regazo. La besó en los labios y luego la rodeó con sus brazos, dejando que ella lo abrazara a su vez. Durante un buen rato se quedaron así, quietos.

Pero más tarde, mientras hacían el amor, a Adrienne le vinieron a la mente sus propias palabras. Era su última noche juntos en Rodanthe; su última noche juntos durante, por lo menos, un año. Y por más que luchó contra ellas, no pudo detener las lágrimas que rodaron por sus mejillas.

Capítulo 15

Adrienne no estaba en la cama cuando Paul se despertó el martes por la mañana. Por la noche la había oído llorar, pero no había dicho nada, pues sabía que si hablaba también a él le brotarían las lágrimas. Pero aquello lo desveló y ya no pudo dormir durante horas. Así pues, se quedó despierto hasta que ella se durmió acurrucada en sus brazos, sin querer soltarla, como si intentase compensar el año que pasarían separados.

Ella le había doblado la ropa que había sacado de la secadora, y Paul cogió lo que necesitaba para ese día antes de guardar el resto en su equipaje. Después de ducharse y vestirse, se sentó en el borde de la cama, bolígrafo en mano, y plasmó sus pensamientos en un papel. Dejó la nota en su dormitorio, se llevó sus cosas abajo y las puso junto a la puerta principal. Adrienne estaba en la cocina, de pie ante los fogones, removiendo una sartén de huevos revueltos; a su lado, en la encimera, había una taza de café. Cuando se dio la vuelta, él vio que tenía los ojos enrojecidos.

—Hola —dijo Paul.

—Hola —respondió ella, volviéndose. Empezó a remover los huevos más deprisa, sin apartar los ojos de la sartén—. He imaginado que te gustaría comer algo antes de irte.

—Gracias —respondió.

—Traje un termo de mi casa cuando vine aquí, puedes llevártelo si quieres café caliente para el viaje.

—Gracias, pero no hace falta. Estaré bien.

Ella siguió removiendo los huevos.

—Si quieres un par de bocadillos también te los puedo preparar en un momento.

Paul se acercó más hacia ella.

—No tienes por qué hacerlo. Ya me compraré algo más tarde. Y, sinceramente, dudo que vaya a tener hambre.

Ella no parecía escucharle; él le puso las manos en la espalda y luego la oyó exhalar temblorosamente, como si intentase reprimir el llanto.

—Eh...

—Estoy bien —susurró ella.

—¿Estás segura?

Ella asintió mientras apartaba la sartén del fuego. Se enjugó los ojos, esquivando la mirada de Paul. Verla de ese modo le recordó su primer encuentro en el porche, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No podía creer que hubiera transcurrido menos de una semana desde entonces.

—Adrienne, no...

Entonces, ella levantó la mirada hacia él.

—¿No qué? ¿No estás triste? Tú te vas a Ecuador y yo tengo que volver a Rocky Mount. ¿Qué puedo hacer si no quiero que esto termine ahora?

—Yo tampoco quiero.

—Pues por eso estoy triste. Porque sé que tú tampoco quieres. —Vaciló, procurando controlar sus emociones—. Esta mañana, al despertarme, me he dicho que no volvería a llorar otra vez. Me he dicho que tenía que ser fuerte y estar contenta, para que tú me recordaras así. Pero entonces he oído la ducha y se me ha ocurrido que mañana, cuando me levante, tú no estarás aquí, y no he podido evitarlo. Pero estaré bien, de veras. Soy dura.

Lo dijo como si intentase convencerse a sí misma. Paul le cogió la mano.

—Adrienne..., anoche, después de que te durmieras, me puse a pensar que quizá podría quedarme un poco más. Ya no viene de un mes o dos, y así podríamos estar juntos...

Ella sacudió la cabeza, interrumpiéndolo.

—No —dijo—, no puedes hacerle eso a Mark. No después de lo que ha ocurrido entre vosotros. Y necesitas hacerlo, Paul. Este asunto lleva años consumiéndote; si no te vas ahora algo me dice que tal vez no te vayas nunca. Pasar más tiempo conmigo no hará que sea más fácil decirnos adiós cuando llegue el momento, y aunque nos preparásemos para tu próxima partida, también entonces lloraría. Además, no me lo perdonaría nunca si me interpusiera entre tu hijo y tú. —Una valerosa sonrisa se dibujó fugazmente en su rostro—. No puedes quedarte. Ambos sabemos que ya te estabas marchando antes de que nos conociéramos. Sé que es duro, pero ambos sabemos que es también lo correcto; así son las cosas cuando eres padre. A veces se tienen que hacer sacrificios, y éste es uno de ellos.

Él asintió con los labios apretados. Sabía que ella tenía razón, pero deseaba desesperadamente que no fuese así.

—¿Me prometes que me esperarás? —preguntó él finalmente, con la voz desgarrada.

—Por supuesto. Si pensara que te marchas para siempre, lloraría tanto que tendríamos que desayunar en un bote a remos.

A pesar de todo Paul se rió, y Adrienne se apoyó contra él. Ella lo besó antes de dejar que la abrazara. Él sintió el calor de su cuerpo y olió un tenue rastro de perfume. Le gustaba tanto tenerla entre sus brazos. Era una sensación perfecta.

—No sé cómo ni por qué ha ocurrido, pero creo que estaba escrito que yo debía venir aquí —dijo él—. Para conocerte. Durante años he echado de menos algo en mi vida, pero no sabía qué era. Y ahora lo sé.

Ella cerró los ojos.

—Yo también —susurró.

Él le besó el pelo y luego apoyó la mejilla en su cabeza.

—¿Me echarás de menos?

Adrienne se obligó a sonreír.

—Cada instante de mi vida.

Desayunaron juntos. Adrienne no tenía hambre, pero se obligó a comer algo y a sonreír de vez en cuando. Paul comió desganado y le llevó más tiempo del habitual terminarse el plato. Cuando hubieron terminado, llevaron las cosas al fregadero.

Eran casi las nueve y Paul la condujo hasta la puerta. Levantó su equipaje y se lo echó al hombro; Adrienne sostenía la bolsa de piel con sus billetes y su pasaporte, y se la entregó.

—Supongo que eso es todo —dijo él.

Adrienne apretó los labios. Al igual que los suyos, los ojos de Paul estaban enrojecidos por los bordes y además miraban el suelo, como si intentase ocultarlos.

—Ya sabes cómo localizarme en la clínica. No sé qué tal va el servicio de correos, pero las cartas tienen que llegarme. Mark siempre recibe todo lo que Martha le envía.

—Gracias.

Él agitó la bolsa de piel.

—Yo también tengo tu dirección. Te escribiré cuando llegue. Y te llamaré en cuanto tenga oportunidad.

—Bien.

Él quiso tocarle la mejilla y ella inclinó la cabeza contra su mano. Ambos sabían que no quedaba nada más que decir.

Adrienne le siguió afuera y bajaron los escalones; lo observó mientras dejaba el equipaje en el asiento trasero del coche. Después de cerrar la puerta, se la quedó mirando largo rato, incapaz de romper el vínculo y deseando una vez más no tener que marcharse. Finalmente fue hacia ella y la besó en las dos mejillas y en los labios. Luego la cogió entre sus brazos.

Ella cerró los ojos con fuerza. No se iba para siempre, se repitió. Estaban hechos el uno para el otro, tendrían todo el tiempo del mundo cuando él regresara. Envejecerían juntos. Además, ya había vivido sin él todos aquellos años; ¿qué significaba un año más?

Pero no era tan sencillo. Sabía que, si sus hijos fueran mayores, ella se habría marchado a Ecuador con él. Si el hijo de Paul no le necesitara, podría quedarse allí con Adrienne. Sus vidas tomaban rumbos diferentes por sus responsabilidades con los demás, y eso, de repente, le pareció cruelmente injusto. ¿Cómo era posible que se redujeran a eso sus posibilidades de ser felices?

Paul respiró hondo y finalmente se apartó. Apartó la mirada por un instante y luego volvió a dirigirla hacia ella, secándose las lágrimas de los ojos.

Ella le siguió por el lado del conductor y miró cómo entraba dentro. Con una débil sonrisa, él puso la llave en el contacto, la giró y pisó el pedal del gas. Ella

dio un paso atrás y él cerró la puerta; luego bajó la ventanilla.

—Un año —dijo—, y estaré de vuelta. Tienes mi palabra.

—Un año —respondió ella con un murmullo.

Él dibujó una triste sonrisa, dio marcha atrás y el coche empezó a alejarse. Ella lo observaba, y sintió una punzada de dolor cuando él la miró.

El coche giró al llegar a la carretera y él agitó la mano por última vez. Adrienne levantó la suya, mientras miraba cómo el coche se alejaba de Rodanthe y de su vida.

Se quedó ahí de pie a medida que el coche se iba empequeñeciendo en la distancia y el ruido del motor se diluía. Un instante después él se había ido, como si nunca hubiera estado allí.

La mañana era fresca y el cielo azul estaba salpicado de blanco. Una bandada de pájaros voló por encima de su cabeza; pensamientos púrpura y amarillos habían abierto sus pétalos al sol. Adrienne se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

En el interior del Inn, todo parecía igual que el día de su llegada. Nada estaba fuera de su sitio. El día anterior había limpiado la chimenea y había dejado nuevos leños apilados al lado; las mecedoras habían vuelto a su posición original. En el mostrador todo estaba en orden, con cada llave de vuelta a su sitio.

Pero el aroma persistía. El aroma de su desayuno juntos, el aroma de la loción para después del afeitado, el aroma de Paul, que ella aún sentía en sus manos y en su rostro y en su ropa.

Aquello era demasiado para Adrienne, y los sonidos del Inn de Rodanthe ya no eran como antes. Ya no había ecos de conversaciones, ni el sonido del agua bajando por las cañerías, ni el ritmo de unos pasos al dirigirse al dormitorio. Habían desaparecido el rugir de las olas y el tamborileo persistente de la tormenta, junto con el crepitar del fuego. En su lugar, el Inn ofrecía los sonidos de una mujer que sólo quería ser consolada por el hombre al que amaba, una mujer que no podía hacer más que llorar.

Capítulo 16

Rocky Mount, 2002

Adrienne había terminado su relato y tenía la garganta seca. A pesar de los alegres efectos del vaso de vino, le dolía la espalda por llevar tanto tiempo sentada en la misma posición. Cambió de postura y sintió cierto dolor que identificó como un principio de artritis. Al mencionárselo a su médico, éste la había hecho sentarse en la camilla de una estancia que olía a amoníaco. Le había levantado los brazos y le había pedido que doblase las rodillas; luego le había recetado algo que ella nunca se había molestado en tomar. Aún no era tan grave, se dijo a sí misma; además, tenía la teoría de que, cuando uno empezaba a tomar pastillas para un achaque, pronto las seguirían otras para cualquier cosa a las que estaba condenada la gente de su edad. Pronto llegarían con todos los colores del arco iris, unas para la mañana, otras para la noche, algunas con las comidas y otras sin ellas, y necesitaría hacerse un esquema y pegarlo en el armario de las medicinas para llevarlas al día. No valía la pena tomarse tantas molestias.

Amanda estaba sentada con la cabeza gacha. Adrienne la observaba, pues sabía que enseguida vendrían las preguntas. Eran inevitables, aunque esperaba que no vinieran inmediatamente. Necesitaba tiempo para ordenar las ideas y así poder terminar lo que había empezado.

Estaba contenta de que Amanda hubiera accedido a quedarse en su casa. Llevaba más de treinta años viviendo allí y lo consideraba su hogar, más incluso que el sitio donde había vivido de niña. Claro que algunas puertas estaban torcidas, la moqueta del vestíbulo estaba muy gastada y los colores de los azulejos del baño hacía años que habían pasado de moda; pero había algo reconfortante en el hecho de saber que encontraría la tienda de campaña en un rincón del desván o que la bomba de la calefacción haría saltar los fusibles la primera vez que se utilizara cada invierno. Aquel lugar tenía sus costumbres, igual que ella, y suponía que, a lo largo de los años, ambos se habían coordinado de forma que su vida fuese más predecible y, curiosamente, también más comfortable.

Lo mismo podía aplicarse a la cocina. En los dos últimos años tanto Matt como Dan se habían ofrecido para remodelarla, y en su cumpleaños lo habían dispuesto todo para que un operario fuese a echar un vistazo. Éste había toqueteado las puertas, había señalado con su destornillador las grietas de los rincones de la encimera, había encendido y apagado los interruptores y había silbado por lo bajo al ver los viejos fogones con que aún cocinaba. Al final le había recomendado que lo cambiase prácticamente todo; luego aventuró un presupuesto y una lista de referencias. Aunque Adrienne sabía que la intención de sus hijos era buena, les dijo que harían mejor guardándose el dinero para algo que necesitasen sus propias familias.

Además, esa vieja cocina le gustaba tal y como estaba. Si la actualizaba perdería su carácter, y le gustaban los recuerdos que atesoraba. Allí era, después de todo, donde habían pasado la mayor parte del tiempo, juntos como familia, antes y después de que se marchase Jack. Los chicos habían hecho sus deberes en la mesa donde ahora estaba sentada; durante años, el único teléfono de la casa había colgado de una de esas paredes, y todavía recordaba las ocasiones en que el cable se metía entre la puerta trasera y el marco cuando uno de los chicos se alejaba hasta el porche en busca de un poco de intimidad. En los soportes de las estanterías de la despensa estaban las marcas de lápiz que señalaban lo rápido que habían crecido los niños a lo largo de los años; no podía imaginar que alguien quisiera deshacerse de aquello por algo más nuevo y mejor, por muy moderno que fuese. A diferencia de la sala de estar, donde el televisor resonaba continuamente, o de los dormitorios, a los que cada uno se retiraba para estar a solas, la cocina era el único lugar al que todos iban para hablar y escuchar, para aprender y enseñar, para reír y para llorar. Éste era el sitio donde su hogar era lo que tenía que ser; éste era el sitio donde Adrienne siempre se había sentido más contenta.

Y era también el lugar donde Amanda sabría quién era su madre en realidad.

Adrienne terminó su vino y dejó el vaso a un lado. La lluvia ya había cesado, pero las gotas rezagadas en la ventana parecían modelar la luz de tal modo que el mundo exterior tenía un aspecto distinto, apenas reconocible. Esto no la sorprendió: a medida que se hacía mayor, se había dado cuenta de que, cuando pensaba en el pasado, todo a su alrededor parecía cambiar. Aquella noche, mientras contaba su historia, sintió como si los años transcurridos se hubiesen invertido, y aunque era una idea ridícula se preguntó si su hija habría notado en ella el surgir una nueva juventud.

No, pensó; seguramente no lo habría notado, pero eso era producto de la edad de Amanda. Para Amanda, tener sesenta años era tan extraño como ser un hombre, y en ocasiones Adrienne se preguntaba cuándo comprendería su hija que, en gran parte, las personas no eran tan diferentes. Jóvenes y viejos, hombres o mujeres, casi todo aquél a quien ella conocía deseaba las mismas cosas. Todos querían sentir la paz en su interior, querían una vida sin turbaciones, querían ser felices. La diferencia, pensó Adrienne, era que la mayor parte de los jóvenes parecían creer que aquellas cosas se encontraban en algún punto del futuro, mientras que la mayor parte de la gente mayor creía que radicaban en el pasado.

Eso también podía aplicársele a ella, al menos en parte, pero por muy maravilloso que hubiese sido el pasado se negaba a permanecer en él del modo en que lo hacían muchos de sus amigos. El pasado no era sólo un jardín de rosas soleado; el pasado también llevaba su ración de sufrimiento. Así se había sentido respecto a los efectos de Jack en su vida cuando llegó al Inn, y así se sentía ahora

respecto a Paul Flanner.

Esa noche lloraría, pero, tal como se había prometido día tras día desde que se marchó de Rodanthe, seguiría adelante. Era una superviviente, como le había dicho su padre muchas veces, y aunque le agradaba saberlo eso no borraba el dolor y el pesar.

En la actualidad intentaba centrarse en las cosas que le proporcionaban alegría. Le encantaba observar cómo sus nietos descubrían el mundo, le encantaba visitar a sus amistades y enterarse de lo que ocurría en sus vidas; incluso había llegado a disfrutar de los días que pasaba trabajando en la biblioteca.

No era un trabajo duro, ahora estaba en la sección de volúmenes especiales, cuyos libros no se podían sacar en préstamo; y como podían pasar horas sin que se la necesitase para algo, tenía la oportunidad de observar a la gente que entraba por la puerta de cristal del edificio. A lo largo de los años había desarrollado una verdadera afición a ello. Cuando la gente se sentaba a las mesas o en las sillas de aquellas silenciosas estancias, le resultaba imposible no imaginar sus vidas. Intentaba adivinar si una persona estaba casada o qué hacía para ganarse la vida, en qué parte de la ciudad vivía o qué libros le podían interesar, y a veces tenía la ocasión de averiguar si había acertado. La persona tal vez le pedía ayuda para encontrar un libro concreto y entonces ella entablaba una conversación amistosa. La mayoría de las veces resultaba que se había acercado bastante en sus suposiciones y se preguntaba cómo lo habría logrado.

Alguna vez alguien se había interesado por ella. Hacía años, aquellos hombres solían ser mayores que Adrienne; ahora tendían a ser más jóvenes, pero en cualquier caso el proceso era el mismo. Fuese quien fuese, empezaba sentándose un rato en su sección y luego hacía muchas preguntas, primero sobre libros y luego sobre temas generales, y finalmente sobre ella. No le importaba responder y, aunque nunca los había alentado, la mayoría de ellos finalmente le pedían una cita. Cuando eso ocurría siempre se sentía un poco halagada, pero en el fondo sabía que, por muy encantador que fuese el pretendiente, por mucho que disfrutase de su compañía, nunca sería capaz de abrirle su corazón del modo en que lo había hecho una vez.

Aquellos días en Rodanthe también la habían cambiado en otros aspectos. Estar con Paul había hecho que cicatrizasen sus sentimientos de pérdida y traición causados por el divorcio; aquellos días los había reemplazado por algo más fuerte y noble. Saber que ella merecía ser amada hacía que le resultara más fácil mantener la cabeza alta, y a medida que crecía su confianza fue capaz de hablar con Jack sin significados ocultos ni indirectas, sin las acusaciones y el dolor que su tono de voz había sido incapaz de esconder en el pasado. Ocurrió gradualmente; cuando él llamaba a los niños, los dos hablaban unos minutos antes de que ella les pasara el teléfono a sus hijos. Más tarde había empezado a

preguntarle por Linda o por el trabajo, o lo ponía al corriente de lo que había hecho recientemente. Poco a poco, Jack pareció darse cuenta de que ella ya no era la misma persona de antes. Sus encuentros se volvieron más amistosos con el transcurso de los meses y de los años, y a veces simplemente se llamaban el uno al otro para charlar. Cuando el matrimonio con Linda había empezado a desmoronarse, se pasaron horas al teléfono, a veces hasta muy avanzada la noche. Cuando Jack y Linda se divorciaron, Adrienne había estado allí para ayudarle a soportar el trago, y hasta le había dejado quedarse en el cuarto de invitados cuando iba a visitar a los niños. Ironías de la vida, Linda lo había dejado por otro hombre, y Adrienne recordaba aquella ocasión en que estuvo con Jack en el salón mientras él agitaba un vaso de *whisky*. Era pasada la medianoche y él llevaba varias horas dándole vueltas a lo que le estaba ocurriendo, cuando finalmente pareció darse cuenta de quién era la persona que le escuchaba.

—¿Fue igual de duro para ti? —preguntó.

—Sí —dijo Adrienne.

—¿Cuánto tiempo te llevó superarlo?

—Tres años —dijo ella—, pero tuve suerte.

Jack asintió. Apretó los labios y miró fijamente su vaso.

—Lo siento —dijo—. Lo más estúpido que he hecho en mi vida fue cruzar esa puerta.

Adrienne sonrió y le dio una palmadita en la rodilla.

—Lo sé. Pero gracias de todos modos.

Fue aproximadamente un año más tarde cuando Jack la llamó para salir a cenar. Al igual que había hecho con todos los demás, ella le respondió educadamente que no.

Adrienne se levantó y fue a la encimera para coger la caja que antes había traído de su dormitorio; luego volvió a la mesa. Para entonces, Amanda la observaba con una fascinación casi cautelosa. Adrienne sonrió y cogió la mano de su hija.

Al hacerlo, vio que en algún momento a lo largo de las dos últimas horas Amanda había comprendido que no sabía tantas cosas de su madre como creía. Adrienne pensó que se estaban intercambiando los papeles. Amanda tenía la misma expresión en la mirada que algunas veces se le había puesto a Adrienne en el pasado, cuando los chicos se reunían en vacaciones y se reían de algunas de las cosas que habían hecho tiempo atrás. Hacía sólo un par de años que se había enterado de que Matt solía escabullirse de su habitación para salir por la noche con sus amigos, o de que Amanda había empezado y dejado de fumar en el instituto, o de que fue Dan quien causó el pequeño incendio en el garaje que habían achacado a un cortocircuito. Ella se había reído y al mismo tiempo se había sentido ingenua, y se preguntaba si era eso lo que ahora le ocurría a Amanda.

En la pared, el reloj emitía un tictac uniforme y regular. La bomba de la calefacción se puso en marcha de golpe. Al mismo tiempo, Amanda suspiró.

—Vaya historia —dijo.

Al hablar, toqueteaba su vaso de vino con la mano que tenía libre, haciéndolo girar en círculos. El líquido capturaba la luz y la hacía titilar.

—¿Lo saben Matt y Dan? Quiero decir, ¿se lo has contado a ellos?

—No.

—¿Por qué?

—No estoy segura de que necesiten saberlo. —Adrienne sonrió—. Y además, no sé si lo entenderían, por mucho que les explicase. Son hombres, para empezar, y son bastante protectores..., no quiero que piensen que Paul simplemente se estaba aprovechando de una mujer solitaria. A veces los hombres son así; si conocen a alguien y se enamoran, es auténtico, por muy deprisa que ocurra. Pero si alguien se enamora de una mujer que resulta que les importa, no hacen más que cuestionar las intenciones de ese hombre. Sinceramente, no sé si se lo contaré algún día.

Amanda asintió antes de preguntar:

—¿Y por qué me lo cuentas a mí, mamá?

—Porque he pensado que necesitabas oírlo.

Con aire distraído, Amanda empezó a enroscarse un mechón de pelo. Adrienne se preguntó si esa costumbre era genética o si la habría adquirido observando a su madre.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Por qué no nos hablaste de él? Nunca mencionaste nada de eso.

—No podía.

—¿Por qué no?

Adrienne se recostó en su silla y respiró hondo.

—Supongo que al principio temía que no fuese auténtico. Sé que nos amábamos, pero la distancia puede causar extraños efectos en la gente, y antes de decidirme a contártelo quería asegurarme de que duraría. Más tarde, cuando empecé a recibir sus cartas y supe que era algo real... No lo sé..., me pareció que faltaba tanto tiempo hasta que pudierais conocerle que no le vi el sentido...

Se calló antes de elegir con cuidado las siguientes palabras.

—También tienes que pensar que no sois las mismas personas ahora que entonces. Tú tenías diecisiete años, Dan sólo quince y yo no sabía si ninguno de vosotros estaba preparado para oír una cosa así. Es decir, ¿cómo os habríais sentido si al volver de casa de vuestro padre os hubiera dicho que me había enamorado de alguien a quien acababa de conocer?

—Lo habríamos podido soportar.

Adrienne era escéptica al respecto, pero en lugar de discutir con Amanda se

encogió de hombros.

—Quién sabe, puede que tengas razón. Puede que hubierais sido capaces de aceptar una cosa así, pero en aquel entonces no quise correr el riesgo. Y si tuviese que volver a pasar por ello, seguramente actuaría igual.

Amanda se agitó en su asiento. Al cabo de un momento miró a su madre a los ojos.

—¿Estás segura de que te quería?—preguntó.

—Sí—dijo ella.

Bajo la tenue luz, los ojos de Amanda eran de un azul verdoso. Sonrió discretamente, como si intentase señalar algo evidente sin herir a su madre.

Adrienne sabía cuál iba a ser la próxima pregunta. Lógicamente, era lo único que quedaba por preguntar.

Amanda se inclinó hacia delante con una mirada de preocupación.

—Entonces, ¿dónde está?

En los trece años transcurridos desde que había visto a Paul Flanner por última vez, Adrienne había viajado a Rodanthe en cinco ocasiones. La primera fue durante el mes de junio del mismo año. A pesar de que la arena parecía más blanca y el océano se fundía con el cielo en el horizonte, el resto de sus visitas tuvieron lugar en los meses invernales, cuando el mundo era frío y gris, pues sabía que sería mucho más evocador.

La mañana que Paul se marchó, Adrienne vagó por la casa, incapaz de permanecer en un mismo lugar. Moverse parecía el único modo de mantener a raya los sentimientos. A última hora de la tarde, cuando el crepúsculo empezaba a vestir el cielo de pálidas sombras rojas y anaranjadas, salió afuera y contempló los colores, intentando encontrar el avión en el que Paul viajaba. Las posibilidades de verlo eran infinitesimales, pero se quedó allí de todos modos, con un frío que se hacía más y más intenso a medida que se adentraba en la noche. Entre las nubes vio esporádicamente algunos aparatos, pero la lógica le decía que eran aviones procedentes de la base naval de Norfolk. Cuando volvió adentro tenía las manos entumecidas y fue al fregadero a echarse agua caliente del grifo, hasta sentir cómo le ardían. Aunque sabía que él se había marchado, puso la mesa para dos.

Una parte de ella esperaba que volviese. Mientras cenaba se lo imaginó entrando por la puerta y dejando su equipaje; explicándole que no podía irse sin pasar otra noche con ella. Se marcharían al día siguiente, o al otro, y seguirían la carretera hacia el norte hasta que ella tuviera que regresar a su casa.

Pero no ocurrió así. La puerta no se abrió y el teléfono no sonó. Por mucho que Adrienne anhelara su presencia, sabía que había hecho bien impulsándole a seguir su camino. Un día más no haría más fácil la separación; otra noche juntos sólo significaría que tendrían que decirse adiós de nuevo, y ya había sido lo bastante duro la primera vez. No podía imaginar tener que pronunciar esas

palabras en una segunda ocasión, ni podía imaginar tener que vivir otro día como el que acababa de pasar.

A la mañana siguiente se puso a limpiar el Inn, moviéndose sin parar y concentrándose en la rutina. Lavó los platos y se aseguró de que todo quedase bien seco y guardado. Pasó la aspiradora por las alfombras, barrió la arena de la cocina y de la entrada, quitó el polvo de la balaustrada y de las lámparas de la sala de estar; luego arregló la habitación de Jean hasta que se convenció de que estaba igual que cuando había llegado.

Más tarde, después de llevar arriba su maleta, abrió la puerta de la habitación azul.

No había entrado en ella desde la mañana anterior. El sol de la tarde se proyectaba sobre las paredes. Él había arreglado la cama antes de bajar, pero al parecer había deducido que no tenía que hacerla del todo. Había bultos bajo el edredón, allí donde la manta se había arrugado, y las sábanas asomaban en algunos puntos, casi rozando el suelo. En el cuarto de baño, una toalla colgaba de la barra de la cortina y otras dos estaban dentro del lavamanos.

Se quedó inmóvil, asimilándolo todo, antes de exhalar el aire y dejar su maleta en el suelo. Al hacerlo, vio la nota que Paul le había escrito y que descansaba en el escritorio. La cogió y, despacio, se sentó en el borde de la cama. En el silencio del dormitorio donde se habían amado, leyó lo que él había dejado plasmado la mañana anterior.

Al terminar, Adrienne bajó la nota y se quedó sentada, sin moverse, pensando en él mientras la escribía. Luego, después de doblarla con cuidado, la guardó en su maleta al lado de la concha.

Cuando Jean llegó pocas horas después, Adrienne estaba apoyada en la verja del porche trasero, con la mirada fija en el cielo. Jean era la de siempre, desbordante de entusiasmo, contenta de ver a Adrienne y feliz de estar otra vez en casa; hablaba sin cesar de la boda y del viejo hotel de Savannah donde se había hospedado. Adrienne dejó que Jean contara sus historias sin interrumpirla, y después de la cena le dijo a su amiga que quería dar un paseo por la playa. Afortunadamente, Jean no se lo tomó como una invitación para que la acompañara.

Cuando volvió, Jean estaba en su habitación deshaciendo el equipaje; Adrienne se sirvió una taza de té caliente y se sentó junto a la chimenea. Cuando se estaba meciendo, oyó que Jean entraba en la cocina.

—¿Dónde estás?—gritó.

—Aquí—contestó Adrienne.

Un instante después, Jean salió de una esquina.

—¿He oído el silbato de la tetera?

—Acabo de servirme una taza.

—¿Desde cuándo bebes té?

Adrienne se rió un poco, pero no contestó. Jean se instaló a su lado, en la otra mecedora. En el exterior, la luna se estaba elevando, fuerte y brillante, y hacía resplandecer la arena con el color de las ollas y los cazos antiguos.

—Llevas toda la noche muy callada —dijo Jean.

—Lo siento. —Adrienne se encogió de hombros—. Estoy un poco cansada. Creo que ya tengo ganas de irme a casa.

—No me extraña. Yo he empezado a contar los kilómetros en cuanto he salido de Savannah, pero al menos no había mucho tráfico. Ya sabes, temporada baja.

Adrienne asintió.

Jean se recostó en su asiento.

—¿Cómo te ha ido con Paul Flanner? Espero que la tormenta no haya echado a perder su estancia.

Al oír ese nombre, a Adrienne se le hizo un nudo en la garganta, aunque procuró aparentar tranquilidad.

—No creo que la tormenta lo haya preocupado mucho —dijo.

—Háblame de él. Por su voz, me dio la impresión de que era bastante estirado.

—No, qué va. Era... agradable.

—¿Se te ha hecho raro estar a solas con él?

—No, una vez me acostumbré ya no.

Jean esperó a ver si Adrienne añadía algo más, pero no lo hizo.

—Bueno, en fin... —continuó Jean—. ¿Y no has tenido problemas para proteger la casa?

—No.

—Me alegro. Te agradezco que hayas hecho esto por mí. Sé que esperabas un fin de semana tranquilo, pero supongo que el destino no estaba de tu parte, ¿eh?

—Supongo que no.

Quizá fuese el modo en que lo dijo lo que atrajo la mirada de Jean, que la observó con expresión curiosa. De repente, necesitada de espacio, Adrienne se terminó el té.

—Odio hacerte esto, Jean —dijo, haciendo lo posible para que su voz sonara natural—, pero creo que ya tengo bastante por hoy. Estoy cansada y mañana me espera un largo camino. Me alegro de que te lo hayas pasado bien en la boda.

Jean levantó las cejas ligeramente ante el abrupto fin que su amiga puso a la velada.

—Oh... vaya, gracias —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Adrienne sintió sobre ella la mirada suspicaz de Jean, incluso mientras subía las escaleras. Después de abrir la puerta de la habitación azul, se quitó la ropa y se metió en la cama, desnuda y sola.

Sentía el olor de Paul en la almohada, en las sábanas y distraídamente siguió

la curva de sus senos mientras se sumergía en aquel aroma, combatiendo el sueño hasta que ya no pudo más. Cuando se levantó a la mañana siguiente, preparó una cafetera y dio otro paseo por la playa.

En la media hora que pasó allí, vio a otras dos parejas. Un frente de aire cálido había elevado la temperatura de la isla, y sabía que a lo largo del día vendría aún más gente a la orilla.

Paul ya habría llegado a la clínica; se preguntó cómo sería. Se había formado una imagen mental, sacada de algo que habría visto en los documentales de televisión: una serie de edificios desordenados rodeados de una jungla invasora, un camino con curvas lleno de surcos, pájaros exóticos cantando de fondo...; pero no creía que fuese una idea muy acertada. Se preguntaba si ya habría hablado con Mark y cómo habría ido el encuentro, y si Paul, al igual que ella, seguía reviviendo aquel fin de semana en su memoria.

La cocina estaba vacía cuando volvió. Vio que el azucarero estaba destapado junto a la cafetera, con una taza vacía al lado. Arriba, oyó el débil sonido de un canturreo.

Adrienne siguió aquella voz y, al llegar al segundo piso, vio que la puerta de la habitación azul estaba entornada. Se acercó un poco, abrió la puerta ligeramente y vio a Jean inclinada, metiendo debajo del colchón la última esquina de una sábana limpia. El lino que los había arropado a ella y a Paul estaba hecho un bulto y tirado en el suelo.

Adrienne se quedó mirando las sábanas, consciente de que era ridículo entristecerse, pero dándose cuenta al mismo tiempo de que pasaría al menos un año antes de que pudiese volver a oler a Paul Flanner. Respiró de forma irregular, intentando contener el llanto.

Jean se volvió, sorprendida ante el ruido y con los ojos abiertos de par en par.
—¿Adrienne? —preguntó—. ¿Estás bien?

Sin embargo, Adrienne no pudo responder. Sólo pudo cubrirse el rostro con las manos, consciente de que, a partir de aquel momento, marcaría en el calendario los días que faltaban para el regreso de Paul.

—Paul —le contestó Adrienne a su hija— está en Ecuador.

Se dio cuenta de que su voz sonaba sorprendentemente firme.

—Ecuador —repitió Amanda. Tamborileó con los dedos sobre la mesa al levantar la mirada hacia su madre—. ¿Por qué no volvió?

—No pudo.

—¿Por qué no?

En lugar de responder, Adrienne levantó la tapa de la caja de cartón. De su interior sacó una hoja de papel que a Amanda le pareció arrancada de un cuaderno de escuela. Estaba doblada y amarillenta por el tiempo. Amanda vio el nombre de su madre escrito delante.

—Antes de que te lo explique —continuó Adrienne—, quiero responder a tu

otra pregunta.

—¿Cuál?

Adrienne sonrió.

—Me has preguntado si estaba segura de que Paul me amaba. —Le pasó la hoja a su hija por encima de la mesa—. Ésta es la nota que me escribió el día en que se fue.

Amanda vaciló antes de cogerla y luego la desdobló despacio. Con su madre sentada enfrente, comenzó a leer:

Querida Adrienne:

No estabas a mi lado cuando me he despertado, y aunque comprendo por qué te has ido desearía que no lo hubieras hecho. Sé que es egoísta por mi parte, pero supongo que es uno de los rasgos que permanecen en mí, el más constante en mi vida.

Cuando leas esto ya me habré ido. Una vez lo haya terminado de escribir, bajaré las escaleras y te pediré si puedo quedarme un poco más, pero no me hago ilusiones respecto a tu respuesta.

Esto no es un adiós, y no quiero que pienses, ni por un momento, que éste es el motivo de mi carta. Me plantearé este próximo año como la oportunidad de conocerte aún mejor que ahora. He oído historias de gente que se enamoraba a través de las cartas, y aunque nosotros ya lo hemos hecho, eso no significa que nuestro amor no pueda crecer aún más, ¿no te parece? Me gustaría pensar que es posible, y si tú también quieres averiguarlo, esa certeza es lo único que me ayudará a pasar todo un año sin ti.

Si cierro los ojos, te veo caminando por la playa la primera noche que pasamos juntos. Con los relámpagos reflejándose en tu rostro, eras de una belleza infinita, y creo que en parte ése es el motivo de que pudiese abrirme a ti como no lo había hecho con nadie. Pero no fue sólo tu belleza lo que me conmovió. Fue todo en ti: tu valentía y tu pasión, y el sabio sentido común con el que entiendes el mundo. Creo que intuí esas cosas en ti la primera vez que tomamos café; en cualquier caso, cuanto más te conocía más me daba cuenta de lo mucho que echaba de menos esas cualidades en mi propia vida. Eres un increíble hallazgo, Adrienne, y yo soy un hombre afortunado por haber tenido la oportunidad de llegar a conocerte.

Espero que estés bien. Mientras escribo esta carta, sé que yo no lo estoy. Despedirme hoy de ti será lo más duro que haya tenido que hacer nunca, y cuando regrese puedo jurar con toda sinceridad que no volveré a marcharme. Te quiero por todo lo que ya hemos compartido, y te quiero anticipadamente por todo lo que está porvenir. Eres lo mejor que me ha ocurrido nunca. Ya te estoy echando de menos, pero en lo más hondo de mi corazón tengo la seguridad de que siempre estarás conmigo. En estos pocos días que he pasado contigo, te has convertido en

mi sueño.

Paul

El año que siguió a la partida de Paul fue distinto a todos los años de la vida de Adrienne. Aparentemente todo iba como de costumbre. Ejercía un papel activo en la vida de sus hijos, visitaba cada día a su padre y trabajaba en la biblioteca como siempre había hecho. Pero en su interior bullía un nuevo entusiasmo, alimentado por el secreto que atesoraba, y a la gente que la rodeaba no le pasó desapercibido su cambio de actitud. Sonreía más a menudo, comentaban a veces. Hasta sus hijos notaron que de vez en cuando salía a pasear después de la cena o se pasaba una hora en la bañera, ignorando el tumulto de su alrededor.

En aquellos momentos siempre pensaba en Paul; sin embargo, cuando su imagen se hacía más real era cuando veía subir la camioneta del cartero por su calle, deteniéndose y arrancando otra vez con cada entrega.

El correo solía llegar entre las diez y las once de la mañana; Adrienne se quedaba junto a la ventana, observando cómo el camión aminoraba la marcha al llegar ante su casa. Cuando ya se había ido, iba hasta el buzón y revolvía los papeles en busca de las señales inequívocas de sus cartas: los sobres de color marrón que él utilizaba, los sellos que describían un mundo desconocido para ella y su nombre plasmado en la esquina superior izquierda.

Cuando llegó su primera carta la leyó en el porche de atrás. Tan pronto como la terminó, la volvió a leer desde el principio, aunque más despacio, deteniéndose y recreándose en sus palabras. Hizo lo mismo con cada una de las cartas que fueron llegando después, y cuando comenzaron a llegar con regularidad comprendió que el mensaje de la nota de Paul era cierto. Aunque no era tan gratificante como verlo o sentirse estrechada entre sus brazos, de algún modo la pasión de aquellas palabras hacía que la distancia que los separaba pareciese mucho más pequeña.

Le encantaba imaginárselo escribiendo aquellas cartas. Lo veía sentado en un escritorio destartado, con una simple bombilla iluminando la concentrada expresión de su rostro. Se preguntaba si escribiría deprisa, con un flujo ininterrumpido de palabras, o si se detendría de vez en cuando para dejar vagar la mirada, ordenando sus pensamientos. A veces tomaba forma una imagen determinada que, con la siguiente carta, podía variar en función de lo que le hubiera escrito; Adrienne cerraba los ojos mientras la sostenía, intentando adivinar su estado de ánimo.

Ella también le escribía, respondiendo a las preguntas que le hacía él y explicándole las cosas que ocurrían en su vida. En esas ocasiones casi podía verlo a su lado; si la brisa agitaba sus cabellos, era como si Paul la acariciase suavemente; si oía el débil tictac de un reloj, era el latido del corazón de Paul cuando ella apoyaba la cabeza sobre su pecho. Cuando dejaba la pluma, sus

pensamientos regresaban a sus últimos instantes juntos, cuando se abrazaron en el camino de grava y él le rozó los labios con delicadeza, como si le prometiera que sólo estarían separados un año y, después, pasarían toda una vida juntos.

Paul también llamaba algunas veces, cuando tenía la oportunidad de ir a la ciudad; escuchar la ternura de su voz siempre le provocaba un nudo en la garganta. Lo mismo ocurría con el sonido de su risa o su tono doliente al decirle que la echaba de menos. Llamaba durante el día, cuando los chicos estaban en la escuela, y cada vez que sonaba el timbre del teléfono Adrienne se detenía antes de contestar, con la esperanza de que fuese Paul. Las conversaciones no eran muy largas: normalmente no duraban más de veinte minutos; pero unidas a las cartas bastaban para pasar unos meses.

En la biblioteca empezó a fotocopiar páginas de toda una serie de libros que hablaban sobre Ecuador, desde su geografía a su historia, o cualquier otra cosa que llamase su atención. Una vez, cuando una revista de viajes publicó un especial sobre la cultura ecuatoriana, la compró y se sentó durante horas observando las fotografías y prácticamente memorizó todo el artículo, procurando aprender cuanto podía sobre el pueblo con el que él trabajaba. En ocasiones, sin quererlo, se preguntaba si alguna de las mujeres que había allí lo habría mirado alguna vez con el mismo deseo que ella sentía.

También escaneó microfichas de páginas de periódicos o publicaciones médicas, buscando información de la vida de Paul en Raleigh. Sentía curiosidad, aunque nunca le mencionó que lo hacía; como a menudo decía él en sus cartas, se trataba de una persona que no quería volver a ser nunca. Encontró un artículo publicado en *The Wall Street Journal* con una foto suya en la cabecera. El texto decía que tenía treinta y ocho años. Al mirar aquel rostro vio por primera vez el aspecto que Paul tenía cuando era mucho más joven. Aunque le reconoció de inmediato, algunas diferencias llamaron su atención y le resultaron desconocidas: el cabello, más oscuro, estaba peinado a un lado, no tenía arrugas en la cara y su expresión era demasiado seria, casi dura. Se preguntó qué pensaría él, ahora, del artículo; si le importaría en lo más mínimo.

También encontró algunas fotografías suyas en viejos ejemplares del *News and Observer* de Raleigh, donde aparecía con el gobernador o asistiendo a la inauguración de la nueva ala del hospital Duke Medical Center. Se dio cuenta de que no parecía sonreír en ninguna fotografía. Se trataba de un Paul diferente, al que ni siquiera podía concebir.

En marzo, sin ningún motivo concreto, Paul se las arregló para mandarle rosas a casa y a partir de entonces llegaron todos los meses. Ella dejaba los ramos en su habitación, suponiendo que finalmente los chicos se darían cuenta y dirían algo al respecto; pero estaban tan inmersos en su propio mundo que nunca lo hicieron.

En junio volvió a Rodanthe para pasar un fin de semana largo con Jean. Ésta

parecía tensa cuando ella llegó, como si aún intentara imaginarse lo que había trastornado a Adrienne la última vez que había estado allí, pero después de hablar tranquilamente durante una hora Jean volvió a ser la de siempre. Adrienne paseó varias veces por la playa aquel fin de semana en busca de otra concha, pero no encontró ninguna que no hubieran roto las olas.

Cuando regresó a casa, había una carta de Paul con una fotografía que Mark le había hecho. Al fondo se veía la clínica y, aunque Paul estaba más delgado que hacía seis meses, se le veía sano. Adrienne apoyó la foto en el salero y el pimentero mientras le escribía una respuesta. En su carta él le pedía una fotografía suya, y ella buscó en sus álbumes hasta encontrar una que le apeteciera regalarle.

El verano fue húmedo y caluroso y la mayor parte de julio lo pasó dentro de casa, con el aire acondicionado en marcha; en agosto, Matt se fue a la universidad y Amanda y Dan volvieron al instituto. A medida que las hojas de los árboles se volvían de color ámbar bajo el delicado sol del otoño, Adrienne empezó a pensar en las cosas que Paul y ella podrían hacer juntos a su regreso. Se imaginaba que iban a Biltmore Estate, en Asheville, para ver las decoraciones de las fiestas; se preguntaba qué pensarían de él los chicos cuando viniera a cenar en Navidad o qué haría Jean cuando reservaran una habitación en el Inn a nombre de los dos, justo después de Año Nuevo. Seguro, pensaba Adrienne con una sonrisa, que Jean levantaría una ceja. Conociéndola, al principio no diría nada y optaría por pasearse con cara de suficiencia, dando a entender que ella y lo sabía desde el principio y que esperaba su visita.

Ahora, sentada al lado de su hija, Adrienne recordaba todos aquellos planes y pensaba que, en determinados momentos del pasado, casi había creído que realmente se cumplirían. Solía imaginarse los escenarios con todo detalle, pero últimamente se había obligado a no hacerlo. El dolor que siempre seguía al placer de aquellas fantasías la dejaba con una sensación de vacío, y sabía que era mejor invertir su tiempo en aquellos que tenía a su alrededor, aquellos que todavía formaban parte de su vida. No quería volver a experimentar nunca la tristeza que comportaban aquellos sueños. Sin embargo, algunas veces, a pesar de sus mejores intenciones, sencillamente, no podía evitarlo.

—Caray —murmuró Amanda al terminar de leer la nota y entregársela otra vez a su madre.

Adrienne la dobló en sus pliegues originales, la dejó a un lado y sacó la fotografía de Paul que le había hecho Mark

—Éste es Paul —dijo.

Amanda cogió la foto. A pesar de su edad, era más guapo de lo que había imaginado. Se quedó mirando aquellos ojos que, al parecer, tanto habían cautivado a su madre. Un instante después, sonrió.

—Ya entiendo por qué te gustó. ¿Tienes más?

—No —dijo—, es la única.

Amanda asintió, observando otra vez la imagen.

—Lo has descrito muy bien. —Vaciló—. ¿Mandó alguna foto de Mark?

—No, pero se parecen mucho —dijo Adrienne.

—¿Lo conociste?

—Sí —contestó.

—¿Dónde?

—Aquí.

Amanda levantó las cejas.

—¿En casa?

—Se sentó dónde estás tú ahora.

—¿Dónde estábamos nosotros?

—En la escuela.

Amanda sacudió la cabeza, intentando procesar esta nueva información.

—Esta historia se está volviendo muy confusa —dijo.

Adrienne miró a lo lejos y luego se levantó lentamente de la mesa. Mientras salía de la cocina, murmuró.

—Para mí también lo era.

Hacia octubre, el padre de Adrienne se había recuperado un poco de sus anteriores ataques, aunque no lo suficiente como para abandonar la residencia. A lo largo de todo el año Adrienne le había dedicado su tiempo, como siempre, haciéndole compañía y procurando que estuviese lo más a gusto posible.

Mediante una cuidadosa administración, consiguió ahorrar el dinero suficiente para mantenerle en la residencia de ancianos hasta abril, pero después de eso se encontraría sin saber qué hacer. Como las golondrinas a Capistrano, esta preocupación siempre regresaba a su cabeza, aunque hacía cuanto podía por ocultarle a él sus miedos.

La mayoría de las veces, cuando llegaba, el televisor estaba a todo volumen, como si las enfermeras de la mañana creyeran que el ruido podía disipar de algún modo la niebla de su mente. Lo primero que hacía Adrienne era apagarla. Aparte de las enfermeras, era la única visita que su padre recibía con regularidad. Aunque comprendía que sus hijos se resistieran a ir, de todos modos le habría gustado que lo hicieran. Siempre había pensado que era importante pasar tiempo con la familia tanto en las buenas épocas como en las malas, pues siempre había algo que aprender.

Su padre había perdido la capacidad de hablar, pero ella sabía que comprendía a quienes le hablaban. Con la parte derecha de la cara paralizada, tenía una sonrisa torcida que ella encontraba muy simpática. Se requería paciencia y madurez para no hacer caso del aspecto exterior y ver al hombre que había sido antes; y aunque sus hijos la habían sorprendido a veces demostrando poseer esas cualidades, normalmente se incomodaban cuando los

llevaba a visitar a su abuelo. Era como si, al mirarlo, viesen un futuro al que no podían imaginar enfrentarse y les asustara la idea de que también ellos podían acabar de aquel modo.

Ella le ahuecaba las almohadas antes de sentarse en la cama, luego le cogía una mano y hablaba. La mayoría de las veces le ponía al día sobre los acontecimientos recientes, o sobre la familia, o sobre cómo les iba a los chicos; él la miraba sin apartar los ojos de su cara, comunicándose en silencio del único modo que podía. Sentada a su lado, ella recordaba inevitablemente su infancia: el aroma a Aqua Velva de su padre, cómo echaban heno en el establo, el roce de su barba cuando ella le daba un beso de buenas noches, las tiernas palabras que le decía siempre desde que era pequeña...

La víspera de Halloween fue a visitarlo, consciente de lo que tenía que hacer y pensando que ya era hora de que él lo supiera.

—Tengo que contarte algo —comenzó.

Luego, con la mayor sencillez posible, le habló de Paul y de cuánto significaba para ella.

Cuando hubo terminado, se preguntó qué pensaría su padre de lo que acababa de contarle. Su cabello blanco era cada vez más escaso y sus cejas parecían bolas de algodón.

Entonces dibujó su sonrisa torcida y, aunque no emitió ningún sonido, movió los labios y ella supo lo que intentaba decir.

A Adrienne se le hizo un nudo en la garganta, se inclinó sobre la cama y apoyó la cabeza en su pecho. Él posó su reconfortante mano en la espalda de su hija y la movió débilmente, suave y ligera. Debajo de ella, Adrienne podía sentir las costillas de su padre, ya frágiles y quebradizas, y el delicado latido de su corazón.

—Oh, papá —susurró—, y o también estoy orgullosa de ti.

En la sala de estar, Adrienne fue a la ventana y descorrió las cortinas. La calle estaba vacía y alrededor de cada farola brillaba un halo de luz. En algún lugar, a lo lejos, un perro ladró para eptar a un intruso, real o imaginario.

Amanda estaba aún en la cocina, pero su madre sabía que acabaría por ir a su lado. Había sido una larga noche para ambas. Adrienne apoyó un dedo en el cristal.

¿Qué habían sido ella y Paul? ¿Qué habían representado el uno para el otro? Ni siquiera entonces estaba segura. No había una forma sencilla de definirlo. No había sido su esposo ni su prometido; llamarle novio hacía que pareciese un capricho adolescente; y el calificativo de amante abarcaba tan sólo una pequeña parte de lo que habían compartido. Él era la única persona, pensó, que parecía eludir cualquier definición. Se preguntó cuánta gente podría decir lo mismo sobre alguien que formara parte de su vida.

Sobre su cabeza, el círculo de la luna estaba rodeado de nubes de color añil

que avanzaban hacia el este con la brisa. Para la mañana siguiente estaría lloviendo en la costa; Adrienne se convenció de que había hecho bien al no enseñarle las demás cartas a Amanda. ¿Qué habría sabido leyéndolas? ¿Tal vez los detalles de la vida de Paul en la clínica y de los días que pasó allí? ¿O cómo había evolucionado su relación con Mark? Todo ello estaba claramente expuesto en las cartas, al igual que sus pensamientos, sus esperanzas y sus miedos; pero no era necesario que las leyera para lo que ella esperaba transmitirle a Amanda. Las cosas que había apartado serían suficientes.

Sin embargo, sabía que, cuando Amanda se hubiera ido, ella volvería a leer todas esas cartas, aunque sólo fuese por lo que había hecho esa noche. Bajo la luz anaranjada de la lámpara de su mesita, recorrería las palabras con los dedos, saboreándolas una por una, pues para ella tenían más valor que cualquier otra de sus posesiones.

Esa noche, a pesar de la presencia de su hija, Adrienne estaba sola. Siempre lo estaría. Lo supo hacía un rato, en la cocina, cuando relataba su historia; y lo sabía ahora, de pie junto a la ventana. A veces se preguntaba en quién se habría convertido si Paul no hubiese entrado en su vida. Tal vez se hubiera casado otra vez y, aunque sospechaba que habría sido una buena esposa, a menudo se preguntaba si hubiera escogido a un buen marido.

No habría sido fácil. Algunas de sus amigas viudas o divorciadas se habían vuelto a casar. La mayoría de los caballeros con quienes lo habían hecho parecían bastante agradables, pero no tenían nada que ver con Paul. Con Jack, tal vez, pero no con Paul. Ella creía que el romance y la pasión eran posibles a cualquier edad, pero había escuchado a suficientes amigas suyas como para saber que muchas relaciones acababan representando más molestias de las que valían la pena. Adrienne no quería estabilizarse con un marido como los que tenían sus amigas, no cuando tenía unas cartas que le recordaban lo que se estaría perdiendo. ¿Un nuevo marido susurraría, por ejemplo, las palabras que Paul había escrito en su tercera carta, palabras que ella había memorizado desde el primer día que las leyó?

Al dormirme sueño contigo, y cuando despierto desearía tenerte entre mis brazos. Al menos, este tiempo separados me ha hecho estar más seguro de que quiero pasar todas mis noches a tu lado, y todos los días en tu corazón.

¿O estas otras, de su última carta?

Cuando te escribo siento tu aliento, e imagino que cuando lees mis palabras, tú sientes el mío. ¿Te ocurre lo mismo a ti? Estas cartas son una parte de nosotros, una parte de nuestra historia, un recuerdo perenne de hasta dónde hemos llegado. Gracias por ayudarme a sobrevivir este año, pero sobre todo gracias por adelantado por todos los años que están por venir.

O incluso éstas, después de que él y Mark discutieran a finales de verano, cosa que inevitablemente lo deprimió.

Hay muchas cosas que deseo estos días, pero por encima de todo desearía que estuvieras aquí. Es extraño, pero no puedo recordar la última vez que lloré antes de conocerte. Ahora, en cambio, las lágrimas surgen con facilidad..., pero tú sabes cómo hacerme ver que mi tristeza vale la pena, y explicas las cosas de tal forma que mitigas mi dolor. Eres un tesoro, un regalo, y cuando volvamos a estar juntos pienso abrazarte hasta que se me agoten los brazos y ya no pueda más. A veces, pensar en ti es lo único que me impulsa a seguir adelante.

Contemplando la luz lejana de la luna, Adrienne supo la respuesta. No, pensó: nunca volvería a encontrar a un hombre como Paul. Mientras apoyaba la cabeza en el frío cristal sintió la presencia de Amanda detrás de ella. Adrienne suspiró, pues sabía que había llegado el momento de poner el punto final.

—Iba a venir en Navidad —dijo Adrienne, con una voz tan suave que Amanda tuvo que esforzarse para oírla—. Yo ya lo había dispuesto todo. Había reservado una habitación de hotel —dijo—, para poder estar juntos la noche de su regreso. Incluso compré una botella de pinot grigio. —Hizo una pausa—. En la mesa hay una carta de Mark que lo explica todo.

—¿Qué ocurrió?

En la oscuridad, finalmente Adrienne se dio la vuelta. Su rostro estaba medio cubierto por las sombras y, ante la expresión de su madre, Amanda se estremeció.

Adrienne necesitó un momento para responder, mientras las palabras flotaban en la oscuridad.

—¿No lo sabes? —murmuró.

Capítulo 17

Amanda vio que la carta estaba escrita en el mismo papel de libreta que había utilizado Paul para escribir su nota. Al ver que le temblaban un poco las manos, Amanda las colocó extendidas sobre la mesa.

Luego, con un hondo suspiro, bajó la mirada.

Querida Adrienne:

Ahora que me he sentado, me doy cuenta de que ni siquiera sé cómo tengo que empezar una carta como ésta. Después de todo, no nos conocemos y, aunque sé de ti por mi padre, no es lo mismo. Una parte de mi desearía poder hacer esto en persona, pero debido a mis heridas no puedo marcharme ahora. Así que aquí estoy, luchando con las palabras y preguntándome si nada de lo que escriba tendrá algún sentido.

Siento no haber llamado, pero pensé que escuchar lo... que tengo que decirte tampoco facilitaría las cosas. Todavía estoy intentando asumirlo yo, y es parte del motivo por el que te escribo.

Sé que mi padre te habló de mí, pero pienso que es importante que conozcas nuestra historia desde mi punto de vista. Espero que esto te dé una idea acertada del hombre que te amó.

Tienes que comprender que, mientras estaba creciendo, no tuve un padre. Vivía en la misma casa, sí; nos proporcionaba a mi madre y a mí todo lo necesario; pero nunca estaba allí, a menos que fuese para regañarme por no haber sacado un sobresaliente. Recuerdo que, cuando era niño, mi escuela celebraba una feria de ciencias en la que yo participaba cada año, y desde el jardín de infancia hasta octavo curso, mi padre no vino ni una sola vez. Nunca me llevó a ver un partido de béisbol, ni jugó conmigo en el patio, ni siquiera fuimos a pasear en bicicleta. Me dijo que te había contado algunas de estas cosas, pero créeme si te digo que fue peor de lo que él seguramente te contó. Sinceramente, cuando me fui a Ecuador recuerdo que esperaba no volver a verlo nunca más.

Y luego se le ocurrió venir aquí para estar conmigo. Tienes que comprender que, en el fondo, mi padre siempre había mostrado una arrogancia que yo había llegado a detestar, y supuse que venía por eso. Me lo imaginaba intentando actuar de repente como un padre y dándome consejos que yo no necesitaba o no quería. O reorganizando la clínica para hacerla más eficiente, o saliendo con brillantes ideas para hacer de éste un lugar más habitable. O incluso reclamando ciertos favores que le debían para traerse a un equipo de jóvenes médicos voluntarios que trabajasen en la clínica, asegurándose al mismo tiempo de que toda la prensa de nuestro país supiera exactamente quién era el responsable de tan buenas acciones. A mi padre siempre le encantó ver su nombre impreso, y estaba sumamente al tanto de cómo conseguir una buena publicidad para él y para su

consulta. Para cuando llegó, la verdad es que yo ya estaba pensando en hacer las maletas y volver a casa, dejándolo a él aquí. Tenía toda una lista de respuestas preparadas para cualquier cosa que se me ocurrió que me diría. «¿Perdóname? Un poco tarde para eso». «¿Me alegro de verte? Ojalá pudiera decir lo mismo». «¿Creo que tenemos que hablar? No creo que sea una buena idea». Sin embargo, lo único que dijo fue: «Hola», y cuando vio mi expresión, sólo asintió y siguió caminando. Fue nuestro único contacto la primera semana que estuvo aquí.

La cosa no mejoró muy deprisa. Durante meses esperaba que volviese a su antiguo estilo; yo lo observaba, preparado para llamarle la atención. Pero no lo hizo. Nunca se quejó de las condiciones de trabajo, hacía sugerencias sólo cuando se le preguntaba directamente y, aunque nunca recibí nada a cambio, el director admitió finalmente que fue mi padre quien había proporcionado las medicinas y el equipo nuevo que tanto necesitábamos, aunque había insistido en que su donación permaneciese bajo el anonimato.

Creo que lo que más valoré fue que no pretendió ser algo que no éramos. Durante meses nuestra relación no fue amistosa y yo no lo consideraba como a un padre; no obstante, nunca intentó hacerme cambiar en este aspecto. No me presionó de ningún modo, y creo que fue entonces cuando empecé a bajar la guardia respecto a él. Supongo que lo que intento decir es que mi padre había cambiado, y poco a poco empecé a pensar que había algo en él que merecía una segunda oportunidad. Y aunque sé que ya había cambiado un poco antes de conocerte a ti, tú fuiste la razón principal por la que se convirtió en la persona que era. Antes de conocerte, estaba intentando encontrar algo. Después de que aparecieras tú, ya lo había encontrado. Mi padre hablaba de ti todo el tiempo, y no puedo ni imaginar la cantidad de cartas que te habrá enviado. Él te quería, pero estoy seguro de que eso ya lo sabes. Lo que tal vez no sepas es que, antes de ti, no estoy muy convencido de que supiera lo que significa amar a alguien. Mi padre había logrado un montón de cosas a lo largo de su vida, pero estoy seguro de que lo habría cambiado todo por pasar una vida a tu lado. Teniendo en cuenta que estaba casado con mi madre, no es fácil para mí escribirte esto, pero he pensado que querías saberlo. Y una parte de mí sabe que a él le gustaría saber que comprendo cuánto significabas en su vida.

De algún modo cambiaste a mi padre, y gracias a ti no cambiaría mi último año por nada. No sé cómo lo hiciste, pero convertiste a mi padre en un hombre al que ya estoy echando de menos. Lo salvaste, y al hacerlo supongo que, en cierto modo, me salvaste a mí también.

Él fue a la clínica asistencial de las montañas por mí, ¿sabes? Era una noche eptosa. Llevaba días lloviendo y todos los caminos estaban inundados de barro. Cuando informé por radio de que no podía volver porque mi jeep no se encendía, y de que era inminente el riesgo de un desprendimiento, fue él quien cogió otro Jeep para intentar llegar hasta mí, a pesar de las protestas desesperadas del

director. Cuando lo vi sentado detrás del volante, pensé: «Papá ha venido a salvarme», y creo que fue la primera vez que me referí a él de esta manera. Hasta ese momento siempre había sido mi padre, pero no «papá»; supongo que entiendes a qué me refiero.

Llegó justo a tiempo. En cuestión de minutos, oímos el estruendo al derrumbarse un lado de la montaña, destruyendo la clínica al instante, y recuerdo que nos miramos el uno al otro sin poder creer lo cerca que habíamos estado.

Ojalá pudiera decirte qué es lo que fue mal a continuación, pero no puedo. Él conducía con cuidado y casi habíamos llegado. Incluso se veían las luces de la clínica en el valle que quedaba debajo. Pero, de repente, el jeep comenzó a patinar cuando tomamos una curva pronunciada y lo siguiente que supe fue que nos habíamos salido del camino y nos precipitábamos montaña abajo.

Aparte de romperme un brazo y varias costillas, a mí no me pasó nada, pero supe de inmediato que papá no estaba bien. Recuerdo que le grité que aguantase, que iría a buscar ayuda, pero me cogió la mano y me obligó a quedarme. Incluso creo que él sabía que todo había terminado y quería tenerme a su lado.

Entonces, el hombre que acababa de salvarme la vida, me pidió que le perdonase.

Él te quería, Adrienne. Nunca lo olvidas, por favor. A pesar del poco tiempo que pasaste con él, te adoraba, y siento terriblemente tu pérdida. Cuando las cosas se pongan difíciles, como lo están para mí, ten la certeza de que él no sólo habría hecho por ti lo mismo que hizo por mí, sino que, gracias a ti, yo tuve la oportunidad de llegar a conocer y querer a mi padre.

Supongo que lo que intento decir es, sencillamente, gracias.

Mark Flanner

Amanda dejó la carta sobre la mesa. La cocina ya casi estaba a oscuras y podía oír el sonido de su propia respiración. Su madre se había quedado en la sala de estar, a solas con sus pensamientos. Amanda dobló la hoja, pensando en Paul, pensando en su madre y, extrañamente, pensando en Brent. Haciendo un esfuerzo recordó aquellas navidades de hacía unos años, cuando su madre estuvo tan callada y sonreía de una forma que parecía forzada; derramaba unas lágrimas inexplicables que todos supusieron que tenían que ver con su padre.

Y, mientras pasaba por todo eso, no dijo ni una palabra.

A pesar de que su madre y Paul no habían compartido los años que ella había vivido con Brent, Amanda tuvo la repentina certeza de que la muerte de Paul había golpeado a su madre con la misma intensidad que experimentó Amanda al sentarse junto a la cama de Brent por última vez..., con una sola diferencia: su madre no había tenido la oportunidad de despedirse.

Cuando oyó el ruido apagado de los sollozos de su hija, Adrienne se apartó de la ventana de la sala de estar y fue a la cocina. Amanda levantó la mirada en

silencio. Una muda angustia inundaba sus ojos.

Adrienne se quedó de pie sin moverse, contemplando a su hija y, finalmente, abrió los brazos. Amanda se levantó como por instinto, intentando en vano detener las lágrimas; madre e hija se abrazaron en la cocina durante un buen rato.

Capítulo 18

El aire había refrescado un poco y Adrienne encendió varias velas por toda la cocina para iluminar y dar calidez al ambiente. Se había sentado a la mesa y había devuelto la carta de Mark a la caja, junto con la nota y la fotografía. Amanda la observaba gravemente, con las manos en el regazo.

—Lo siento, mamá —dijo despacio—. Por todo. Por la pérdida de Paul y por haber tenido que pasar sola por esto. No puedo ni imaginar cómo es tener que guardárselo todo dentro.

—Ni yo tampoco —dijo Adrienne—. De ningún modo lo hubiera logrado sin ayuda.

Amanda sacudió la cabeza.

—Pero lo hiciste —murmuró.

—No —respondió Adrienne—. Sobreviví, pero no lo hice sola.

Amanda parecía desconcertada; Adrienne le ofreció una melancólica sonrisa.

—El abuelo —dijo al fin—. Mi padre. Él es la persona con quien lloré. Y lloré a su lado día tras día durante semanas. No sé qué habría hecho sin él.

—Pero... —La voz de Amanda se apagó, y Adrienne continuó en su lugar:

—Pero ¿él no podía hablar? —Adrienne hizo una pausa—. No era necesario. Él me escuchaba y eso era lo importante. Además, yo sabía que nada de lo que él pudiese decir hubiera mitigado mi dolor, aunque hubiese sido capaz de hablar. —Levantó la mirada—. Tú lo sabes tan bien como yo.

Amanda apretó los labios.

—Si me lo hubieras contado —dijo—. Antes, quiero decir.

—¿Por lo de Brent?

Amanda asintió.

—Lo sé, pero hasta ahora no has estado preparada para oírlo. Necesitabas tiempo para asimilar el dolor a tu manera, siguiendo tu propio proceso.

Durante un buen rato, Amanda no dijo nada.

—No es justo. Tú y Paul, Brent y yo —murmuró.

—No, no lo es.

—¿Cómo pudiste seguir adelante después de perderle de ese modo?

Adrienne sonrió con nostalgia.

—Me enfrentaba a ello pensando sólo en el día a día. ¿No es eso lo que te han dicho que hagas? Sé que suena hueco, pero yo me levantaba por la mañana y me decía a mí misma que sólo tenía que ser fuerte ese día. Sólo un día. Lo hacía una y otra vez.

—Haces que suene muy sencillo —susurró Amanda.

—No lo fue. Fue la peor época de mi vida.

—¿Incluso más que cuando se marchó papá?

—Aquello también fue duro, pero esto era diferente. —Adrienne dibujó una breve sonrisa—. Fuiste tú quien me lo dijo, ¿recuerdas?

Amanda miró a lo lejos. Sí, pensó; lo recordaba.

—Ojalá hubiera podido conocerlo.

—Te habría gustado. Ahora, quiero decir. En aquella época, quizás no Aún tenías la esperanza de que tu padre y yo volviéramos a estar juntos.

Amanda se llevó la mano de forma instintiva a la alianza que todavía llevaba y la hizo girar alrededor de su dedo con el rostro transido.

—Has perdido mucho a lo largo de tu vida.

—Así es.

—Pero ahora pareces feliz.

—Lo soy.

—¿Cómo lo consigues?

Adrienne juntó las manos.

—Cuando pienso en la pérdida de Paul o en los años que podríamos haber compartido, claro que me siento triste. Me ocurría antes y me ocurre ahora. Pero también tienes que comprender otra cosa: por muy duro que fuese, por muy terribles o injustas que se pusieran las cosas, no cambiaría lo días que pasé a su lado por nada del mundo.

Hizo una pausa, asegurándose de que su hija lo comprendiese.

—En su carta, Mark decía que yo salvé a Paul de sí mismo. Pero si Mark me lo hubiera preguntado, yo habría respondido que nos salvamos el uno al otro, o que él me salvó a mí. De no haberlo conocido, dudo que jamás hubiese perdonado a Jack, y no habría sido la madre y la abuela que soy ahora. Gracias a él, regresé a Rocky Mount sabiendo que iba a estar bien, que las cosas se arreglarían, que seguiría adelante a pesar de todo. Y luego, el año que pasamos escribiéndonos me proporcionó la fortaleza que necesité cuando finalmente supe lo que le había ocurrido. Sí, estaba destrozada por haberle perdido, pero si pudiese volver atrás en el tiempo, sabiendo por adelantado lo que iba a ocurrir, de todos modos habría querido que fuese en busca de su hijo. Necesitaba arreglar las cosas con Mark. Su hijo le necesitaba, siempre le había necesitado. Y aún no era demasiado tarde.

Amanda apartó la mirada, consciente de que también estaba hablando de Max y de Greg.

—Por eso te he contado esta historia desde el principio —continuó Adrienne—. No sólo porque yo pasé por lo que estás viviendo tú ahora, sino porque quería que entendieras lo importante que era para él la relación con su hijo; y cuánto significó para Mark llegar a saberlo. Son heridas difíciles de cicatrizar y no quiero que tengas más de las que ya tienes ahora.

Adrienne cogió la mano de su hija por encima de la mesa.

—Sé que todavía te duele lo de Brent, y yo no puedo hacer nada para

ayudarte con eso. Pero si Brent estuviera aquí, te diría que te centraras en tus hijos, no en su muerte. Querría que recordases los buenos momentos, no los malos. Y por encima de todo, querría saber que tú vas a estar bien.

—Ya lo sé...

Adrienne la interrumpió con un suave apretón, impidiéndole terminar.

—Eres más fuerte de lo que crees —continuó—, pero sólo si quieres serlo.

—No es tan sencillo.

—Por supuesto que no, pero tienes que entender que no estoy hablando de tus emociones. Éstas no se pueden controlar. Continuarás llorando, y continuarás habiendo momentos en que sientas que no puedes seguir adelante. Pero tienes que actuar como si pudieras. En momentos como éste, tus actos son prácticamente lo único que puedes controlar. —Se detuvo—. Tus hijos te necesitan, Amanda. No creo que nunca te hayan necesitado tanto. Pero últimamente no has estado a su lado. Sé que estás sufriendo y yo sufro por ti, pero ahora eres madre y no puedes continuar así. Brent no lo hubiera deseado; tus hijos están pagando el precio de ese dolor.

Cuando Adrienne terminó, Amanda parecía estar estudiando la mesa. Pero entonces, casi como si se moviera a cámara lenta, levantó la cabeza y la mirada.

Aunque hubiera deseado saberlo, Adrienne no tenía la menor idea de lo que Amanda estaba pensando.

Cuando Amanda volvió a casa, Dan estaba doblando la última toalla de la cesta mientras miraba los deportes. Había ordenado la ropa en varios montones sobre la mesa de la sala. Automáticamente, Dan cogió el mando a distancia para bajar el volumen.

—Me estaba preguntando cuándo ibas a volver —dijo.

—Ah, hola —contestó Amanda, mirando a su alrededor—. ¿Dónde están los niños?

Dan hizo un gesto con la cabeza al tiempo que añadía una toalla verde a la pila.

—Hace sólo unos minutos que se han ido a la cama. Si quieres ir a darles las buenas noches, seguramente aún estarán despiertos.

—¿Y dónde están tus hijos?

—Los he dejado con Kira de camino a casa. Y una cosa: Max se ha manchado con salsa de *pizza* la camiseta de Scooby Doo. Creo que es una de sus favoritas, porque se ha quedado muy triste. La he dejado en remojo, pero no he encontrado quitamanchas.

Amanda asintió.

—Este fin de semana compraré. Tengo que ir a la tienda de todos modos, también me faltan otras cosas.

Dan miró a su hermana.

—Si haces una lista, Kira puede ir a recoger lo que te haga falta. Sé que tiene

que ir a comprar.

—Gracias por tu ofrecimiento, pero ya es hora de que empiece a hacer las cosas por mí misma.

—Está bien... —Sonrió con aire vacilante.

Por un instante, ninguno de los dos dijo nada.

—Gracias por llevarte a los chicos —dijo Amanda finalmente.

Dan se encogió de hombros.

—No ha sido nada. Íbamos a salir igualmente y me imaginé que se lo pasarían bien.

Amanda puso un tono más grave.

—No, quiero decir que gracias por todas las veces que lo has hecho últimamente. No sólo esta noche. Tú y Matt os habéis portado muy bien desde..., desde que perdí a Brent, y creo que no os he dicho cuánto os lo agradezco.

Dan miró a lo lejos al oír el nombre de Brent. Cogió la cesta vacía de la ropa.

—¿Para qué están los tíos? —Cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, sosteniendo la cesta delante de él—. ¿Quieres que mañana me pase otra vez a buscarlos? Estaba pensando en ir a dar una vuelta en bici con todos los chicos.

Amanda sacudió la cabeza.

—Gracias, pero creo que no.

Dan la miró con expresión dubitativa. Amanda no pareció notarlo, sino que se quitó la chaqueta y la dejó encima de una silla junto con el bolso.

—Hoy he estado hablando un buen rato con mamá.

—¿Sí? ¿Y cómo ha ido?

—No te creerías ni la mitad si te lo explicase.

—¿Qué te ha dicho?

—Tendrías que haber estado allí. Esta noche he aprendido algo sobre ella. —Dan levantó una ceja, a la expectativa—. Es más fuerte de lo que parece —dijo Amanda.

Dan se rió.

—Sí, seguro, muy fuerte... Por eso llora cuando se le muere un pez de colores.

—Puede que sea así, pero ya me gustaría a mí ser tan fuerte como ella en muchos sentidos.

—Apuesto a que sí.

Al ver la grave expresión de su hermana, Dan comprendió de repente que no se trataba de una broma y frunció las cejas.

—Un momento —dijo—, ¿nuestra madre?

Dan se marchó unos minutos más tarde y, a pesar de sus intentos por averiguar lo que su madre le había contado a Amanda, ésta se había negado a hablar, pues comprendía los motivos por los que Adrienne había guardado silencio tanto en el pasado como en los años posteriores; sabía que su madre se lo

contaría a Dan cuando tuviera una razón para ello.

Amanda cerró la puerta detrás de Dan y echó un vistazo a la sala. Además de doblar la ropa, su hermano había hecho limpieza. Recordaba que, antes de irse ella, había cintas de vídeo desparramadas junto al televisor, un montón de tazas vacías en una de las mesitas y las revistas de todo un año amontonadas sin orden ni concierto en el escritorio junto a la entrada.

Una vez más, Dan se había encargado de todo. Amanda apagó las luces pensando en Brent, pensando en los últimos ocho meses y pensando en sus hijos. Greg y Max compartían el mismo dormitorio en un extremo del pasillo; la habitación de matrimonio estaba en la otra punta. Últimamente la distancia parecía demasiado grande para ir hasta allí al final del día. Antes de que falleciese Brent, ella ayudaba a los chicos con sus oraciones y les leía pequeños cuentos con dibujos de colores, antes de subirles las mantas hasta las barbillas.

Esta noche, su hermano lo había hecho por ella. La noche anterior, no lo había hecho nadie en absoluto.

Amanda subió las escaleras. La casa estaba a oscuras y el pasillo de arriba estaba bañado en sombras. Ya en el último escalón, escuchó la respiración entrecortada de sus hijos. Avanzó por el pasillo y se detuvo en la puerta del dormitorio para echar un vistazo en su interior.

Dormían en dos camas iguales, cuyas cabeceras estaban decoradas con dinosaurios y coches de carreras; había juguetes esparcidos en el suelo y una lucecita brillaba en el enchufe junto al armario. En el silencio, vio una vez más cuánto se parecían los chicos a su padre.

Habían dejado de moverse. Conscientes de que ella los estaba observando, pretendían hacerle creer que estaban dormidos, como si se sintiesen más seguros escondiéndose de su madre.

El suelo crujió bajo el peso de Amanda. Max parecía estar conteniendo la respiración. Greg la miró, y luego cerró los párpados de golpe cuando su madre se sentó en su cama. Ella se agachó, le besó la mejilla y le acarició suavemente el pelo.

—Eh —susurró—, ¿estás durmiendo?

—Sí —dijo.

Amanda sonrió.

—¿Quieres dormir esta noche con mamá? ¿En la cama grande? —murmuró.

Al parecer, Greg necesitó un momento para entender lo que ella había dicho.

—¿Contigo?

—Sí.

—Vale —dijo.

Amanda le dio otro beso y lo miró sentarse. Entonces fue a la cama de Max; su cabello dorado brillaba bajo la luz procedente de las ventanas como una guirnalda navideña.

—Hola, cariño.

Max tragó saliva con los ojos cerrados.

—¿Yo también puedo venir?

—Si quieres...

—Vale —dijo.

Amanda sonrió mientras ellos se levantaban, pero cuando se dirigían a la puerta Amanda los cogió por detrás y los abrazó a los dos. Olían como huelen los niños pequeños: a tierra y a hierba dulce, a pura inocencia.

—¿Y si mañana nos vamos al parque y después nos compramos un helado? —dijo.

—¿Podemos hacer volar las cometas? —preguntó Max. Amanda los abrazó más fuerte, cerrando los ojos.

—Todo el día. Y al otro también, si te apetece.

Capítulo 19

Ya era pasada la medianoche y, en su habitación, Adrienne cogió la concha mientras se sentaba en la cama. Dan había llamado hacía una hora, con buenas noticias respecto a Amanda.

—Me ha dicho que mañana quería salir con los niños, los tres solos. Que necesitaban pasar más tiempo con su madre. —Hizo una pausa—. No sé qué le has dicho, pero creo que ha funcionado.

—Me alegro.

—¿Qué le has dicho, entonces? Se ha mostrado muy discreta al respecto.

—Lo mismo que vengo diciéndole todo el tiempo. Lo mismo que le habéis dicho Matt y tú.

—¿Y por qué te ha escuchado esta vez?

—Supongo —dijo Adrienne, arrastrando las palabras—, que finalmente necesitaba hacerlo.

Más tarde, después de colgar, Adrienne leyó las cartas de Paul, como ya había sospechado que haría. Aunque costaba leer sus palabras a través de las lágrimas, las que ella había escrito a Paul durante el año que pasaron separados, y que había leído innumerables veces, resultaban incluso más duras. Eran las del segundo montón, el que Mark Flanner había traído cuando vino a verla a su casa, dos meses después de enterrar a Paul en Ecuador.

Amanda había olvidado preguntarle por la visita de Mark antes de irse, y Adrienne no se lo había recordado.

Tal vez Amanda volviese a sacar el tema algún día, pero ni siquiera ahora Adrienne estaba segura de cuánto le contaría. Esta parte de la historia la había guardado enteramente para ella a lo largo de los años, bajo llave, igual que las cartas. Ni siquiera su padre sabía lo que Paul había hecho.

Bajo el pálido resplandor de la farola que entraba por la ventana, Adrienne se levantó de la cama y sacó una chaqueta y una bufanda del armario, y luego bajó las escaleras. Abrió la puerta de atrás y salió afuera.

Las estrellas resplandecían como pequeñas chispas en la capa de un mago y el aire era húmedo y frío. En el patio vio charcos ennegrecidos que reflejaban el ébano del cielo. En las ventanas de los vecinos había luces encendidas. Aunque sabía que no era más que su imaginación casi pudo oler la sal en el aire, como si la neblina del mar estuviese avanzando por los patios de todo el barrio.

Mark había llegado a casa una mañana de febrero con el brazo todavía en cabestrillo, aunque ella apenas se fijó, pues al verlo se encontró mirándolo fijamente, incapaz de apartar la mirada. Era el vivo retrato de su padre. Al abrirle la puerta él le ofreció la más triste de las sonrisas; Adrienne había dado un paso atrás haciendo lo posible por contener las lágrimas.

Se sentaron a la mesa con dos tazas de café ante ellos. Mark sacó las cartas de

la bolsa que había traído con él.

—Las he guardado —dijo—. No sabía qué hacer con ellas... Se me ha ocurrido traértelas.

Adrienne asintió al cogerlas.

—Gracias por la que me escribiste —dijo—. Imagino lo duro que te habrá resultado.

—De nada —contestó él, y durante un buen rato se quedó en silencio; luego, por supuesto, le explicó por qué había venido.

Ahora, en el porche, Adrienne sonrió al pensar en lo que Paul había hecho por ella. Recordaba haber ido a visitar a su padre a la residencia después de que Mark se marchase; un lugar que su padre ya no tendría que abandonar nunca. Tal como le explicó Mark mientras estaba sentado a la mesa, Paul lo había dispuesto todo para que el padre de Adrienne pudiera quedarse en su residencia hasta el fin de sus días... Un regalo con el que había querido sorprenderla. Cuando ella empezó a protestar, Mark le hizo comprender que a su padre le habría roto el corazón saber que no quería aceptarlo.

—Por favor —dijo él al fin—, es lo que papá deseaba.

En los años siguientes, Adrienne apreció mucho el gesto de Paul, al igual que apreciaba cada uno de los recuerdos de los pocos días que pasaron juntos. Paul lo seguía siendo todo para ella; siempre lo sería todo, y bajo el frío de aquella noche de invierno Adrienne supo que siempre sería de ese modo.

Ya había vivido más años de los que le quedaban por vivir, pero el trayecto no le había parecido tan largo. Años enteros se habían barrido de su memoria, como huellas en la arena arrastradas por las olas de la orilla. Con excepción del tiempo que había compartido con Paul Flanner, a veces pensaba que había pasado por la vida sin mucha conciencia de ello; como si fuese un niño pequeño en un largo paseo en coche, mirando por la ventanilla el modo en que desfila el paisaje.

Se había enamorado de un extraño en el transcurso de un fin de semana y no volvería a enamorarse nunca. Sus deseos de amar otra vez habían terminado en el desfiladero de una montaña de Ecuador. Paul había muerto por su hijo, y en aquel instante una parte de ella había muerto también.

Sin embargo, no estaba resentida. Sabía que, en la misma situación, también ella habría intentado salvar a sus hijos. Sí, Paul se había ido, pero le había dejado algo muy importante: le había hecho conocer la felicidad y el amor; le había hecho encontrar una fortaleza que ella nunca supo que tenía. Nunca nada podría arrebatarle todo eso.

Ahora todo había terminado; todo excepto los recuerdos. Adrienne los había construido con extremo cuidado. Para ella eran tan reales como el paisaje que contemplaba en ese momento. Contuvo las lágrimas que habían empezado a brotar en la vacía oscuridad de su dormitorio y levantó la barbilla.

Con la mirada fija en el cielo respiró hondo, escuchando el eco lejano e

imaginario de las olas que rompían en la costa de Rodanthe, en una noche de tormenta.



NICHOLAS CHARLES SPARKS, nació el 31 de diciembre de 1965 en Omaha, Nebraska; tiene ascendencia checa, alemana, inglesa e irlandesa. Sin embargo, la decisión de su padre, profesor, de cursar estudios superiores hizo que el autor pasara gran parte de su infancia entre Minnesota (Los Ángeles) y Grand Island (Nebraska).

A partir de 1974, la familia se estableció en California, lo cual hizo que Nicholas asistiera a la Escuela Secundaria Bella Vista, donde en 1984 se graduó con honores. El joven recibió una beca escolar de la Universidad de Notre Dame y, en 1988, se graduó en Finanzas, en ese mismo año, Nicholas conoció a Catherine Cole, con quien se casó en julio de 1989.

Aunque comenzó a escribir durante su época de estudiante, en 1996 publicó su primera obra, una novela titulada *The notebook* que se convirtió en un *bestseller*. Desde allí, Sparks dejaría de ganarse la vida como vendedor de productos farmacéuticos (uno de los tantos empleos que tuvo) para transformarse en un exitoso escritor de *bestsellers*, gracias a libros como *Message in a bottle (Mensaje en una botella)* y *A walk to remember (Un paseo para recordar)*.

Actualmente vive en New Bern (Carolina del Norte) junto a su esposa y sus cinco hijos.